Seix Barral

Joy Williams

La rastra

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Libro primero
Libro segundo
Libro tercero
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En un futuro próximo marcado por un desastre medioambiental, en el que la sociedad rechaza todo lo que procede de la naturaleza, Khristen, una adolescente, emprende la búsqueda de su madre hasta el resort de lujo donde fue vista por última vez. La acompaña un niño de diez años que ha conocido en el colegio para jóvenes prodigios en el que su madre la internó, convencida de que su hija era especial y que está destinada a algo grande.

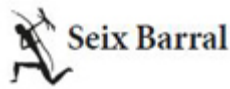
Tras un viaje por una América desamparada, fascinante y extraña a la vez, convertida en un paraíso perdido, llegan al resort, ocupado ahora por un grupo de marginados sociales, enfermos al borde de la muerte y ancianos que, organizados a modo de resistencia, están dispuestos a todo, incluso al uso de la violencia y a sacrificar sus propias vidas, para restaurar los valores del antiguo mundo.

La rastra es la primera novela en veinte años de Joy Williams. Considerada «una de las mejores escritoras norteamericanas vivas», en esta historia trata sus dos grandes temas (la relación madre-hija y el compromiso con la naturaleza) con su particular estilo, que le ha llevado a ser comparada con el humor absurdo de Kafka o Samuel Beckett.

La rastra

Joy Williams

Traducción del ingles por Javier Calvo



Para JZ

En el vehículo que los transportaba había escrito: *En el Gran Viaje tendremos que llevarnos con nosotros a todas las criaturas de cualquier orden, con o sin nombre*. Era una garantía perfecta que cada vez resultaba más ilegible. Se creían turistas. Llevaban gorros para el sol y vasos de plástico con boquilla. ¡Oh!, exclamaban.

Las rocas eran bonitas bajo cierta luz.

El aire era agradable.

¿No era Sócrates quien dudaba de que una persona fuera un ser humano al nacer? Sí que lo dudaba. Corrían los tiempos en que ser humano era una aspiración.

No querían que nadie les explicara nada; como mucho, que se lo mostraran. Todos creían que los demás eran objetos inanimados, como muñecos. Apreciaban la paradoja de estar juntos en aquello, pero en realidad no.

A lo lejos, algo giraba lentamente en el aire.

El más allá está en *esta* vida, una idea bastante emocionante.

Apenas prestaban atención al vehículo cubierto de dibujos que los transportaba. Era la piel que tenían por fuera. En realidad no lo podían ver. La capa de hielo que cubría el barro también tenía dibujos.

Algo huyó en la sombra que el vehículo proyectaba hacia delante.

Venían de otros lugares y surgieron las inevitables comparaciones y confidencias. Echaban de menos cosas distintas. Creían que volverían a ver aquellas cosas aquí.

¿Dónde están los antílopes con esas máscaras encantadoras...? ¿Dónde están los turbios arroyos?

Nadie había traído bolígrafo ni cámara ni estuche de pinturas.

Yo me había dejado mis pinturas. Apenas podían hacer justicia a esto, pensé.

Sí. Mira las paredes de este cañón.

La primera vez que oí respirar a una cueva, os lo aseguro, tuve

miedo. ¿Cómo puede respirar algo así? Inhalando, exhalando. Los hoyos gritan.

Perdonadme, no estábamos hablando de cuevas. Estábamos hablando de cañones.

Cuando mi padre tuvo la hemorragia cerebral ya no pudo hablar pero todavía podía gritar y cantar.

Pasa en el lado izquierdo. Cuando te afecta al izquierdo.

¿Se puede por esta vía? Es jerga de cañonismo. Cuando dicen: *No sé si se puede por esta vía* quieren decir...

Yo acababa de volver del desierto, del norteamericano, claro, y estaba visitando a mi sobrino, el chaval de mi hermana. Ahora tiene un águila. Es capaz de matar lo que sea para mantener a esa águila.

¿Cómo la consiguió?

Lotería. Ahora la tiene que mantener, que significa darle de comer. Caza toda clase de criaturas para el águila, pero también tiene un contacto en la tienda de comestibles que le da cosas, sobre todo jamón. ¿Habéis visto algo más inerte que el jamón? Os aseguro que yo no. Es raro que un águila quiera comer algo tan inerte.

¿Qué más hiciste en el desierto, Danielle?

Nada más inerte que el jamón. Tiene gracia.

No pensaba que me fuera a gustar el desierto. Una vez estabas allí no tenías más remedio que mirarlo. ¿Qué otra cosa ibas a mirar?

En fin, ahora están poniendo montones de paneles solares. Están pavimentando el suelo del desierto con paneles. Y hay pobres desgraciados cuyo trabajo es atender esos paneles. Son como los pastores de ovejas de antaño, viviendo en esas caravanas pequeñitas, pastoreando el sol y el viento. Pero el viento se está muriendo allí, cada vez hay más días al mes sin viento. Es para flipar, ¿no? Es como si el viento estuviera diciendo NO ME DEJARÉ ESCLAVIZAR.

Danielle, hoy estás que te sales.

Creo que el mundo se está muriendo porque ya apenas podíamos ver sus maravillas. Va a seguir ahí, pero cada vez menguará más y más hasta que termine concordando con lo que sentimos por él.

No eres nuestro guía. No deberías hablar como si lo fueras.

Algunos de los guías me caen mejor que otros.

Algunos son más agradables.

Ángeles de la muerte. Son ángeles de la muerte, los más agradables.

Ahora me gustaría volver a los cuartitos. ¿Ya no hay aquellos cuartitos donde podíamos estar?

¡¡¡Oh, pero qué hemos hecho!!!, exclamó alguien.

Libro primero

Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?

Lucas, 23:31

Mis padres me llamaron Ovejita. Mi madre creía que yo había muerto siendo un bebé pero luego había vuelto a la vida que compartíamos. Durante mi infancia, mi madre siempre intentó y necesitó ponerme en contacto con el lugar donde yo había estado al morir, con lo que yo recordaba de aquel lugar y lo que había aprendido allí. Mi madre creía que yo estaba destinada a vivir cosas extraordinarias.

Mi padre no pensaba que yo hubiera estado muerta. Ni tampoco ninguno de los médicos a los que consultaron.

La noche en que supuestamente morí había un joven vigilándome. La verdad es que él no me hizo ningún daño. Eso fue una simple leyenda que iría creciendo alrededor de nosotros dos, convirtiéndonos en marginados.

Mis padres estaban en un baile, el primer baile del verano.

A mi madre le faltaba buen juicio para muchas cosas. Era la primera en admitirlo. Poco más de un mes después de que yo naciera tuvo un lío con un chaval que era todavía un adolescente. Era un chaval del pueblo, el que nos traía la compra a casa, y encima católico. Su madre le hacía ir a Saint Margaret's, pero cuando estaba con la mía despotricaba contra las restricciones de la Iglesia. A mi madre le parecía tierno: su impotencia ocasional, sus músculos, su pelo muy muy oscuro, su forma rudimentaria de pensar..., tierno.

Le divertía pedirle que le explicara el Purgatorio.

—Lo han abolido —decía él.

—Menuda ridiculez. No creo que puedan abolirlo, ¿verdad que no?

—Lo han abolido, pero todavía existe.

—Y hay que tenerle miedo pero hay que ir con cuidado de no tener demasiado miedo. No hay que sentirse abrumado. Hay que recordar siempre que la justicia castiga y la piedad perdona, ¿no? — Ella lo miró con cara sombría.

—Correcto.

—Y dime otra vez cuánto tiempo tendría que pasar una persona de fe allí, suponiendo que incluso siendo muy buena persona todavía se las apañara para pecar diez veces al día. Que es una cifra conservadora, lo mires como lo mires.

Un sacerdote le había explicado a la madre del chaval que cada pecado añade una hora de Purgatorio. Por mucho que te esfuerces incansablemente en ser bueno, terminarás acumulando miles de malas acciones y te reunirás con Dios peligrosamente endeudado, afirmaba el sacerdote, un tradicionalista geriátrico. Al cabo de cincuenta años, digamos, habrás acumulado unas 150.000 malas acciones y te habrás librado de la mitad por medio de la penitencia y los buenos actos, pero todavía te quedarán por pagar 75.000 horas. Que son siete años, diez meses y quince días.

—Yo solo te digo lo que me ha dicho mi madre —le dijo él—. Y ahora me estás tomando el pelo.

—Es que me encantan esos cálculos. Son muy precisos.

—Lo han abolido, pero eso no quiere decir que nos hayan eximido de la necesidad de ir allí.

Sí, a mi madre le parecía tierno. Su cara imberbe y sus manos cuadradas, el contoneo ensayado con que caminaba, sus vaqueros raídos, lo pobre y poco práctica que era su vida. Cuando mi padre y ella asistieron a la primera función de la temporada del club, se las apañó para que el chaval le hiciera de canguro. Le pareció divertido contratar a su inverosímil amante y traerlo al corazón mismo de nuestra casa.

Yo siempre había sido un bebé notablemente sereno y considerado, que casi nunca lloraba y dormía toda la noche, de forma que era muy poco probable que aquel joven perdido fuera a tener ninguna interacción conmigo. Si yo lloraba, el chaval los tenía que llamar al club.

Habían instalado la pista de baile en la arena. Era la Noche Mexicana, Noche de Fiesta en la Vieja Nueva Inglaterra. La semana siguiente sería la Noche Argentina de Tango. Se tiraron modestos fuegos artificiales. Un silbido desmañado y una estela ascendente, la luz envuelta por las olas. Barquitas amarradas meciéndose suavemente.

—Hay mexicanos, en Chiapas, me parece, que creen que el

mundo es un cubo —dijo el hombre que acabaría siendo el comodoro.

—Quiero el tequila ese que tiene el escorpión dentro de la botella —dijo mi madre, riendo, y la gente que estaba en su mesa también se rio, porque *es un gusano, Martha, es un gusano*…

—Cómo odio mi nombre —dijo ella, riendo.

—En cambio, a tu hija le has puesto un nombre muy interesante —le dijo en tono malicioso su amiga Slim.

—No es su nombre legal, claro —dijo mi padre—. Solo es temporal. Se llama Christen.

—Oh, él y sus malditos barcos —dijo mi madre—. Todo tiene que estar conectado con los barcos. Por lo menos yo he insistido en que sea con K.

—Cojamos un bote de remos —dijo un hombre que estaba a la izquierda de mi madre. Era nuevo, ella no sabía quién era.

—Qué pulsera de amuletos tan bonita —dijo la mujer del banquero. Su marido era agente de préstamos, recién ascendido.

—Debes de estar contento —dijo alguien, felicitándolo.

—Lo estamos —dijo él.

Estaba convencido de que todavía no iba borracho, pero de que si se iba al baño —y se estaba muriendo de ganas— lo estaría. Se conocía a sí mismo.

—Gracias —dijo Martha, tocándose un amuleto—. Este es nuevo. Es el signo del zodiaco de Géminis.

—Pero no has tenido gemelos, Martha, ¿verdad?

—No, no —dijo ella, riendo. Odiaba su propia risa—. Pero es su signo. Nació en mayo. En jueves.

—La astrología puede ser divertida, supongo —dijo la mujer del banquero.

—*¡¡¡Fiesta!!!* —gritó en español un joven. Llevaba pantalones rojos, la corbata de cinturón y una camisa blanca en la que ya se había derramado salsa de frijoles—. ¡Deshaceos de vuestra carga de tiempo y razón!

El chaval de mi madre entró en la cocina y puso un cazo de agua a hervir para cocinar un paquete de pasta que había encontrado en el armario. Siempre tenía hambre, pero no le gustaba que lo vieran comer. Comer le parecía una falta de tacto.

A mi madre le gustaban las velas, tenía la casa llena de ellas. Algunas eran caras, pero había otras que había comprado a modo de broma en el supermercado, cuya cera se derramaba en unos vasos altos cubiertos de calcomanías.

San Martín de Porres con la escoba, el gato, el perro y la gente acostada en camas detrás, con pinta de enfermos. O la del Ángel de la Guarda, donde una mujer alada seguía a dos niños descalzos por un puente de madera que salvaba un abismo y que claramente no era seguro; ¿y qué estaban haciendo aquellos niños allí solos, a todo esto? Las plegarias de la parte de detrás del cristal estaban en español y en inglés, y el más somero examen revelaba que eran extremadamente evasivas y absurdas. La mayoría de las velas tenían mechas baratas que ni siquiera se encendían, o bien, si se encendían, la llama se ahogaba enseguida en su propia cera.

Mi madre le estaba tomando el pelo, o hasta burlándose de él, lo tenía claro; de aquella fe suya confusa y amargada, de sus sentimentalismos atroces y sus castigos brutales. Si de él dependiera, le había dicho una vez, sería judío, un zelote de los tiempos del Imperio romano. Los zelotes eran audaces e iban mucho más allá de la conducta tolerada por consenso. Destrozaban cosas. Iban a por Roma y la hacían pedazos. Pero la terminaron cagando cuando quemaron las vituallas de su propia gente durante un largo asedio a Jerusalén, a fin de obligar a Dios a actuar en contra de sus enemigos. Creyeron que Dios no tendría más remedio que intervenir para preservarlos a ellos, sus defensores. Pero Dios no hizo nada y en Jerusalén se murió todo el mundo de hambre.

Pero para ser judío, tu madre tenía que ser judía, y la suya no lo era. Era una exhippy arrugada por el sol y atontada por la marihuana cuya máxima ambición en la vida era que alguien le regalara un viejo Mercedes diésel que pudiera funcionar si le metías en el depósito el aceite de freír que sobraba en el restaurante donde trabajaba. Mamá, le decía él, es un restaurante de temporada, cierra la primera semana de noviembre. ¿Cómo irías en coche después? No estás pensando, mamá.

El chaval se puso a deambular por nuestra casa, encendiendo velas y apagando las luces. Entró en mi habitación y miró las dos fotografías enmarcadas de mi madre que colgaban de la pared. Llevaba biquini, mostraba su panza enorme y la pulsera de amuletos

que llevaba siempre, donde relucían los códigos de su vida conocida. Las fotografías eran en blanco y negro, una de frente y la otra tomada desde un costado, lo cual les daba aspecto, a ella y a lo que tenía dentro, de sospechosos en una rueda de reconocimiento policial atípica.

Miró al bebé que estaba en la cuna, a mí, y le devolví la mirada. No se acordaba de mi nombre. Él no era nada para mí, claro —aquella figura, aquella presencia, aquel filamento de oscuridad—, pero el suyo era el mundo que yo heredaría. No dijo nada para saludarme ni para reconfortarme, sino que se sentó en la silla en la que mi madre me mecía de madrugada, antes de que despuntara el día.

Y entonces sentí que desaparecía su presencia. A continuación también dejé de ser consciente de mí misma. No estaba ni despierta ni dormida, ni tampoco podía saber qué se esperaba de mí, porque seguramente se debía de esperar algo, ¿no?

Mis padres se estaban preparando para marcharse del club. En el trayecto en coche a casa mi madre tuvo frío y le pidió a mi padre que le diera su chaqueta para ponérsela sobre los hombros, pero él se la negó. Ya habían dejado de quererse. Mi padre giró para coger nuestra calle, haciendo caso omiso del hecho de que ella fingía estar helada. La calzada estaba flanqueada de zarzamoras, rosales y zanahorias silvestres. Todos los años, ellos y sus pocos vecinos luchaban por conservar el pavimento, pero los concejales, funcionarios *electos*, tal como no paraba de recordarles mi padre, querían asfaltar encima. Mucho se temía que todo el asunto terminaría en los tribunales. Seguramente tendrían que unirse y contratar a un abogado solo para proteger la falsa naturaleza idílica de la carretera.

—¿Se ha ido la luz? —dijo mi padre.

La casa estaba iluminada como un altar con lo que parecía ser hasta la última vela que mi madre poseía. Habían llegado a casa antes de hora. Quizá él hubiera invitado a una chica, pensó mi madre, divertida.

Mis padres no encontraban las llaves.

—¡¿Pero estás borracho o qué?! —le preguntó mi padre en tono imperioso cuando por fin el chaval apareció en la puerta. Había velas parpadeando por todas partes y en el fogón una olla de doscientos

dólares quemada y echada a perder. Pero ninguna explicación o disculpa hizo acto de presencia.

La forma en que se manejaban por la vida los hombres y los chavales del club consistía en no disculparse ni dar explicaciones nunca, pero el hecho de que aquella figura adoptara semejante actitud enfureció a mi padre.

—¡¿Pero estás borracho o qué?! —volvió a preguntarle, desconcertado, consciente de que eran mi madre y él quienes iban medio trompas tras la Noche de Fiesta.

Mi madre me confesaría después que se le había escapado una risilla —su marido iracundo, su amante absurdo, todo era muy ridículo—, pero entonces entró a toda prisa en mi habitación y me cogió en brazos con cuidado.

—¡Thomas! —gritó—. El bebé no respira.

Y por fin, según me contó, al cabo de una eternidad, mi padre apareció y me arrebató de sus brazos. Cuando a continuación ella me arrebató de los suyos, solté el mismo chillido que había soltado al nacer. Y fue, de acuerdo con mi madre, como si yo estuviera naciendo una vez más.

A mi padre se le había acabado la paciencia con mi madre. En el tiempo que les quedaba, en el tiempo que siguieron juntos, ella ya no dejó de querer otro bebé; uno extra, debía de pensar, un sustituto en caso de que me volviera a morir y no regresara.

—Lion —le suplicaba mi madre—. Lo podemos llamar Lion si es chico. Y lo podemos llamar Lion si es niña.

Pero mi padre no le hizo caso. Cada vez pasaba menos tiempo en nuestra agradable casa y más en el varadero donde trabajaba de encargado. Incluso empezó a diseñar sus propias embarcaciones, aunque sospechaba que en el futuro habría poca gente que seguiría navegando por placer. Las vías navegables se encontraban cada vez en peor estado. La demanda era de barcos-vivienda colosales con chimeneas y jacuzzis. A mi padre lo asqueaban aquellos barcos y la gente que los ansiaba. Aun así, los seguía reaparejando y reparando. Cada vez más se daba cuenta de que era mejor no intentar convencer a nadie, era mejor no llenarse de rencor ni oponer resistencia. Ya estaba dispuesto a renunciar incluso a la carretera que le había

encantado hasta hacía tan poco, aquella montaña rusa de arena que llevaba a nuestra casa y más allá, y que él había intentado preservar con tanto ahínco. Pronto ya no viviría allí.

Se desvanecieron la belleza ansiosa de mi madre, sus provocaciones temerarias. Cada vez estaba más convencida de que yo había muerto aquella noche y había presenciado misterios implacables y preocupantes, y de que era esencial que los recordara. Yo había experimentado un trastorno enorme, y mi vida, o lo que fuera que me había sido devuelto, tenía que ser sometida a una interpretación minuciosa y decisiva. El hecho de que yo fuera una niña tímida pero confiada y pensativa, con pocos dones aparentes, hacía que mi presencia resultara todavía más adecuadamente intrigante a ojos de mi madre. ¿Porque acaso no había muchas historias de sirvientes u otras personas igualmente humildes y carentes de carisma que resultaban ser individuos iluminados y capaces de liberar a los demás de sus vidas sin vida y hacerles firmar un contrato nuevo con el mundo?

Durante mi infancia, mi madre me llevó a muchos médicos, todos los cuales afirmaban que yo estaba perfectamente de salud. Una y otra vez le dijeron que se equivocaba, que si yo hubiera dejado de respirar tanto tiempo como ella decía, habrían surgido toda clase de problemas neurológicos. Y no habían surgido. En plena crisis de pánico, el tiempo la había engañado, siendo como era una madre primeriza y sin experiencia. Lo más seguro era que yo no hubiera dejado de respirar en ningún momento.

Pero mi madre seguía convencida de que yo había estado *en alguna parte*, en un caos aterrador de inexistencia que pese a todo contenía un futuro observable pero incomprensible al que todos nos íbamos a ver sometidos.

Mi padre se marchó de casa y se mudó a un apartamento situado encima de las oficinas del varadero. Mi madre y yo seguimos viviendo en aquella casa de la playa que ella tenía hecha un desastre. Ya no iba al club ni quedaba con sus amistades, que no se veían con ánimos de soportarnos más ni a nosotras ni los rumores de aquella noche.

Me siguieron sometiendo a exámenes médicos y pruebas psicológicas. Uno de los especialistas mostró interés en mí durante una temporada porque creía que solo las mutaciones genéticas podían reestructurar el cerebro para soportar los desafíos medioambientales y

morales de un mundo superpoblado y en ruinas. Pero no descubrió nada. Nunca había descubierto nada. Él mismo reconocía que la suya no era más que una teoría sensata y atractiva.

Me acuerdo de los resultados de mi última prueba, que fue la última porque mi madre ya no tuvo dinero para hacerme más. No les pudo pagar —a aquellos cabrones profanos, como los llamaba— y ya no se volvieron a poner en contacto con nosotras. Llegó a creer que todos nuestros pensamientos y emociones estaban siendo registrados por una nueva y siniestra camarilla. Y la única forma que tenía de salvarme de aquella situación era separarse de mí. Pero esta creencia llegaría más tarde. Hasta entonces, tuve una sucesión abigarrada de tutores y mi madre me vigilaba con ansia, por miedo a que se corrigiera el error de mi regreso.

Hubo varias situaciones en las que la muerte me podría haber acompañado nuevamente a la antesala de la que yo dudaba que me fueran a dejar salir otra vez. La que recuerdo con mayor nitidez tuvo lugar en la ferretería a la que mi madre me había llevado para elegir un color nuevo con el que repintar las paredes de mi dormitorio, que seguían siendo del mismo rosa insípido de mi primera infancia. Elegí un color llamado Nube Pasajera, y una lata de pintura mezclada por ordenador según las especificaciones de aquel tono salió dando vueltas de la portezuela mal cerrada de la máquina que la estaba mezclando y voló de lado a lado del local. Plantada allí con un puñado de tarjetones de colores en las manos, la lata me podría haber reventado la cabeza, pero no pasó.

La lata de pintura, Nube Pasajera, rodó por la tienda de vuelta a la sección de reparación de persianas y se estampó contra una caja de cartón donde un pelícano esperaba a que lo recogiera la Señora de los Pájaros. La caja no hizo ruido alguno. Al pelícano lo habían encontrado, mucho más al norte de su territorio normal, deambulando desorientado por un aparcamiento. En el pueblo todo el mundo había oído hablar de la Señora de los Pájaros, pero a los niños no nos llevaban mucho a verla. La gente aplaudía sus esfuerzos, pero sus diez acres cenagosos rescatados de convertirse en otro vertedero de aguas residuales gracias a donaciones no les parecían tan educativos. ¿Cuántas veces hay que informar a los niños de lo limpias que tienen sus jaulas los buitres?, preguntaban. Y los voluntarios son superlúgubres, y la necesidad desesperada de madera y alambre, de

semillas, peces y toallas, no se acaba nunca... Fui una vez, no me acuerdo de las circunstancias. Terminé en una zona a la que los visitantes no podían acceder y allí vi un viejo bidón de petróleo lleno hasta arriba de alas amputadas. No se lo comenté a mi madre.

Mi madre y yo nos volvimos unas ermitañas, sobre todo después de cierto incidente que a las dos nos dolía recordar. Su mejor amiga de antaño, Slim, había perdido a su hijo, un niño de nueve años. A Slim le había costado quedarse embarazada pero por fin lo había conseguido y el niño era extremadamente listo y también bastante frágil. Sin embargo, había pasado algo y se había roto el brazo, nunca habían descubierto exactamente cómo, y luego había cogido una infección por estafilococos en la misma ala del hospital que había fundado mi familia, el mismo hospital en el que yacería mi padre más tarde.

Mi madre había estado intentando familiarizarse con el budismo en su búsqueda continua de una guía en esta vida. Por desgracia, su primer y quizá último intento de incorporar los desenfadados *koan* del zen a su interacción con la gente fue en una conversación con la afligida Slim durante una mañana luminosa y ventosa en la playa. No era ni siquiera mediodía, pero la pobre Slim ya iba bastante cocida; el pelo y la piel le apestaban a whisky y llevaba el abrigo mal abotonado. Nos contó entre lágrimas la muerte de su niño y las tribulaciones de su familia, donde ahora todo el mundo odiaba y culpaba a todo el mundo, era una pesadilla, día tras día. Dios sabe qué le entró a mi madre para contarle una de aquellas irritantes historias zen en un intento de consolarla.

—Un día, la gente vio pasar volando a una manada de ocas silvestres y el maestro preguntó: «¿Qué son?» —dijo mi madre, señalando el cielo vacío.

—¿Cómo? —dijo Slim.

—«Son ocas silvestres», contestó el noviciado.

—¿Qué noviciado? —exclamó Slim.

—«¿Y adónde están volando?» —siguió mi madre en tono sereno.

—¿Qué coño es esto, Martha?

—«Se han marchado volando», dijo el pequeño monje.

—¿Qué pequeño monje? —Slim tenía la cara todavía más roja.

—Y el maestro, el sabio, dijo: «Decís que se han marchado volando, pero en verdad han estado aquí desde el principio de todo».

Mi madre admitiría más tarde que la historia no era tan apasionante como ella la recordaba, pero aun así la sorprendió la reacción de su amiga:

—¡Eres una zorra insensible, Martha! —dijo Slim—. Con el tiempo que te pasaste largando el rollo aquel de que tu hija había muerto y vuelto a la vida, aburriendo mortalmente a todo el mundo, aunque te apoyamos y te aguantamos, escuchando tus chorradas cuando ni siquiera había pasado nada, y ahora mi niño se ha ido para siempre y ni siquiera te puedes molestar en decir nada decente. A la mierda tus pequeños monjes y tus ocas, Martha. Vete a la mierda.

Y se alejó dando tumbos por la playa, enfurecida, dejando tras de sí una nube de efluvios de whisky.

Después de aquello ya apenas salimos de casa. Mi madre había dejado el alcohol del todo, aunque bebía mucho té. Su favorito era un té muy fuerte que se llamaba Russian Caravan. A mi padre no lo veía casi nunca. A veces me llevaba con el velero, lo cual parecía ponerlo más melancólico que nunca. El mar se mostraba huraño e incierto, y algunas de las caletas que recordaba con tanto cariño ahora estaban llenas de cieno y apestaban. Todavía le producía cierto placer su propia pericia con las enormes velas rojas, las sogas y las poleas, pero había perdido la fragancia simple y la libertad de su mundo, al igual que yo, que apenas las había conocido.

En cuanto a mi madre, estaba tan convencida de que yo había muerto que le costaba experimentarme como a una criatura viviente. Nos pasábamos largos días en silencio. Otras veces mi madre se pasaba días enteros hablando sin parar de la caída en desgracia del mundo y de los tiempos distópicos que se avecinaban. Pronto nos lo quitarían todo de las manos, decía. ¿Cómo eran las cosas allí, me preguntaba, en el mundo de la muerte? Yo intentaba contestar sus preguntas porque la amaba. Era mi madre. Era como estar en la hora previa al amanecer, le decía, y ella se mostraba de acuerdo en que debía de ser así. Había unas figuras alargadas por encima de mí, le dije en otra ocasión. ¿Eran como casas, me preguntaba ella, casas alargadas? Creo que debía de haber leído aquello en alguna parte, quizá en algún libro sagrado. Yo intentaba tranquilizar a mi madre; me mostraba cortés y solícita, como una buena invitada. Seguramente no debería haberle mentido.

—Estás evolucionando —dijo mi madre—. No quieres adaptarte

sin más, como yo.

No me daba la sensación de estar evolucionando. A mis tutores les parecía corta de luces. Al último en particular le resultaba exasperante:

—¿Tienes alguna idea de por qué estás aquí?

—Tengo que estar aquí. Mi madre tenía un tutor y...

—No, aquí, en este planeta. —Levantó las manos y las ahuecó como si estuviera sosteniendo algo. Tenía manos de carpintero inepto, con las uñas ennegrecidas y estriadas.

—Hoy no me toca contestar esa pregunta —le dije—. No tiene nada que ver con la ortografía.

—Muy bien —dijo—. Si solo quieres memorizar definiciones y chorradas, me parece bien, a mí me van a pagar igualmente. ¿Qué es un homógrafo?

—Una palabra que se escribe igual que otra pero tiene un significado distinto. —Me gustaban los homógrafos.

—Deletréame la palabra *conmensurable*.

¿Acaso sospechaba que se me había olvidado la ortografía? No era el caso.

—¿Y la palabra *perspiración*?

Era una palabra que me gustaba mucho.

—*Virus*.

—...

—¿Y qué es un virus?

—Los virus no están estrictamente vivos pero tampoco están muertos. Son una forma de vida.

—Estás en este planeta para elaborar un informe sobre él —dijo en tono irritado—. ¿Cuál será la naturaleza de tu informe?

—No lo sé —dije.

—He ayudado a otros niños y niñas —dijo el tutor—. No nací ayer. Pero tienes que ayudarme a ayudarte. ¿Gira el Sol alrededor de la Tierra o la Tierra alrededor del Sol?

—Gira la Tierra alrededor del Sol.

—¿Y por qué la gente se pasó tanto tiempo creyendo que era al revés?

—Porque parece que esté girando el Sol alrededor de la Tierra.

—¿Qué es la conciencia?

—La conciencia es una disociación del yo respecto al mundo del

no yo. Es una separación, una brecha. No —dije—. No es verdad.

—Tu respuesta es adecuada —me dijo con impaciencia—. ¿Por qué talaron el árbol más grande de nuestra comunidad?

Era una crueldad sacar otra vez el tema del árbol. Siempre me llevaba al borde del llanto.

—Porque estaba en mitad de donde querían poner la rotonda —dije.

—No —dijo él—. Fue porque la gente sospechaba que creía que iba a vivir para siempre. ¿Qué es Dios?

—Dios es una forma de pensar —dije con docilidad.

—Todos tenemos tres vidas, la verdadera, la falsa, ¿y cuál es la tercera?

No dije nada.

—¿Cuál es la tercera?

—No lo sé.

—Voy a usar los servicios de la casa —dijo el tutor— y luego volveré con tu madre.

Al cabo de un momento se oyó la cisterna del retrete. A continuación volvió a la sala con mi madre. Venía diciendo:

—La mayoría de los instructores no la querrían, ya sabe. Es poco probable que llegue a estar preparada alguna vez para abordar las cuestiones reales, las importantes. Yo no le pido más que pasitos diminutos. —Me miró—. Repito: ¿Cuál es la tercera vida?

—Usa la imaginación, Khristen —dijo mi madre—. A ver si lo aciertas.

—No lo quiero acertar.

—Es una adivinanza. Invéntate algo.

—No es una adivinanza.

—Bueno, quizá no. Pero escucha. Todos tenemos tres vidas. La verdadera, la falsa y la que no conocemos. ¿Ves qué fácil era?

Por fin llegó el momento de mandarme a una escuela de verdad, *un internado en el oeste donde apreciarían mi situación* y le darían el debido reconocimiento al alarmante don que yo había recibido.

Mi madre me dijo que ya era lo bastante mayor para hacer el viaje sola, porque tampoco había dinero para otro billete.

Al principio, los únicos otros pasajeros del tren eran sociólogos.

Hicieron como si no me vieran. No había nada en mí que inspirara su interés. Sin embargo, era obvio que se habían decepcionado los unos a los otros. Todos habían esperado encontrar a un artista, a un prelado poético y borracho, quizá, a un botánico, a un atleta profesional o a un comentarista del Juicio Final. Era lo que supuestamente ofrecían los grandes trenes de la literatura. En cambio, no había más que sociólogos, asistentes sociales, ingenieros sociales, sociobiólogos.

—¿Cómo es posible que nos hayamos juntado tantos? —dijo uno de ellos.

Otro hizo un comentario sobre unas peculiares criaturas de color ceniciento que se veían a lo lejos, arremolinándose en medio de una polvareda.

—Mirad —dijo—. Bestias jugando.

—¿Son nativas de la región? —preguntó otro—. Parecen bastante rabiosas.

—No estoy seguro de qué estamos viendo —dijo otro.

Si no hubieran sido todos sociólogos, quizá se les habría ocurrido que aquella agitación prodigiosa eran almas no preparadas, momentos antes de la claridad de sus muertes, cayendo entre ilusiones aterradoras y una incertidumbre cada vez más profunda hasta despeñarse inevitablemente por el precipicio que los llevaría a otro mundo de sufrimiento.

Pero eran quienes eran. No podían pensar de otra manera. Se apartaron de la ventanilla y contemplaron su cena, que ya les habían servido. Pincharon de forma colectiva con sus tenedores la masa que tenían en los platos.

—¿Qué clase de pescado se supone que es esto? —dijo uno de ellos—. Espero que no vuelva a ser ese puñetero reloj anaranjado.

Pero lo era, creía el camarero, o lo había sido.

En mitad del trayecto subieron otros grupos al tren, entre ellos una chica de mi edad y su madre. Acelerando, el tren pasó a toda velocidad junto a una camioneta aparcada debajo de un álamo, con un letrero que decía PASTELES apoyado en la plataforma trasera.

—¿No es fabuloso? —dijo la madre—. Una estampa de la vieja América.

—¿Te crees que está vendiendo pasteles? —dijo la hija, guapa y llena de granos—. No está vendiendo pasteles, madre.

—Anda, para —le dijo su madre en tono risueño—. Brittany

siempre recela de todo —anunció—. Parece que alguien le hubiera pegado alguna vez con un tablón. Quiere salvar a los osos polares.

A la chica se le ruborizaron los granos.

—¿Desde cuándo son graciosos los osos polares, madre? ¿Desde cuándo son un chiste?

—Ay, déjalo. Yo qué sé. No me parecen graciosos. Lo que son es peligrosos, ¿no? Me acuerdo de que no hace tanto querías ser diseñadora de moda.

—Nunca he querido ser...

Pero su madre llamó a un azafato que pasaba:

—¡Venga a sentarse con nosotras!

—Trabaja aquí, madre —dijo Brittany—. Es un empleado. No es un esclavo forzado a acompañarte como yo.

—¡Ven con nosotras! —me llamó la madre.

Brittany me miró, consternada. No tardó en confirmarse que las dos íbamos a asistir a la misma escuela.

—Se suponía que este iba a ser un viaje de tres generaciones, pero mi madre murió —explicó la madre de Brittany—. Seguramente ya era una mala idea desde el principio.

—Pues claro —dijo Brittany.

—Fue la circulación, llevaba años teniendo mala circulación.

—Es triste —dijo Brittany—. Se ha tenido que morir para librarse de venir a esta idiotez de viaje.

—Mi abuela también se murió —dije.

Brittany me echó un vistazo y decidió no darme cuartel.

—Es lo que tienen las abuelas —dijo. Se giró hacia la ventanilla y señaló en silencio el Río Grande.

—He oído que ha bajado mucho de caudal —dijo su madre.

—¿Qué nos habéis dejado? —preguntó Brittany en tono imperioso—. ¡No nos habéis dejado nada!

—Yo no he drenado el Río Grande, cariño.

—Es un crimen —dijo Brittany.

—Dime —dijo su madre—, ¿cuándo fue la última vez que leíste un buen libro escrito por un oso polar?

Brittany levantó las manos como si estuviera esperando a que un asistente se las preparara para una operación quirúrgica.

—¿Querrían un vaso de ginger ale o alguna otra cosa? —les preguntó el azafato.

—Un vaso de ginger ale sería perfecto —dijo Brittany—. A menos que tenga un frasco de analgésicos y un litro de bourbon.

—Oh, para ya —dijo su madre, riendo.

Se oyó a uno de los asistentes sociales manifestar su sentimiento de culpa por haberse tomado la excedencia. Pero todos se mostraron de acuerdo en que estaban hartos de su trabajo: las cuidadoras petulantes y adormiladas, las quemaduras, los moretones, la mierda en los peleles de bebé... Necesitaban un descanso, este descanso.

—Mis clientes son unos chavales que, si no los visitas todas las semanas para ver cómo andan, los terminan encontrando muertos dentro de una caja de electrodomésticos —dijo otro. Y estornudó violentamente, dos veces, sin disculparse.

Brittany puso los ojos en blanco. Tenía un cuadernillo en el que escribía con frecuencia. Aquella mañana, por ejemplo, se había quejado de la ausencia inconcebible de cereales Weetabix en el desayuno. Eran uno de los fundamentos de su vida saludable, ¿verdad? ¿Pues por qué no estaban disponibles? De hecho, ¿por qué había cada vez más cosas básicas que no se encontraban? Yo también tenía un cuaderno, muy parecido al de ella, pero en el mío no había nada escrito. Me di cuenta de que Brittany estaba pensando que, como termináramos siendo compañeras de habitación, se iba a morir. Abrió su cuaderno y escribió algo a toda prisa con un bolígrafo plateado.

Su madre se puso a hablarme largo y tendido. Se llamaba Freida y se definió a sí misma como ecocrítica, una autoridad en lo que denominó «el umbral». El país estaba en el umbral y llevaba tiempo así, el umbral que la gente creía que duraría para siempre. Las rutas de senderismo, los acuarios, los tratamientos de infertilidad, los suplementos nutricionales de oxígeno, todo ello seguía haciendo tándem risueño con las aves embadurnadas de petróleo, las autopistas de doce carriles más otro para bicicletas, los vertederos de relave y los ríos hechos un asco y los desiertos ennegrecidos por los paneles solares, los miles de millones de bolsas de plástico transmutadas por simbiosis mágica en equipamiento de ocio éticamente responsable. Freida disfrutaba de una próspera carrera como estudiosa del umbral, dando conferencias en un surtido de instituciones para un público adinerado, atento y comprometido, aunque complaciente. La *mísera plebe* —término que Freida se aseguró de atribuir a Hegel— casi nunca asistía a sus charlas, pese a ser un componente significantemente

significante del umbral.

Se enorgullecía de su especialidad y disfrutaba de explicar su trabajo, que consistía en espiritualizar los deseos de los consumidores. Nuestro desarrollo espiritual se basa en trascender la naturaleza. Es nuestro destino moral dominar tecnológicamente la Tierra. En cuanto dejemos atrás este engorro, el entorno artificial inventado, mejorado y gestionado será encantador.

Era en gran medida un plagio de Teilhard de Chardin, admitió, pero presentado de forma más risueña y digerible. En cualquier caso, ganaba dinero a espuertas, que era lo que le permitía mandar a Brittany a un internado.

—¿Cómo se las ha apañado tu familia para pagar la matrícula? —me preguntó.

—Creo que mi madre ha hipotecado todo lo que consideraba de valor —le dije.

—Aaah, la vida —dijo Freida en tono despectivo—. ¿Cuál es la profesión de tu madre?

—Es ama de casa —respondí insegura.

—Amas de casa sin casa —dijo Freida—. Esa es precisamente la condición que nos espera.

Tras concluir aquel perezoso intercambio conversacional sobre mi madre, se dirigió a Brittany:

—¿No te puedes poner algo en esos granos, cielo? —dijo, refiriéndose a las erupciones que tenía su hija en la cara.

—Son parte de mí, madre —contestó Brittany.

—Déjate de tonterías, anda —dijo Freida.

El tren iba a toda velocidad por hondonadas y barrancos, surcando la urdimbre de un aire azulado que se convertía en oscuridad, y una luz amarilla y mortecina nos envolvió por un instante a todos. Los sociólogos hablaban como quien no quiere la cosa de aquel vacío al que no afectaban las decenas de millares de vidas humanas que según los cálculos más recientes comenzaban a cada hora.

La hora de la cena había pasado rápidamente y estábamos todos sentados examinando los postres. Brittany dejó de lado su plato, que contenía una pera horrorosamente marrón medio sumergida en almíbar, y examinó su cuaderno. Tenía allí sus apuntes para un relato titulado «El abrigo», que le había asignado un antiguo tutor.

Avanzamos de abrigo en abrigo hacia un final temible en el que nunca pensamos... Los personajes están hechos medio de carne y hueso y medio de vapor, prueba del absurdo y la futilidad que... Tachó aquello. Un personaje de un relato no puede estar hecho de carne y hueso, ni siquiera a medias. La asombraba lo poco sincera que podía ser, pero su madre siempre estaba cuestionando la autenticidad de lo auténtico, y siempre la animaba a ella a hacer lo mismo.

A todo el mundo le estaban retirando su plato, lo cual se reflejaba en el cristal de las ventanillas.

—Mi hija se considera poshumanista —dijo Freida.

Brittany ahogó una exclamación.

—Lo siento, cielo, pero es lo que anunciaste una vez. —Y, para nuestro horror, me guiñó el ojo.

Como es natural, aquello destruyó cualquier posibilidad de alianza entre Brittany y yo. En el breve lapso que pasamos juntas en la universidad, Brittany se mofaba de mí ante los demás llamándome Borreguita. Decía que yo era una boba sin neuronas y que seguramente me habían lobotomizado. A pesar de todo, yo no le guardaba rencor. Hasta podía admirar el hecho de que una vez afirmara en clase que la creencia en el alma era una idea nihilista. No parece nihilista, decía, pero lo es porque creer en ella hace que la destrucción cada vez más rápida del mundo no parezca tan terrible...

Una estrella fugaz surcó la pálida noche durante un buen rato.

—La abuela —dijo Brittany en tono sombrío. Otra estrella cayó por la garganta de la noche—. El perrito de la abuela.

... Que no había sobrevivido mucho tiempo a su dueña, después de que le suspendieran la medicación que necesitaba: una medicación que costaba veinte dólares al día y de la que Champán ya había dependido durante más de novecientos días, con algunos efectos secundarios de importancia como por ejemplo alopecia grave, gingivitis y diarrea. Su madre defendía aquella decisión afirmando que ya hacía tiempo que Champán había excedido el tiempo promedio de supervivencia a su enfermedad degenerativa y que ya se estaba acercando al espectro superior más allá del cual solo aguardaba la enorme y fría perrera. También señalaba que la única persona que había amado sin equívocos a aquella difícil criatura ya no estaba, lo cual marcaría una diferencia muy importante en su calidad de vida. De forma que le quitaron la medicación y su declive fue rápido.

—No romantices a Champán —dijo Freida—. Ni siquiera quería estar con la abuela en su lecho de muerte. Siempre estaba en la cocina, lloriqueando debajo de la mesa.

—En las lluvias de meteoritos ya no hay meteoritos —proclamó uno de los sociólogos—. No es más que basura espacial que dejan los cohetes y los satélites.

Brittany estaba buscando una página en blanco de su cuaderno. Volvió a encontrarse con «El abrigo», que no hizo ningún intento de esconderme. *Es principalmente un cuento de fantasmas…* Había dibujos meticulosos de un abrigo suntuoso, que enfundaba una forma femenina idealizada, con la cara oculta por el cuello subido de la prenda.

Le echó un vistazo furtivo a su madre y me fulminó con la mirada.

—La gran pregunta para tu generación —le estaba diciendo su madre— es si queréis o no compartir el futuro.

El tren expulsó de las vías algo de tamaño considerable. Poco antes, aquel algo había permanecido hipnotizado por el ojo blanco de resplandor inquietante que se abalanzaba sobre él.

La escuela era un antiguo sanatorio rodeado de pinos infestados de escarabajos en el que trabajaban con nervioso amor propio las que supuestamente eran las mentes más inteligentes del país. Todos los estudiantes vivían solos en cuartos pequeños y sin apenas muebles. Todos eran hijos del divorcio. Era prácticamente un requisito. El lugar era monacal y en las habitaciones siempre hacía frío. No había campos de deporte ni gimnasios. Me di cuenta de que en cierta manera había estado esperando jardines, laboratorios y bibliotecas. No había ni libros ni papel. Se suponía que tenías que acordarte de los pensamientos gnómicos que los instructores articulaban. La mayoría de las escuelas les decían muchas cosas a sus cautivos sin enseñarles nada, llenándolos no de sabiduría sino de la pretensión de sabiduría. Aquello estaba mal, nos dijeron. Allí las cosas serían distintas.

Durante la orientación, llevada a cabo en un trozo de bosque despejado pero lleno de tocones, un profesor bajito con voz resonante se dirigió a nosotros:

—¿Qué pasaría si un demonio se colara en vuestra soledad más

solitaria un día o una noche y os dijera: «Esta vida, tal como la vivís en el presente y la habéis vivido, la tenéis que vivir otra vez y después incontables veces más, y no habrá nada nuevo en ella, sino que todos los dolores y placeres y tristezas y todas las cosas indeciblemente pequeñas y grandes de vuestras vidas han de volver a vosotros nuevamente y en el mismo orden y lugar; incluyendo esta araña y esta luz de luna entre los árboles, incluyendo este momento, y a mí mismo»?

Un niño que había a mi lado se echó a llorar. Otro murmuró:

—No quiero estar aquí. Nadie me ha preguntado si quería.

Y un tercero dijo:

—¿Quién pidió nacer? Porque yo no.

Yo había tenido un trato tan limitado con otra gente que aquella última queja me resultó intrigante, igual que me había maravillado lo fuerte que se había reído Freida.

El hombrecillo del claro continuó:

—¿Acaso no os tiraríais al suelo y rechinaríais los dientes y maldeciríais a ese demonio? ¿O acaso experimentaríais un momento tremendo en el que le contestaríais: «¡Eres un dios y nunca he oído nada tan divino!»? Si la idea de esa araña y esa luz de luna adquiriera poder sobre vosotros, os transformaría y quizá os aplastaría, porque la respuesta a la pregunta con relación a todo lo que existe, ¿queréis todo esto una vez más e innumerables veces después?, se convertiría en la mayor carga de vuestras vidas. O bien os causaría la mayor felicidad santificada y sellada eternamente.

—Eso es pedirnos muchísimo —se quejó alguien por lo bajo.

Los estudiantes-reclusos estaban sentados en bancos, en un círculo mal hecho. Cuando se volvió a hacer el silencio total, el profesor, regresando a su terrorífico tema, gritó:

—¡Pero me he saltado una línea!

Y los alumnos de último curso, los nueve que había, gritaron:

—¡¡¡El eterno reloj de arena de la existencia volverá a dar la vuelta y tú con él, mota de polvo!!!

Nietzsche siempre había sido el principio y el final de la ceremonia de iniciación. Era una tradición.

Los alumnos nuevos no podíamos salir del campus durante un año. No podíamos recibir cartas ni paquetes, ni tampoco enviarlos, naturalmente. Los instructores eran distantes, los textos, difíciles de

entender, y el clima, opresivo. La escuela estaba en un profundo valle circular rodeado de árboles agonizantes. Muchos de los edificios y gran parte del mobiliario habían sido fabricados con la madera de aquellos árboles y tenían unos bonitos dibujos estriados, ríos de una oscuridad casi purpúrea sobre el grano pálido de la madera. No sabíamos nada de lo que estaba pasando en el mundo de fuera, ni tampoco nos podíamos imaginar para qué nos estaban preparando. Quizá para los implacables y dolorosos requerimientos de la nada.

El lugar derrotó a Brittany casi de inmediato. Quemó sus preciosos cuadernos y se la llevaron convertida en un despojo tembloroso.

A principios de invierno de mi segundo año, mi madre, con grandes dificultades, consiguió vencer la prohibición comunicativa para darme la noticia del accidente de mi padre. Las madres mueren una y otra vez, pero los padres solo una, y el mío, en el umbral de aquel singular acontecimiento, había recibido el impacto de un cabrestante roto en su varadero.

—Él y sus horrorosas barcas —dijo mi madre.

Volví a cruzar el país a bordo de un viejo avión que se iba al desguace justo después, era su último vuelo. Al oír aquel anuncio, los pasajeros aplaudieron. El aterrizaje fue demasiado brusco, y el piloto echó la culpa a la gente que estaba haciendo el tonto en tierra con láseres.

—A veces son chavales que no se dan cuenta de lo grave que es lo que están haciendo —dijo—. O bien miembros de bandas o gente predispuesta a las diabluras y a la conducta criminal en general, o adultos que han consumido cantidades abundantes de drogas o de alcohol. En fin, ya hemos llegado. Que tengan un buen día.

En la habitación de hospital, mi fuerte y capaz padre había quedado reducido a un desconocido aplastado y retorcido. Me sorprendió la cantidad de visitantes que tenía. Una mujer trajo un cojincito con las palabras VUELA LA DEDÁLICA BARCA CUAL SUEÑO bordadas y lo puso debajo de la cabeza cruelmente hinchada de mi padre. Demasiado angustiada para preguntarle qué significaba aquello, fui a la ventanilla de la enfermera y le pedí si tenían un diccionario.

—Aquí no, cariño —dijo una de ellas.

—¿Qué significa *dedálica*? —le pregunté a mi madre.

—Es algo diseñado con ingenio, con habilidad. Viene de Dédalo, que construyó el laberinto de Creta. ¿Pero qué te enseñan en esa escuela?

Se pasó los dedos por el pelo y escrutó la sala abarrotada.

—¿Quién es toda esta gente? —exigió saber—. ¿Se ha acostado con la mitad del pueblo?

Yo tampoco las conocía, pero también mi madre me parecía una desconocida. De hecho, yo casi quería husmearla, olerla igual que hace un animal con los de su clase, para verificar su identidad.

—Vamos a la cafetería a tomar un chocolate caliente —dijo aquella criatura.

—No quiero chocolate.

Pero fuimos a la cafetería que había en las entrañas del espantoso edificio y nos sentamos a una mesa de formica sobre la cual alguien había grabado con letra ligada diminuta la palabra *infierno*.

La gente de las otras mesas se dedicaba a mirar fijamente las pantallas de sus ordenadores. Un maestro de escuela afirmaba que el mundo online —lo llamaba *el mundo online*— solo emplea las partes del cerebro que gestionan las minucias temporales y fugaces, y potencia esa parte de tal forma que el pensamiento complejo resulta imposible y la comprensión más profunda nos elude.

No había nadie llorando.

Me quedé mirando las letras. Puse la mano encima de ellas, de *infierno*.

—Tu padre nunca creyó en ti —dijo mi madre con un suspiro—. Oh, no estoy diciendo que no te quisiera. Simplemente no creía que hubieras estado allí, pero yo sí. Yo sabía que eras especial, una pequeña alma inocente reclamada por la muerte. Y eso me suponía una carga terrible. Estabas en un futuro intemporal donde se te encargaba la transformación, y yo tenía que mantenerte con vida y era duro, muy duro, ya sabes, pero ahora te lo tengo que preguntar, ¿qué has hecho con esa información? ¿Qué vas a hacer con ella?

—No tengo ninguna información, mamá. —Me di cuenta de que la vida nunca me resultaba tan irreal como cuando estaba con mi madre.

—No creerás que sigues allí y que todo esto es un malentendido,

¿verdad? Porque no es ningún malentendido.

—Pobre papá —dije.

—Oh, sí —dijo mi madre, parpadeando—. Estoy fuera de mí, supongo que es obvio. Cielos. Estás demasiado flaca, ¿por qué estás tan flaca? ¿Dónde te alojas? Te daré dinero para un hotel. Y ten más dinero, para la escuela. Pero ya no habrá más después. Ya no queda más.

—¿No me puedo quedar contigo en casa?

—Ya no hay casa, la vendí. No importa. No me pienso quedar en esta ciudad. Ya me he despedido de tu padre.

—¿Cómo te has despedido?

Mi madre no hizo caso de mi pregunta.

—Me voy a un congreso de visionarios. Se celebra en un centro turístico en uno de esos lagos enormes que tanto odiaba tu padre. Pero este está mucho más cerca de tu escuela. Solo está a unos quinientos kilómetros. ¡Seremos prácticamente vecinas!

—Pensaba que se suponía que eran bastante poco prácticos —le dije.

—¿Quiénes?

—Los visionarios. Es lo que los define, ¿no?

Mi madre me miró.

—La lista de invitados es impresionante y le estoy dando una última oportunidad. No se parece a nada que haya probado antes, y lo he probado todo, como te puedes imaginar. En este congreso va a haber ideas nuevas. Caminos que se abren a soluciones nuevas. Habrá académicos, científicos, letristas y líderes religiosos, con alguna que otra fiesta para que no decaigan los ánimos. Tengo mucha suerte de haberme enterado de que se celebraba. Intenta alegrarte por mí.

—¿No hay líderes del mundo empresarial?

—Claro que no. ¿Por qué estás siendo tan desagradable? Esa gente es la nueva generación de guías. Muy cualificados. Voy a asistir a todas las mesas redondas, o a tantas como pueda. Los créditos me dan igual. No me hacen falta.

—Yo creía que mi escuela estaba supuestamente llena de guías.

—Oh, ya no estoy segura de eso. Supongo que no. El sitio no es tan eminente como antaño. Me quedé un poco corta con mi investigación. Ojalá hubiera puesto a hipnotizadores a trabajar contigo cuando eras pequeña, Ovejita. ¡Todavía se te niega el acceso a la parte

más importante de tu vida, al futuro que tuviste en la muerte! Creo que estás siendo testaruda.

Alguien la llamó un momento y, cuando volvió, dijo:

—Ha muerto.

Me daba miedo no volver a ver a mi madre, o quizá sería más exacto decir que me daba miedo que, si nos encontrábamos, ya no podría reconocerla, lo cual es mucho más terrible, una situación terrible. Pero me dijo que vendría a mi hotel al día siguiente y que iríamos, que asistiríamos a un pequeño funeral por mi padre y después visitaríamos la tumba, porque ahora a los muertos los entierran deprisa.

No sé cómo me las apañé para pasar la noche. Cuando bajé al vestíbulo la tarde siguiente vi que había un televisor encima del mostrador de la recepción. Estaban poniendo una película de un pájaro de gran tamaño que hacía remodelaciones en un nido toscamente construido. Me la quedé mirando un rato, intranquila.

—¿No la estabas viendo ayer también? —me preguntó el recepcionista.

—No.

—Pero viste el poste fuera cuando te registraste, ¿no? Un poste grande con una plataforma encima y una cámara encima de otro poste orientada hacia él... Imposible no verlo.

—O sea, que las imágenes son en tiempo real.

—Bueno, lo eran —dijo el recepcionista—. Pero el pájaro chocó con un camión o algo así. O bien su compañero no pudo encontrar pescado. Ha hecho un tiempo asqueroso, inestable, el agua está turbia. Hay muchas teorías distintas.

—Entonces, ¿de cuándo son las imágenes?

—De hace un año por lo menos.

—¿Y por qué todavía las ponéis?

—¿No es evidente? —dijo—. Porque a la mayoría de la gente le gusta mirarlas.

Les di la espalda a la película y a los preparativos meticulosos e inútiles que había allí grabados, y me senté en un diván frente a una mesa ocupada por una pila desordenada de periódicos. Era un diván incómodo, pero debí de quedarme dormida porque me desperté con un sobresalto cuando una mujer se sentó pesadamente a mi lado.

—¿Sabes qué día es? —me preguntó.

—Lo sé. Perfectamente.

—Mi Marie habría cumplido quince años hoy.

Dio un golpecito al periódico que había encima del montón con un dedo mordisqueado y no muy limpio. Estaba abierto por la página de las necrológicas y el dedo señalaba el obituario de bordes negros de una niña con traje de playa que sostenía un libro del revés. Como primero había visto el libro, cuyo título no era legible, y hasta un momento más tarde no me había fijado en la niña de tirabuzones rubios, me sentí inmediatamente en desventaja.

—Dos —dijo la mujer—. Ya llevo trece años haciendo esto y seguiré haciéndolo otros trece si todavía estoy viva. Está funcionando muy bien. Ya hay mucha gente que la conoce, cientos de personas. Y ya no es tan tímida. Era muy tímida. No le gustaba que le hicieran fotos.

—Lo siento —le dije.

—Imagínatela un poco. Por ejemplo, qué estaría haciendo ahora mismo.

Negué con la cabeza.

—No te cuesta nada imaginarte a esta niña —dijo—. ¡No te estoy pidiendo nada del otro mundo! —Se estaba meciendo de adelante hacia atrás y parecía estar girando al mismo tiempo—. Sería una gran ayuda para Marie —se lamentó—. Ella lo agradece. Marie no sería nada sin tu ayuda.

—Está bebiendo zumo de manzana —dije—. Le sabe bueno. Está disfrutando de un momento de soledad.

La mujer frunció el ceño.

—¿Por qué iba a querer estar sola?

—Está en un jardín muy bonito junto al mar, plantando bulbos —dije sin esperanza.

—Ya no es temporada de bulbos —dijo ella.

—Marie —dije.

—Sí —dijo ella sin suavizar el semblante—. Me alegro de que no viviera para ver toda esta falsedad. Todo el mundo fingiendo que todo irá bien. Tú también finges.

Dobló el periódico con gesto quisquilloso y fue al mostrador del vestíbulo, donde departió con el recepcionista. El hombre pareció mostrarse comprensivo con lo que ella le decía. Quizá la mujer fuera

una mascota de palacio. Muchos espacios públicos las tenían, por lo que me habían dicho. Quizá trajera suerte a quienes la ayudaban con cosas pequeñas. Los dos me miraron con cara de decepción. Por encima de ellos, en su nido elevado, el pájaro le estaba dando la vuelta con el pico a un huevo marrón y bastante moteado.

Salí a esperar a mi madre. Me senté a una mesa y me ofrecieron un vaso de agua. Hice el gesto de cogerlo, pero se me resbaló de la mano hacia el suelo. Lo vi caer sumida en una especie de trance. En el momento de su caída supe que mi madre nunca llegaría.

Al final averigüé cómo llegar al varadero donde se había congregado la comitiva fúnebre. No era la misma gente a la que yo había visto en el hospital. Se habían terminado la comida y las bebidas y ahora estaban en pleno proceso de llevárselo todo, de vaciar el apartamento de mi padre. No me dirigieron la palabra y ni siquiera me miraron. Se agenciaron la cubertería de plata, enrollaron las alfombras y cogieron los vasos y las mantas. Mi padre tenía pocos libros. Me acordaba de él leyendo poco más que obras sobre barcos y construcción de barcos. Le gustaban todos los comentarios sobre el mar, y se fijaba especialmente en las historias de capitanes que habían sido relevados del mando o bien habían caído en desgracia y habían dimitido. También se habían llevado aquellos volúmenes.

Aunque todos estos eran presagios terribles, me dio la sensación de que mi único recurso era volver a unos estudios que no podía entender y confiar en que el futuro se me terminara revelando igual que había hecho con todas las criaturas del pasado.

De vuelta en la escuela intenté explicarle la conducta del cortejo fúnebre a un compañero de clase.

—Es imposible que pasara así —dijo Jack—. Que la gente entrara en casa de tu padre muerto y se lo llevara todo.

—Todo.

—Todo de golpe y sin decir nada... ¿No hicieron una colecta para ti?

—Pues no.

—He oído hablar de velatorios que se salieron de madre, pero nada como esto. Hablamos de un funeral tremendamente irregular.

—No creo que fuera un velatorio.

—¿Quieres que te ayude a averiguar qué ha pasado o no? Era una festividad. La gente estaba comiendo y bebiendo y paseando mientras

hablaban del difunto. Eso es un velatorio. Pero luego se pusieron a robarte todas las cosas que tenías que heredar. Es tremendo.

Jack era un chico atento, no lacrimoso ni artero como sus dos hermanas, que tenían restricciones temporales en Ohio y Carolina del Norte, respectivamente; es decir, estaban en prisión. Se había traído a la escuela su Chevrolet El Camino con acabado de pintura en polvo, junto con todas las piezas de recambio que había ido acumulando: el segundo motor, las juntas de las ventanillas cortaviento, los soportes de faros traseros, las dos portezuelas con cristales incluidos. Pero no le permitían trabajar en el coche y le habían prohibido conducirlo.

—¿Te acuerdas del cachorro de león que tenía que venir al zoo de mi ciudad? —me dijo—. ¿El que venía de otro zoo y al que te dije que estaba esperando ver cuando saliera de aquí? Pues ya no va a venir porque han eliminado los zoos.

Me confesó que no tenía ni idea de con qué se iba a ilusionar ahora.

Había instalado clandestinamente papel fotográfico en una pared de su habitación con la imagen de un león de melena negra que parecía estar viniendo por un pasillo a oscuras en dirección a ti.

Se formulaban las mismas preguntas pero de manera más implacable.

¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué propósito tiene la vida humana en este mundo?

En el aula hacía frío. Uno de los instructores estaba hablando y su aliento era visible en el aire. Examiné los renos que retozaban en mis mitones. Gran parte de mi ropa había pertenecido a una niña mucho más pequeña.

Hubo una pausa y un alumno dijo:

—Estaba pelando una naranja esta mañana y me he fijado en que la monda que estaba a punto de tirar a la basura me recordaba a las células escamosas, esos pequeños copos epidérmicos que se nos caen de la piel. Luego me he dado cuenta de que sin saberlo somos todos sembradores que esparcimos partículas diminutas de piel allí donde vamos. Creamos con nuestros desperdicios.

—Interesante —dijo el instructor.

—¿De dónde has sacado una naranja? —preguntó otro alumno—. Llevo años sin probar una naranja.

—¡Sí, de dónde has sacado una naranja! —lo increparon varios más.

—Es un *ejemplo* —dijo el chico—. Estoy poniendo un ejemplo —murmuró—. No estaba pelando una naranja de verdad.

—Interesante —repitió el instructor—, pero no estamos hablando de la creatividad. Estamos hablando del Estado. Volvamos al Estado. Nos dominan las grandes organizaciones, los gobiernos, las iglesias, los gigantes industriales y financieros. Son todos entes grandes y no paran de crecer, como les pasó a los dinosaurios. Todo el mundo puede ver que su nivel de inteligencia y su capacidad de ver el futuro son tremendamente pequeños. No pueden cambiar, solo expandirse. Mientras tengan sitio y medios para expandirse, pueden prosperar. Pero la expansión ya no es posible. El crecimiento en ese sentido ya no es posible. Ahora ya no hay solo el deber, sino también la necesidad de imponer control, de limitar y concentrar.

—¿Es posible el crecimiento individual? —preguntó alguien.

—No.

Y, con esto, se terminó la clase.

—Es aburridísimo —susurró el chico que tenía a mi lado—, pero muy guapo.

En el comedor nos volvieron a servir huevos en polvo y tostadas para cenar. Era la quinta noche seguida que nos los servían. En la escuela reinaba el desbarajuste desde que había desaparecido uno de los académicos más veteranos, al que los estudiantes llamaban el Califa. Había sido un excursionista y escalador ávido, y se temía que hubiera sufrido una caída o algún percance en las montañas. Algunos de los profesores habían salido a buscarlo —no habían permitido que los acompañaran los estudiantes—, pero no habían encontrado ni rastro de él.

—Bueno, siempre me resultó un poco repelente —dijo una chica llamada Lucinda—. Tanto su persona como su mente. Seguramente alguien lo asesinó por ser tan repelente.

—Nunca entendí nada de lo que decía —intervino Jack.

—Se habría quedado decepcionado si lo entendieras —dijo Lucinda—. Si alguno de nosotros lo hubiera entendido.

—He estado pensando —me dijo Jack—. Lo que pasó en casa de tu padre... no fue un velatorio, fue un robo con todas las de la ley.

—Adoro esa expresión —dijo Lucinda—. Este lugar es un infierno

que nos está sorbiendo el alma con todas las de la ley. —Había sido compañera de habitación de Brittany durante un breve periodo y la había superado en todas las categorías.

—¿Sabes qué significa *dedálico*? —le pregunté.

—Pues claro —dijo Lucinda.

Nadie creía que el académico hubiera sido asesinado. Lucinda solo lo decía de forma jocosa. La opinión más aceptada era que había sufrido una caída trágica, en algún lugar de las inclementes montañas.

Cada vez resultaba más obvio que, en ausencia del Califa, la escuela se estaba viniendo abajo. La gente hablaba de él en tiempo presente inútilmente. Yo ya estaba en mi tercer año, pero la clase por encima de la nuestra no había tenido la oportunidad de gritarles a los de primer año: *¡El eterno reloj de arena de la existencia volverá a dar la vuelta y tú con él, mota de polvo!* No había clase entrante. Todo el mundo echaba de menos aquella tradición de la araña y la luz de luna, pese a que algunos todavía no veían clara la distinción entre reencarnación y recurrencia. Me dio la sensación de que, si me tocaba revivir una vez más mi tiempo allí desde la muerte de mi padre y la desaparición de mi madre, todo sería igual de desconcertante que antes: la comida horrible, las clases misteriosas, los atuendos infantiles que llevaba todo el mundo, la consagración de la duda. No me sentiría felizmente sancionada. No había aprendido nada y no era capaz de distinguir una ilusión de mi mano izquierda.

La situación del mundo exterior más allá de nuestro valle resguardado pero lúgubre había cambiado, por lo que nos habían dicho. Habían cambiado las prioridades. De ahí que no hubiera clase entrante. Pero estaban surgiendo problemas más urgentes. Se comentaba que había desaparecido un tercio del mundo conocido de fuera. Un tercio del conjunto. El resto seguía siendo gestionable, según los rumores. De hecho, había que gestionar las cosas más que nunca. Los dos tercios que quedaban no podían ser un todo, por extraño que pareciera.

Cada vez se cancelaban más clases. Nos reuníamos al anochecer en alguno de los muchos patios de la escuela para hablar de los ruidos que ya llevábamos semanas oyendo.

Parecían explosiones de motores de coches y de camiones.

Motores de coches o de camiones escopeteando durante un rato considerablemente largo.

Era como supuestamente sonaban los tiroteos.

Pero ya nadie lo decía.

No sonaban a armas de fuego, más bien a explosiones.

Explosiones prolongadas.

¿Y qué pasaba con aquel olor?

Aquel tufo.

Era más bien como truenos, truenos bramando.

La Madre Naturaleza teniendo la última palabra.

Pero ya nadie lo decía.

Luego se anunció que el campus iba a cerrar para tomarse unas vacaciones recién instituidas. La explicación era que iban a pintar los dormitorios, reemplazar la caldera, modernizar la cocina y construir una biblioteca. Nadie se molestó siquiera en refutar aquellas afirmaciones ridículas. Nuestra última comida fue un desayuno de huevos en polvo con tostadas. Empezaron a llegar padres y madres de caras sombrías para recoger a sus hijos a bordo de camiones de ruedas gigantes que remolcaban elaboradas caravanas o bien de limusinas enceradas. Llegaron las hermanas de Jack (que habían sido puestas en libertad) y se marcharon los tres en el Chevrolet El Camino, aunque tuvieron que dejar atrás las piezas adicionales. Todas las cárceles se habían vaciado y todas las óperas y teatros habían cerrado. Los padres de Lucinda la recogieron en un coche fúnebre. Eran «directores» de funeraria y tenían más dinero y trabajo que Dios, decía siempre Lucinda. Me invitó a irme con ellos, pero no quise.

—Me caes bien —dijo Lucinda—. No tienes autoestima. Pero tampoco tienes instinto de supervivencia, algo que odio admitir que es muy importante para mí. No creo que nos volvamos a ver nunca.

Habíamos oído decir que los únicos negocios que operaban todavía en el mundo de fuera eran casinos donde una población de indios cuyos bisabuelos habían muerto de viruela y los huesos de cuyas bisabuelas residían en sótanos de museos en ruinas ahora hacían cumplir las normas, las que quedaban.

Fui la única a la que acompañaron a la estación de tren. En el muro había una pintura de gran tamaño de una rastra.

—Esto es nuevo —comentó mi instructor—. Parece muy oficial, ¿no? —La sala de espera estaba desierta—. Te estará esperando

alguno de tus padres al final del trayecto, ¿verdad? —dijo el instructor.

—Sí —le dije yo.

—¿Y tu padre o tu madre saben que vas?

Había oído que uno de ellos había muerto, pero no se acordaba de cuál. Cada vez le fallaba más la memoria a corto plazo. Se ruborizó. Sabía que lo consideraban el aburrido, el guapo, lo cual ya era malo de por sí, pero ahora tenía que afrontar el hecho de que también se estaba volviendo más tonto e irrelevante con cada día que pasaba. Se sentía vagamente eufórico. Le sorprendía que todavía funcionaran los trenes.

El tren no tenía vagón restaurante, ni tampoco coches cama. Los lavabos estaban cerrados con llave. Una docena de personas se mecían hurañamente en los asientos rotos. Nadie hablaba. Durmieron con los ojos abiertos mientras la primera noche transcurría vacía de estrellas. El paisaje estaba iluminado por incendios descontrolados rodeados de cazadores que disparaban a las criaturas enloquecidas que intentaban escapar de las llamas. El tren avanzaba de forma entrecortada, sobre las vías designadas. Pasaba de largo a toda velocidad de las estaciones, pero se paraba junto a campos vacíos cercados con alambradas. Los pasajeros desembarcaban y ya no volvían a subir. Se detuvo allí donde seguía esperando el hombre con su letrero que decía PASTELES. Se metió a toda prisa en el vagón llevando una bandeja grande de dulces con decoración multicolor pero duros como una piedra. La gente se los compró y se llenó la boca con ellos de todas maneras.

Durante un tiempo, el tren siguió avanzando a paso de tortuga junto a un camión de ganado con su cargamento de cuerpos inquietos y moteados.

En cuanto me di cuenta de que era la única que seguía a bordo, el tren se detuvo definitivamente. Me bajé y caminé entre hierbas enfermizas y sobre la tierra cuarteada hasta que dejaron de verse las vías. Llegué a una pequeña arboleda que seguía sorprendentemente verde y se veía bastante agradable, salvo por los paquetes de carne que alguien había tirado allí. Estaban bien envueltos en un plástico fino, con el nombre del corte y el peso y el precio estampados en una tira de papel separada de la carne por una almohadilla absorbente

ahora teñida de rosa.

Un hombre que remolcaba una cruz apareció en la cima de una colina y empezó a bajarla en dirección a la arboleda. La base de la cruz iba apoyada en un macuto de lona atado a un tablón montado sobre dos ruedas. Se acercó, serio. La cruz medía cinco metros y estaba hecha de algo que parecía poliestireno extruido pintado de negro.

—Buenos días —me dijo el hombre, aunque ya era casi de noche —. Aleluya. —Dejó la cruz con cuidado en el suelo—. La gente que me conoce me llama el Conversor, pero a los desconocidos les digo que me llamen Larry para que se sientan más cómodos. —Me explicó que venía del sur, donde la gente todavía creía, pero de manera completamente superficial. Llevaba años viajando de un lado a otro por todo el país y pensaba seguir haciéndolo, predicando la palabra de Dios hasta que le informaran de que se había acabado todo. Y, en aquellos días de infortunio, cada vez más gente lo informaba de que se había acabado todo.

—Hasta me han pegado una paliza, como puedes ver —dijo Larry —. Me han hecho saltar varios dientes.

Abrió mucho la boca y le salió de dentro un tufo terrible que se disipó ociosamente. Cerró la boca y volvió a hablar entre unos labios apenas abiertos:

—¿Adónde estás yendo?

—No estoy segura —le dije.

—Sí, es la respuesta que me dan más a menudo. No estás sola. O sea, claro que estás sola, pero quiero decir que hay otros que están en la misma situación.

Contemplamos la carne; parecía haber más de la que había antes.

—Inquietante —dijo Larry—, en este agradable lugar de paz. Me parece haber visto esa carne cuando todavía eran vacas.

Miramos aquellas carnes infladas y marrones presionando el plástico de sus envoltorios.

—¡Ezequiel! —exclamó Larry con voz débil y trémula—. Ezequiel fue puesto en el valle de los huesos mondos por el Señor, que le dijo: «¿Pueden vivir estos huesos?», y Ezequiel pensó que seguramente no. Pero entonces el Señor *los recubrió de tendones y de carne y les insufló la vida…* —Levantó las manos y las agitó—. Amén —dijo—. Pero en aquel caso eran huesos —añadió—. Había algo con lo que trabajar.

Luego, con más esfuerzo de lo que el hábito y la apariencia parecían indicar, se echó la cruz al hombro y se marchó trabajosamente.

Mi madre había dicho:

—Por mucho que me equivocara aquella noche y tú no cruzaras la línea de sombra, la tierra fronteriza, ¿nunca tienes la sensación de haber muerto y estar caminando entre otros que quizá también han muerto pero no te lo dicen?

»Porque nadie lo dice —añadió.

Ahora me acordé de aquello, mientras los días por los que me movía parecían vacilar, como si estuvieran esperando a que se decidiera algo más que no los iba a beneficiar. La gente a la que veía no parecía estar viajando. Se dedicaban a pulular, como mosquitas después de un chaparrón. La esperanza ya no encontraba dónde residir. Hasta los insectos notaban que ya se había acabado la cosa. El potro, el lobato, el ternero, las piedras que habrían sido joyas preciadas bajo tierra. Las flores, que, como bien sabía Wordsworth, disfrutaban del aire que respiraban, ya solo eran conscientes de la ausencia de esperanza. Estaba claro que algo se había estropeado. Hasta los muertos estaban consternados.

Pero luego los muertos empezaron a recuperar el norte, a adaptarse, por así decirlo, y también quienes estaban próximos a la muerte y los nonatos, como siempre. En cuanto a los demás, ya apenas les importaba quién o qué les estuviera suplicando, porque todo resultaba menos conmovedor que antes.

Durante un tiempo caminé por una amplia autopista que había estado en proceso de ser ensanchada, aunque una serie de parapetos la habían reducido a un solo carril. No pasaba ningún vehículo. Un empleado de gasolinera me dijo que solo suministraban combustible a los servicios de emergencia barra esenciales barra de seguridad barra comerciales, y solo de forma temporal: los jueves y un martes de cada dos.

—Pero la gente está calmada —dijo—. Si no estás calmado, te detienen de inmediato, y no es agradable. Lo he visto. Es una cuestión de actitud. Si tienes la actitud correcta, no te pasará nada.

Alguien que iba por la carretera me ofreció mirar por sus

prismáticos, que llevaba en una funda colgada del cuello. Estaban bien cuidados. Por debajo de las tapas protectoras, los cristales no tenían ni un arañazo. En la funda había una cápsula blanca que decía TIRAR NO COMER. Pero nadie la había tirado.

—Es para que el cristal no coja hongos —dijo el hombre.

La tierra se veía rota, revuelta.

A veces, mientras avanzaba, fingía que estaba volviendo a casa, como un pájaro o un animal, obstinadamente, a un lugar que había conocido durante muchas estaciones, con la única excepción de la estación anterior, la de la extinción del lugar, una excepción. Los pájaros y los animales debían de sentirse así, imaginé, imbuidos de una fe que solo podían conocer los santos, una fe que no se podía traicionar sino únicamente transformar. Pero cuando ya no pude pensar más en mí misma como un pájaro o un animal, por mucho que quisiera, me sentí fatigada e insegura. No estaba regresando a casa.

Me adelantó un grupo de adolescentes. Iban montados en bicicletas o bien empujándolas, y no se parecían en nada a mis antiguos compañeros de clase.

—Joder con estas mosquitas —protestó una chica, recolocándose un pañuelo sucio en torno a la cara.

—Hay flores que quieren que las polinicen las moscas —dijo un chico—. Apestan tanto que solo se les quieren acercar las moscas.

—Las moscas no polinizan flores —dijo la chica.

—Que sí.

—Tarado —dijo la chica.

—¿Vas a la casa de la fiesta? —me preguntó uno de ellos.

—¿Está en un lago grande? —pregunté.

—Por aquí no hay lagos —dijo un chico—. Quizá más adelante.

—Sí, hay uno gigantesco más adelante —dijo una chica—. Pero creo que ya no está.

—Esta no sabe nada del tema, obviamente —me dijo el chico para tranquilizarme—. ¿Eres estudiante?

—Lo era.

—Nosotros somos estudiantes en sentido general —dijo—. El mundo es nuestra aula. —Todos se rieron hoscamente de aquello.

—Hemos tenido montones de experiencias instructivas —intervino otro.

—Por ejemplo, estábamos de acampada y había un tío al que no

conocíamos; de hecho, ya estaba allí antes que nosotros. Y estaba mirando una roca... Se pasó tanto tiempo mirándola que la roca se sintió amenazada y se levantó del suelo y lo golpeó y lo mató.

—Me gustan las rocas que encontramos con agujeros —dijo un chico.

—¿Y a quién no, imbécil? Pero esta es nuestra situación. Somos estudiantes y buscadores, pero no sabemos qué estamos buscando. Nos faltan las palabras, o bien las que conocemos son incorrectas. Y no puede ser de otra forma.

—¡Cierto!

—Los que vinieron antes que nosotros les pusieron nombre a los animales, a las flores, a los árboles, a los matorrales más humildes. Pero no eran los correctos. Así que ya no importa adónde se ha ido todo.

—Es nuestra purgativa.

—Prerrogativa, gilipollas. Lo importante es que somos hombres. Como individuos y también como horda, somos...

—¡Hombres!

—Eso es. Hasta las señoritas. ¡Capaces de cualquier cosa!

Se hacían llamar los Daños Colaterales y me invitaron a acompañarlos a un sitio al que llamaban la casa de la fiesta, un lugar que habían frecuentado en el pasado y que les producía una tierna nostalgia. Fue así como me describieron lo que sentían por el lugar: *Una tierna nostalgia*.

—Es como la casa de tu abuelo —me explicaron—, si hubieras tenido uno de esos abuelos encantadores de fantasía.

La casa de la fiesta era una granja donde un viejo profesor llevaba tiempo muriéndose. Siempre que llegaban, el viejo pensaba que habían venido a cuidarle sus amados caballos, pero no había caballos. Si alguna vez los había habido se debían de haber muerto de hambre, o bien debían de haberse escapado hacía mucho tiempo de los establos en ruinas y a través de las verjas abiertas.

Algunas de las chicas del grupo creían que el profesor se daba cuenta de que no había caballos, pero sabía que admitir esto sería su fin. Los chicos no entendían por qué no iba a querer que le llegara su fin. No era tonto. Estaba lisiado y era viejo —demonios, era la persona más vieja que habían conocido—, y si seguía en sus trece, podía venir alguien y aprovecharse de él, hacerle daño, quizá incluso asesinarlo, y

moriría desilusionado.

—Sí, pero todo el mundo muere desilusionado —dijo una de las chicas. Llevaba una tortuga del desierto en una cesta de pícnic abierta. En el caparazón tenía pintada una esvástica, no la esvástica nazi sino la opuesta, uno de los símbolos más antiguos y complejos de la historia.

»Hay gente que la ve y se caga de miedo —dijo la chica—. Se creen que somos unos cabezas rapadas que van buscando víctimas.

—No es más que un caparazón —le dije.

—Sí, es una tortuga del desierto.

—Pero ya no está ahí dentro —dije—. Alguien la ha sacado.

Otra chica dijo:

—Un investigador de California quería que se la mandáramos allí para que pudiera liarse con una tortuga chico que tenían. ¿Sabes cómo hacen que una tortuga suelte su lefa de tortuga cuando no tiene ganas? Pues le dan una carga eléctrica.

Una descarga eléctrica, la corrigió alguien.

—Pero le dijimos que no, no —siguió diciendo ella—, no os la vamos a dar porque quizá no nos la devolváis; eso le dijimos al investigador de California.

—Antes pensábamos que era afortunada pero ya no —dijo un chico, mirando el caparazón abombado—, porque alguien que permanece en el anonimato y que ya no está con nosotros la sacó de su casa para ver qué aspecto tenía y entonces, claro, ya no se parecía en nada a como era de verdad...

—Pero no la vamos a abandonar —dijo la chica que llevaba la cesta—. Somos gente maja. Por eso le seguimos la corriente al profesor. «Han venido tus alumnos a cuidarte los caballos», le decimos. «Somos los herradores, que hemos vuelto de la Edad de Hierro», le decimos.

—Pero puede que esta vez ya esté muerto. A esa edad no se puede vivir eternamente de calmantes.

—Pero nosotros sí podemos —dijo un chico—. Los metabolizamos mejor.

Los Daños Colaterales eran risueños, implacables, espabilados, egocéntricos e inmunes a la desesperación. La desesperación, me explicaron, la causaba el intento de vivir una vida de virtud, justicia y comprensión. La desesperación aumentaba cuando uno intentaba

entender y justificar la existencia y la conducta humanas. Esto era lo más importante que habían aprendido como estudiantes. Antaño había que ser un niño pequeño, prácticamente un bebé, o bien ser una persona extremadamente esclarecida e iluminada para carecer legítimamente de desesperación, pero ellos se mofaban de aquellas restricciones. Los Daños Colaterales ciertamente no eran bebés, ni tampoco serían viejos resignados y en declive. Dudaban que fueran a vivir hasta final de año. No les importaba.

—¿De dónde habéis sacado las bicicletas? —les pregunté.

Un chico admitió que habían pertenecido a unos niños desafortunados que se habían ahogado por falta de una escalerilla de mano. Por todas partes había cisternas para recoger y conservar el agua de la lluvia —seguro que las has visto, me dijo—, pero solo las antiguas tenían escalerillas. Antaño las cisternas habían sido bastante bonitas, pero con el tiempo se habían venido abajo y las nuevas eran más feas y cada vez más toscas. Incluir una escalerilla de salida siempre había sido una de las reglas cardinales de la construcción, aunque los tutores de aquellos niños, con las prisas, se habían olvidado a menudo de esto.

Algunas de las bicis llevaban adhesivos de colores de magos y calaveras, tornados y panteras subidas en cohetes.

—Muchos de esos niños eran productos del ejército —explicó un chico— y copiaban los parches de los programas secretos de sus padres.

—Secretos, secretos, secretos —corearon los Daños Colaterales.

De manera que los acompañé, coreando y riendo, hasta la casa de la fiesta, una granja árida rodeada de huertos de frutales muertos. El profesor todavía la habitaba, y esto causó gran regocijo entre los Daños Colaterales. Lo saludaron y alabaron en voz bien alta lo bien que seguían de salud sus caballos, después de lo cual se retiraron a la parte de atrás de su propiedad para administrarse sus regímenes de automedicación.

El profesor estaba sentado en un sillón de orejas de cuadros, con algo que parecía un mantel sobre las rodillas. La ventana estaba abierta y una brisa circulaba hurañamente bajo el crepúsculo.

—«Está loco quien confía en la salud de un caballo» —dijo—. *El rey Lear*. ¿Eres una de mis estudiantes?

—No —le dije.

—Esos que acaban de estar aquí dicen que lo son, pero los tengo más que calados, como suele decirse.

—Me encantaría aprender, pero parece que no puedo.

—Hay que conocer los canales adecuados, aunque los canales siempre están cambiando y no pasa mucho tiempo antes de que dejen de ser adecuados. Pero como piloto estoy bastante retirado. Tuve una caída muy mala y a mi edad cuando se rompen los huesos ya no se curan. ¿De dónde eres? ¿Dónde naciste?

Le mencioné el pueblo costero de donde era y la palabra me sonó rara en los labios. Por extraño que parezca, me vino a la cabeza un día en que había pronunciado mal la palabra *detrimento*. Por el amor de Dios, es *detrimento*, no *detrimiento*, me había reñido uno de mis profesores.

—No estarás intentando volver allí, ¿verdad? —preguntó el profesor—. Lo encontrarías muy cambiado.

—No, no pienso ir allí.

—Tengo entendido que han limitado estrictamente la entrada, aunque siempre se pueden hacer excepciones. Ahora están allí todos los tribunales.

—La verdad es que no tengo un destino.

—Seguramente porque no hay ninguno. Tener uno siempre fue un lujo.

—La última vez que vi a mi madre me dijo que se iba a unas instalaciones en un lago muy grande donde estaban celebrando un congreso de visionarios. Quizá usted sepa algo al respecto.

Sonrió.

—Tantas conferencias y congresos. Estaban muy de moda un tiempo atrás. Está claro que el pasado solo es una construcción gramatical, pero de eso realmente hace mucho tiempo.

—Mi madre dice que el tiempo me observa de forma distinta porque pasé un rato muerta.

—Sí, bueno, eso es posible —dijo el profesor en tono insulso—. A mí me homenajearon en el congreso medioambiental que celebraron allí, el último que hicieron. El tema era la pérdida. Reflexiones sobre la pérdida. Formas de lidiar con la pérdida. Las oportunidades que ofrece la pérdida. Cómo hacer que la pérdida trabaje a tu favor... Vaya panda de zumbados. Había una mesa redonda... Ya no tengo el programa después de tanto tiempo, pero me acuerdo muy claramente

del título, lo tengo danzando en el aire justo delante de los ojos, lo veo todavía mejor que a ti. —Hizo el gesto de escribir en el aire con el dedo—. *La potencialidad del vacío del paisaje: la integridad de las medias tintas.*

—¿Por qué lo estaban homenajeando a usted?

—Por mi especialidad, que son todas las hierbas pequeñas. Me he pasado la vida estudiando las hierbas. Las de la pradera son las que más me gustan. Antaño podrían haber sobrevivido a lo peor, ya sabes, a los incendios o las heladas, de tan profundas que eran sus raíces. Eso era lo que antes solía considerarse lo peor: las heladas y las llamas. En cambio, lo que las erradicó fue el simple compromiso humano, eso y el hecho de que la determinación de sobrevivir que a menudo exhiben otras formas de vida empuja a mucha gente a extremos de destrucción. —Toqueteó el mantel de su regazo—. Pese a todo —dijo —, no pude asistir al congreso, a las exequias. Acababa de sufrir mi último derrumbe, mi última caída. Fue como perderme mi propio funeral. —Echó un vistazo por la ventana y apartó rápidamente la vista—. Tienes mucha paciencia, ¿verdad, chiquilla?, teniendo en cuenta que no sabes cuánto tiempo hace de aquello.

Se oyó un ruido de risas lejanas y llegó un ligero olor a humo.

—Una de estas noches van a quemar lo poco que queda —dijo—. Hazme un favor, ¿quieres? Cierra esa ventana de ahí. Era la ventana favorita de los caballos. Metían las cabezotas por ella para visitarme. Pero ya no lo hacen. Por mucho que tengas la suerte de poder salvar algo, se acaba perdiendo igual, ¿eres consciente de eso?

La ventana no se quería cerrar. Probé a sacudirla contra el marco. El cristal era viejo, grueso y con volutas.

—Cuidado con las astillas —me advirtió el profesor—. Cuando yo era niño, mi mejor amigo murió defenestrado. Le fascinaban las ventanas. Creía que había otro mundo fuera, y la gente siempre lo estaba intentando convencer de que era el mismo. Era un niño excepcionalmente frustrado. Para él las posibilidades de la ventana eran las únicas que importaban. Morir saltando por una ventana era una causa de muerte hecha a la medida de Woodrow. Y, en fin, encontró su ventana en el edificio más alto de la ciudad. Solo tenía cuatro pisos de altura, pero acabó hecho pedazos, claro. Su madre dio permiso para que se reutilizaran algunos de sus huesos para fabricar obleas de cadáver. Alguien la convenció. Ahora no hay forma de saber

cuánta gente con osteoartritis espinal, lo bastante desesperada como para aceptar el bisturí del cirujano, lleva dentro un trozo de cartílago de Woodrow. A él le decepcionaría saberlo, estoy seguro. No le caía muy bien la gente. No es que fuera un chico mezquino, simplemente no era caritativo, y sus huesos terminaron flotando dentro de otra gente. Cielos, llevo años sin hablar tanto.

La ventana bajó de golpe, chocando con el áspero antepecho.

—Creía que se resistiría más —dijo él.

Con la ventana cerrada parecía reinar un silencio atronador en la habitación.

—Qué silencio, ¿no? —señaló el profesor—. Como si nos hubieran devuelto de un empujón a la Edad Media, una era caracterizada por un nivel de silencio bastante inimaginable hoy en día. Por eso la música entonces tenía un poder casi sobrenatural. —Suspiró—. Gracias, cariño, ya me he escuchado bastante a mí mismo. Debería haberme ido adonde estás yendo tú mientras tenía oportunidad, pero nuestras vidas ya no se mueven en sentido horizontal, quizá nunca lo hicieron. Me tomé mi discapacidad demasiado en serio y siguieron pasando los años, se acumularon las calamidades. Ahora estoy incapacitado de verdad, ya no podría servir. Lola no quiere que muera nadie allí, es una de sus reglas. Lleva todo aquello con mano dura.

—¿Quién es Lola?

—Caray, pues está en el lugar que buscas, en las instalaciones, como las has llamado de forma tan cortés y formal, en el lago. Ahora el último reducto de tu madre lo lleva otra gente. Se acabó todo ese rollo de estrategias de uso racional y académicamente integrado y compromiso sostenible. Lola dirige un tinglado distinto con directrices distintas.

—Pero es que yo no la estoy buscando —dije. La habitación resultaba sofocante con la ventana cerrada, pero tenía un vago aroma familiar, como de hojas aplastadas.

—Qué triste es sentir nostalgia de la tierra cuando ya no hay tierra —dijo—. Pero allí adonde vas, estoy seguro, te tendrás que apañar con Lola. Quiero que cojas mi camioneta. Tengo una camioneta vieja pero buena en el cobertizo azul por el que has pasado. La estuve usando durante años para traer aquí a mis nenes. Está en el sótano. Solo tienes que abrir las puertas de allí. Me encantaría pensar

que Lola te dará la bienvenida, aunque es bastante posible que no. Pero, llegado este punto, una pérdida así ya no importa demasiado, ¿verdad que no?

—No lo sé —le dije.

Libro segundo

Ven, me vendrás bien, dijo el peculiar desconocido.

«Kienast», ROBERT WALSER

Es el aspecto que tiene el mundo. El mundo se ve... hecho polvo.

WILLIAM GASS

Pobre Señora. No se podía encontrar un cuervo más negro que sus aguas enfermas. El sol poniente la contempló y proyectó una reverberación desganada sobre su superficie fláccida. Por un instante se puso de un prometedor color plateado. Cuando alguien se está muriendo, alrededor del cuerpo pululan susurros, crujidos y ruidos de movimientos a veces hasta quince horas después, sin que nadie los oiga ni se fije en ellos. Es un dato científico, aunque silenciado. La Señora se había pasado años escopeteando, ronroneando, chirriando y crujiendo, como pasa a menudo con el agua, pero ahora llevaba el mismo tiempo callada.

En la orilla había una mujer con una copa de martini en la mano y un niño al lado. El niño había pescado un pececillo y lo estaba mirando con cara infeliz.

No puedes ponerte a pensar que ese pez tiene una historia, Jeffrey, le dijo la mujer, con la mano en el sedal de la caña donde el pez se sacudía débilmente. *Así solo conseguirás volverte loco.*

No era uno de esos peces bonitos y salpicados de motas rosadas, sino gris y demacrado, como si hubiera vivido su corta existencia dentro de una tubería de desagüe.

Este pez solo forma parte de tu historia, Jeffrey, siguió diciendo la mujer. *La razón de ser de este lago es producir pescado para tu placer y repulsión e infundirte sensaciones de poder y piedad.*

Se volvió, haciendo girar hábilmente la copa de martini con ella, y miró tras de sí.

¡Qué estás mirando!, dijo en tono brusco.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó Lola—. No tienes la edad suficiente para formar parte del Instituto. Ni siquiera tienes pinta de que tu destino sea participar en una gran experiencia.

—¡Oh! —Khristen rio, avergonzada.

—Es una de mis primeras líneas favoritas de la literatura. *Era mi destino participar en una gran experiencia.* Por supuesto, el narrador estaba completamente equivocado. El destino humano ya se ha manifestado. No tienes que estar de acuerdo, claro. ¡Pero es encantador que hayas traído la camioneta de Julian! Quizá empecemos a hacer otra vez las visitas guiadas; eran muy populares. Algún gracioso se metió en el lago con el vehículo que teníamos antes y se lo tragó el limo.

—¿Quién hacía las visitas guiadas? —preguntó Khristen.

—Oh, uno de nosotros —dijo Lola con vaguedad—. La mayoría de la gente nos llega a través del señor Stroup. Sé que Honey llegó así. El señor Stroup era un predicador. Predicaba mucho sobre los siete cuencos cuando estaban de moda. Luego fue electricista, uno de esos electricistas sin licencia que usas cuando estás desesperado. Tenía una furgoneta blanca. Antes había sido una ambulancia, pero lo único que le quedaba de sus días de apogeo era el bote de las propinas. Pero ya hace mucho que Stroup no está por aquí.

—¿Qué son los siete cuencos?

—Los siete juicios horripilantes, los que no muestran comedimiento. Los siete cuencos resplandecientes llenos de la cólera de Dios. Las plagas, la guerra, la destrucción de las grandes ciudades, el calor, la agonía de los océanos y la oscuridad infinita.

—Pero solo has dicho seis —dijo Khristen.

Lola se rio. Era alta y tenía unos rasgos desvaídos, salvo los ojos prominentes.

—Eres espabilada, nunca sé decir los siete. Siempre me olvido de uno.

—No pasa nada —dijo Khristen.

Estaban sentadas en lo que Lola denominaba la «terraza», en el mísero recinto del centro turístico en ruinas. El lago, que en la mente de Khristen había adquirido dimensiones míticas, no se veía por ninguna parte, pero sí que se veía un pequeño motel pulcramente cuidado. Detrás de la terraza había un edificio medio demolido, inclinado hacia ellas como si las estuviera escuchando.

—Háblame del profesor. La triste historia del pobre Julian. ¿Todavía le queda algún caballo?

—La gente que lo estaba visitando fingía que todavía había caballos, pero yo no vi ninguno.

—¡Uy, tenía muchísimos! Percherones, eran. Potros nacidos del Premarin. Había una hormona que los intereses farmacéuticos extraían de la orina de yeguas preñadas y de la que había mucha demanda, pero los potros resultantes no los quería nadie, así que simplemente los mandaban al matadero. Era muy buen negocio y seguramente lo volverá a ser. La astucia de la codicia y la crueldad no tiene fecha de caducidad. Julian rescató, uy, por lo menos a cien de ellos que yo sepa, aunque nunca entendió la realidad de las cifras. Era experto en hierbas, se le daban de maravilla. Por supuesto, aquellos potros podían devorar un prado entero con sus mandíbulas inocentes en un abrir y cerrar de ojos, y la ironía de la situación lo deprimía terriblemente. ¿Ni un caballo había? Con lo que él los quería. Solían meter las cabezotas por la ventana de su dormitorio. Creo que ellos también lo querían. Ojalá lo pudiéramos haber traído aquí cuando todavía se podía mover. Ahora va a morir en vano.

A lo lejos, más allá de los jardines abandonados, había un anfiteatro enorme en ruinas. Lola lo señaló.

—Ese congreso medioambiental del que hablabas, cielo, adonde dijiste que tu madre estaba peregrinando, fue hace mucho tiempo, tienes que darte cuenta. El tiempo no tiene la tolerancia que solía tener con nosotros. A efectos prácticos, ese congreso podría haberse celebrado antes de que tú nacieras.

Lola ratificó los recuerdos que tenía el viejo profesor del lugar. Antes de que se abandonara del todo el debate civilizado, aunque infructuoso, se había celebrado allí una reunión multitudinaria de los habituales líderes dispersos e hipócritas. A aquellas alturas sin duda Khristen ya debía de ser huérfana, una designación que compartía con

una parte sustancial de la población y con la mayoría de los habitantes no humanos de lo que todavía se consideraba, básicamente por pereza, el mundo natural.

—¿Tienes hambre? —preguntó Lola.

—Tengo mucha —admitió Khristen.

Lola pareció decepcionada.

—Cenamos a las siete, pero viene muy poca gente. Todos tienen enfermedades, claro, y es imposible atender sus dietas especiales. Algunos no pueden comer ni puré de patatas.

—Yo sí puedo.

—Si puedes esperar a mañana, el niño que se aloja con su madre celebra una fiesta de cumpleaños y seguro que hay pastel por lo menos.

—Creo que los he visto —dijo Khristen—. El niño había pescado un pez.

—¡Un pez! —exclamó Lola—. ¿Se estaba pudriendo, empezando por la cola?

—No he llegado tan cerca como para verlo. No parecía que se estuviera pudriendo. Pero era casi todo cabeza.

—Es toda una gesta —dijo Lola— que haya pescado un pez. Soñar con peces significa la muerte, ya lo sabes. ¿Y qué ha hecho con él?

—Lo quería devolver al agua, pero no estoy segura de que lo haya hecho; creo que no querían ser observados.

—Esa mujer tiene todo un dilema. En realidad, si asistieras a la fiesta del pequeño Jeffrey te lo agradecerían mucho. Sé que Barbara no es demasiado agradable, pero tiene muchas preocupaciones. El padre del niño asesinó hace poco a su abuelo y, como el niño no lo sabe, ella tiene la sensación de estar criándolo bajo una nube. Quiere que sea abogado. Pero su padre y su abuelo eran abogados y te puedes preguntar perfectamente para qué les ha servido; aun así, ella insiste. Está intentando que el niño se centre en el futuro. Los casos de agravio, me ha dicho, son su futuro.

—Agravio —repitió Khristen. Le sonaba a cosas que se agrian. A relaciones que se agrian. Las cosas que se agrian, establecidas como destino personal. Era un gesto amable por parte de la madre del niño concederle aquella libertad; a Khristen no le había dado la impresión de que fuera amable.

—Tú espérate a mañana. Te puedes quedar una noche o dos aunque no reúnas las condiciones. Francamente, la gente de tu edad es anatema para nuestro mismo concepto. No queremos ser responsables de ti. Te compadecemos, sin embargo. En fin, te encontraré algo aquí. Todos nos alojamos en ese edificio. El motel es solo para aparentar.

—Ese edificio no parece nada seguro —sugirió Khristen.

—¡Seguro! Bueno, no salimos mucho a los balcones.

Ciertamente los balcones no tenían pinta de poder aguantar el disfrute de sus ocupantes.

—Te haré jefa de doncellas, quizá —dijo Lola—. No requerirá nada tan mundano como limpiar habitaciones, claro. Pareces una chica encantadora. La mayoría de la gente carga de un lado a otro con su fin último como si fuera un hijo adoptivo al que se resisten a reconocer, pero tú no.

—Mi madre decía...

Lola levantó una mano pálida con gesto despectivo.

—No albergo prejuicio alguno contra esa mujer, pero está claro que no era la indicada para ti.

—Madre solo hay una.

—Razón de más, en caso de que fuera verdad. ¿Tú crees que hay un momento y un lugar para cada cosa y que todo acaba bien y todos felices?

—Pues no.

—Déjame que te cuente una historia. Cuando este sitio iba bien, había biólogos de la fauna salvaje que alquilaban bloques de habitaciones durante semanas enteras e investigaban sobre las garzas y las garcetas, que por entonces abundaban. Iban con sus aerolanchas hasta las colonias de aves que había en las isletas, hacían caer a tantas aves como podían de sus nidos con dardos tranquilizantes, les colocaban unos transmisores de radio alimentados con energía solar, sujetos con unos arneses parecidos a mochilitas, y las soltaban. Luego las rastreaban con avionetas y aprendían lo que podían de ellas. Una noche volvieron con una pequeña garza tricolor que creían que había sufrido una sobredosis letal, que no había sido la intención de ellos, claro. La llevaban en una caja y se pasaron la noche dándole toquecitos y golpecitos con la esperanza de encontrar algún signo de vida, aunque no vieron ninguno. Pero poco después del alba, una investigadora oyó un raspar suave procedente de la caja y cuando

encendió la luz, para su asombro, se encontró a la garza mirándola. Llamaron a la garza 144, que era la frecuencia de la señal de radio que le adjudicaron, y la soltaron en las inmediaciones de su nido, que, al verse desatendido, se había desmoronado, tal como era previsible. Perdieron el contacto con 144 casi de inmediato. Se esfumó de la zona de búsqueda. Nunca la encontraron.

Al cabo de un momento, Khristen dijo:

—Parece que las cosas nunca fueron muy agradables por aquí.

—Aquellos biólogos pagaban en metálico y siempre atascaban las tuberías —rememoró Lola—. Y qué petulantes eran cuando hablaban de aquellos puñeteros arneses. Afirmaban que su diseño concedía una libertad total de vuelo y también para realizar otras actividades.

—No me lo creo, ¿tú sí? —dijo Khristen.

Pasó por encima de ellas un dosel alto de nubes de aspecto sucio.

—Pasan todas las tardes a esta hora —dijo Lola—. Van a apostarse sobre el lago.

—Qué historia tan triste —dijo Khristen.

Lola pareció sorprendida.

—Aquella pequeña garza tricolor frustró a los biólogos. Siempre me ha resultado un episodio muy inspirador.

Se les acercó ruidosamente un camión que remolcaba una lancha de pesca, y rebozó de polvo las piernas desnudas de Khristen. El conductor, con poca ceremoniosidad, les preguntó cómo narices podía llegar al puñetero lago, llevaba horas conduciendo y no había visto puta manera de cruzar el dique.

—Se puede acceder desde aquí —dijo Lola—, pero tiene que pagar usted habitación. No me importa si la usa o no, si pasa en ella la noche o no, pero la tiene que pagar.

—¡No pienso pagar una mierda! —vociferó el hombre. Insultó al establecimiento y se marchó a toda pastilla.

—Me voy a descansar —dijo Lola en tono fatigado—. Estoy rendida. Tengo cáncer hasta en las yemas de los dedos, hasta en los juanetes; no hace falta compadecerme. ¿Por qué no coges la habitación cinco? Está cruzando la galería desde la de Honey Corazón de Oro. Ya la conocerás. No tienes nada que temer de ella.

—Es demasiado tarde para tener miedo, creo —dijo Khristen.

—Cuánta razón tienes —exclamó Lola—. ¡Me estás animando tú a mí, y yo que pensaba que te estaba animando yo a ti!

—¿Ah, sí?

—Por eso te he contado la historia de 144.

Khristen no dijo nada. La historia de la pequeña garza tricolor no le parecía precisamente risueña.

Lola había descubierto muchas cosas admirables en la chica. No había elegido ella ni el lugar ni el momento de conocerla, ¿pero quién podía elegirlos? Muy pronto estaría haciendo frente a los rigores del más allá.

Pronto hablaría con ella del Instituto. El Instituto *no era* una academia de suicidio, ni tampoco un hospital de paliativos para terroristas. O no lo era exactamente. Quizá las autoridades considerarían que sí lo era, en caso de conocer su existencia. Su propósito estaba en otro plano de comprensión completamente distinto. En la medida en que sabían que existía Lola, la consideraban una simple empresaria inofensiva en apuros que intentaba sacar el máximo partido a un establecimiento que había ocupado ilegalmente con un viejo amigo idénticamente decrépito, manteniendo las apariencias de un motel ramplón de antaño con flores de plástico en los maceteros, cañas de pescar para alquilar y una ausencia de redes sociales o dispositivos de recepción de noticias para los pobres viajeros ilusos que creían poder escaparse unos días de la realidad de una situación permanentemente abierta. Los clientes del motel nunca llegaban al hotel. Ni siquiera conocían su existencia, de tan decididos como estaban a aferrarse a las viejas ilusiones. No veían las intenciones de aquellos vejestorios invisibles ni tampoco sus planes extremos para el final de sus vidas. Si alguien los hubiera informado de aquellas intenciones, las habrían considerado apocalípticas, a pesar de que a todos los efectos el apocalipsis ya había llegado en muchos sentidos. La belleza incomprensible de la naturaleza ya había desaparecido, pero la mayoría de la población había aceptado la desgracia provocada en su nombre. Todo se había terminado y ahora podía empezar otra vez; así era como la gente de fuera justificaba su complacencia renovada. Los verdaderos inquilinos de Lola estaban decididos a trastocar aquella complacencia.

Ciertamente nadie esperaba que los viejos plantearan dificultades. Los viejos resultaban tolerables siempre y cuando fueran

lo bastante razonables y responsables como para hacer sitio a la primera oportunidad a los que venían después, a los nuevos, a los recién llegados. Ya hacía tiempo que las «comunidades de retiro» y los «centros de residencia asistida» se habían quedado obsoletos, porque ya no generaban beneficios adecuados para sus accionistas. A los ancianos se los animaba a que dejaran atrás la vida y ellos obedecían sin apenas protestas y con una ausencia sorprendente de pesar. Nadie había previsto que algunos se volvieran en contra de las mismas instituciones que los habían convertido en los últimos beneficiarios de lo que se había consagrado como progreso. Aquellos vejestorios, aunque no exactamente una *force majeure*, sí eran una amarga y desconcertante anomalía, caracterizada y descartada como simples inconformistas seniles, termitas solitarias, o bien ejemplos perfectos de por qué la mente de edad avanzada no interesaba a la sociedad.

No se consideraban a sí mismos «terroristas»; reservaban esa palabra para los banqueros y constructores, para los ingenieros industriales, proveedores de la guerra y el mercado, no hace falta decirlo, para los exterminadores y excavadores, para los criadores y consumidores de todas las clases, esas langostas provistas de un hambre estrepitosa y traqueteante.

Cuando los graduados de Lola regresaban al mundo, era para enmendar cosas e instigar correcciones, y no precisamente con buenas obras fatuas. A cada uno se le encomendaba una directiva, elegida al azar de una cesta de papeles doblados. Algunos de los papeles estaban ajados y rotos de tanto manosearlos y parecían destinados a no ser elegidos nunca.

Ya se habían producido algunos éxitos, aunque vacilantes, cuando de repente Lola se vio sin su amigo y compañero espiritual, Gordon. Habían estado leyendo los dos juntos a Conrad, Joseph Conrad, uno de sus autores favoritos..., *la última palabra formulará, por extraño que parezca, una esperanza que de momento nos resulta inconcebible...*, y estaban a punto de discutir aquella declaración más bien estigia cuando tuvo lugar un lapso largo de silencio. Gordon ya no estaba a su lado, aunque el libro seguía en su regazo, con las páginas todavía abiertas por las palabras del viejo marinero. Desde entonces habían pasado momentos, meses, como los quisieras llamar, y Gordon todavía no había reaparecido. Incluso las obras completas de Conrad desaparecieron, aunque tampoco es que ella las quisiera volver

a consultar. Y Lola tampoco estaría mintiendo si dijera que cada vez albergaba más dudas y reservas acerca de la actual hornada de residentes. Lo ideal era que los ancianos decididos llegaran, se entrenaran, meditaran y recibieran inspiración, y que después se fueran a causar sus sagrados estragos, pero poco a poco se había ido produciendo un atasco. La integridad del Instituto estaba en jaque. Cada vez menos gente pasaba por él. Hasta el motel recibía menos clientes. En el pasado, los clientes llegaban decididos a disfrutar de los placeres simples de sus ayeres, unos placeres tan mal recordados que su recuperación nunca podía resultar del todo satisfactoria. Cargados de una infelicidad mayor que aquella con la que habían llegado, regresaban a un mundo al que solo se podían dirigir con un optimismo remodelado e implacable. El niño del cumpleaños y su madre tenían pinta de que iban a ser una excepción a esto, pero para alivio de Lola ninguno de los dos parecía más consciente de la presencia y el propósito de los residentes que los demás clientes ocasionales.

Las nubes se habían batido en retirada junto con el sol poniente, y la Señora retomó su negrura del averno. Comenzó el largo crepúsculo. Lola se comió unas cuantas gominolas y se tragó un Vicodin. Se sentía culpable por el Vicodin. Era como cualquier otra persona, aferrándose a la vida, convencida de que se le ocurriría alguna idea que no se le hubiera ocurrido ya y que cambiaría las cosas. Había tomado mescalina en dos ocasiones. La primera vez había tenido la visión de un blanco absoluto, un blanco más allá de toda blancura. La segunda vez había visto negrura, una negrura nítida que lo abarcaba todo. No creía que una tercera ingesta fuera a tener nada más que ofrecerle.

Estaba perdiendo población neuronal a diario. Todo el mundo la estaba perdiendo. El único médico al que había acudido le había dicho que no era un problema agudo. Tenemos más neuronas de las que usamos. La pérdida masiva no es inaceptable, le aseguró. Y la comparó con la cantidad de tinta que se puede borrar de un mensaje escrito sin cambiar lo que dice. A Lola esto le pareció encantador. Pero llega un momento en que el mensaje cambia o se vuelve ilegible o ambas cosas, ¿verdad, doctor?, le había dicho. Y él había sonreído y le había dicho: por supuesto.

Pensó una vez más en aquella oscuridad cavernosa que era la Señora. Había alguien en sus profundidades, o eso había creído ella en

otros tiempos. Una mujer, por supuesto, con el pelo largo y enredado. Y todas las maldades que cometía la humanidad contra la naturaleza se hundían en sus aguas y se acumulaban en sus rizos negros. Alguien —chamán, visir, vagabundo— tenía que bajar hasta allí y peinarle la melena y confesar y expiar y prometer, prometer, expiar y confesar. Tenía que ser alguien que poseyera una autoridad y una fuerza considerables, estaba claro, para representar a todo un pueblo desesperado y arrepentido y plañidero.

Aquellas bonitas historias antiguas llenas de posibilidades... Ya nadie las quería, pero nada las había reemplazado.

El cumpleaños de Jeffrey se iba a celebrar en una bolera. Cuando Khristen manifestó su sorpresa por el hecho de que todavía existieran diversiones como las boleras, Lola le dijo que el fenómeno era comparable con la supervivencia de ciertas bombillas que aparecen intactas en una playa pedregosa. Además, el Instituto tenía alrededor una pequeña tierra de nadie donde al parecer las cosas seguían sucediendo de la forma desagradable de costumbre, principalmente por medio de establecimientos de ocio.

Así era como había prosperado la bolera Paradise Lanes, con sus orgullosas ligas, sus reglamentos, sus capitanes y sus clubes jerárquicos. Incluso estaba expandiendo sus actividades bajo la dirección de unos propietarios nuevos para albergar fiestas de cumpleaños infantiles, lo cual resultaba muy controvertido.

—Le aconsejé a Barbara que no fueran allí, pero me contestó que le habían dicho que les iban a poner globos, pizza y refrescos para los niños, además de un regalo misterioso para el que cumplía años —dijo Lola—. Lo único que tiene que pagar es el pastel, la bolera y los gastos imprevistos de los adultos. Son las ligas de la bolera lo que me preocupa; conozco a esa gente. La bolera es su lugar sagrado y la noche del martes, su hora sagrada. El propietario nuevo no tiene ni idea de cómo de en serio se toman sus tradiciones. Nos podrían dar muy mal recibimiento. Preveo posibles situaciones desagradables a una escala considerable, sobre todo si en medio de la fiesta Barbara le dice al niño que su padre asesinó a su abuelo, que creo que es su intención. Eran una familia muy unida hasta que se vinieron abajo. Pasó a la hora del almuerzo, mientras el pequeño Jeffrey estaba en el

dentista haciéndose una limpieza. Los hombres se enzarzaron en una pelea por algún tecnicismo legal y la cosa se salió de madre. Desde entonces, madre e hijo han sido fugitivos de aquel tenso incidente.

—¿Alguien sabe jugar a los bolos? —preguntó Khristen.

Khristen iba en el asiento de atrás con Jeffrey. A las siete en punto de aquella tarde tendría diez años. Llevaba la caja del pastel sobre el regazo y se dedicaba a mirar a través del parabrisas resquebrajado del viejo coche de Lola mientras entonaba por lo bajo un monólogo para sí mismo.

—... Ahora... de forma parecida... a diferencia... objeción... la cuestión... la cuestión está bien planteada hasta cierto punto... ¿podemos justificar hacer daño a un inocente para salvar a muchos?... objeción... por mutuo acuerdo de las partes interesadas, de todas las partes interesadas... objeción...

—¿Qué te parece tener casi diez años, Jeffrey? —preguntó Lola.

—¿Cómo? —dijo Jeffrey.

—Estás muy flaquito. Seguro que comes como un jerbo.

—No sé qué comen los jerbos.

—Pues, a ver, los jerbos comen frutos secos molidos, alubias, quizá aceite de linaza. Té.

—Si mi madre me diera eso de comer, la podrían detener por agresión, imprudencia temeraria y poner en peligro la salud de un niño —dijo Jeffrey.

—¿Quieres venir aquí delante y cambiar de marchas cuando gire por ahí? —le preguntó Lola—. Empujas hacia abajo, luego hacia delante y abajo mientras yo piso el embrague. ¿Quieres cambiar de marchas?

—Pues no —dijo Jeffrey—. Disculpe. —Y reanudó su desalentadora cantinela—. Si el estatuto se apoya en el contenido, ha lugar un escrutinio estricto... arbitrario y caprichoso... es un principio bien asentado de la interpretación estatutaria que la ley favorece una elaboración racional y sensible...

Se metieron en el aparcamiento de Paradise Lanes y aparcaron entre una furgoneta que tenía pintado en la portezuela EXTERMINADORES LA BUENA NUEVA y un sedán con un adhesivo que decía EXFETO AL VOLANTE en el parachoques.

—Esta bolera la diseñó Frank Lloyd Wright —los informó Lola.

—¡No me lo creo! —protestó Barbara. Era lo primero que decía

en toda la tarde.

—Los planos sufrieron bastantes cambios, eso sí —dijo Lola—. Los jugadores de bolos estuvieron enzarzados en un largo y amargo conflicto entre ellos. Algunos tuvieron derrames cerebrales.

—Estoy segura de que Frank Lloyd Wright ni se plantearía malgastar sus talentos en diseñar una bolera.

—Al principio se suponía que tenía que apoyarse en pilones —dijo Lola.

—Sal del coche, Jeffrey —dijo Barbara, interrumpiendo aquella discusión que no iba a ninguna parte—. Cuanto antes acabemos con este cumpleaños, mejor. ¡No mires todavía el pastel!

El niño iba vestido con meticulosidad: mocasines de borlas, pantalones caqui, camisa blanca y americana holgada.

—Confío en que no deje la revelación en manos del pastel —le dijo Lola en voz baja a Khristen—. Es capaz de recrear la escena del asesinato con el glaseado y dejarlo a él que deduzca lo peor.

Siguieron a la madre y el hijo al interior del edificio. Dentro la luz era dorada y el ruido de los bolos al caer, incansable. Los jugadores de bolos, tanto hombres como mujeres, mostraban el aire típico de los practicantes de dicho pasatiempo: corpulentos, de inclinaciones tribales y satisfechos de sí mismos. Después de soltar la bola mantenían la postura final del lanzamiento durante un lapso vanidosamente largo.

—Quiero entradas para cuatro —le exigió Barbara a la persona de la ventanilla—. Una barrera de carril, una jarra de martini y un par de leches con cacao. Nada de pizza ni globos.

—¿Son ustedes todos los invitados?

—Sí —dijo Barbara.

Los acompañaron a la última pista, junto a los lavabos, y los sentaron en una mesilla que había allí.

—Los bolos son un poco como el tiro con arco —le dijo Lola a Jeffrey—. Hay que dar en la diana.

—¡El tiro con arco! —exclamó Barbara—. ¡No se pueden parecer menos al tiro con arco!

—El caso de Shelley —dijo Jeffrey en tono preocupado—. No entiendo la definición del dictamen en el caso de Shelley. Uno de los primeros casos del derecho común y uno de los más relevantes.

Su madre lo miró con expresión desaprobadora.

—Nadie tiene capacidad para entender el dictamen del caso de Shelley.

—Es verdad —dijo el niño al cabo de un momento, claramente aliviado—. Precedente, principio y aplicación. Todo depende de la decisión que se tome a partir de una cifra elevada de proposiciones generales posibles.

—Antes de descubrir las argucias verbales del derecho, Jeffrey tenía que usar un inhalador —le dijo Barbara a Lola.

—¿Sabes qué es la muerte civil, Jeffrey? —le preguntó Lola.

—La privación de derechos civiles a raíz de ser declarado el individuo fuera de la ley —dijo el pequeño Jeffrey en tono risueño.

—No hay quien lo deje sin palabras. Nadie ni nada —dijo Barbara.

Llegaron las bebidas y también el regalo misterioso, que resultó ser una bolsa de papel donde había un zumbador de broma de los que daban descargas eléctricas, una mosca de plástico dentro de un cubito de plástico y una mancha de vómito de aspecto realista, también de plástico.

—Pero mira todo esto, Jeffrey —dijo Lola—. Alguien se ha esmerado en esta selección de artículos para niño.

—No quiero jugar a los bolos, madre —dijo Jeffrey.

—Claro que no. Claro que no quieres. Es inconcebible.

—La autonomía potencial no basta para demostrar... —canturreó Jeffrey por lo bajo—. ¡Objeción!... hipotético y especulativo...

—Vas a ser un gran abogado —le dijo Barbara, saboreando el último martini de la jarra—. Nada va a impedir que pase, ni la pérdida de nuestra fortuna ni la dignidad de nuestro apellido.

—Eh, los de la pista quince —gritó una mujer—. ¿Vais a jugar o qué? Aquí se viene a jugar a los bolos. Un poco de respeto. —Su grupo y ella llevaban unas chaquetas satinadas de color naranja brillante en cuya espalda ponía EXTERMINADORES LA BUENA NUEVA con arabescos de grueso hilo rojo.

—Necesitamos platos y tenedores —dijo Barbara—. Voy a por ellos. —Pero cuando volvió solo traía otra jarra de martini.

—¿Alguna vez te pasa —preguntó Lola— que, después de unos cuantos cócteles, lo ves todo diminuto? Todo excepcionalmente diminuto... Liliputiense, incluso.

—No —dijo Barbara.

—Casi te da miedo tocar las cosas porque crees que las aplastarás sin querer.

—No.

—Porque eso es característico del alcoholismo grave.

—Sería bastante inquietante tomarse una copa en una casita diminuta toda llena de cosas diminutas —admitió Barbara.

—¿Podemos cortar ya el pastel? —preguntó Jeffrey. A Khristen le sorprendió que le dirigiera la pregunta a ella. No recordaba ninguno de sus cumpleaños, ni uno solo.

Las palabras flotaron temerariamente en el aire.

—Sí —dijo Barbara—. Ya es hora. Feliz cumpleaños, cariño. Quizá no haya manejado las cosas tan bien como habría podido.

Con sus largas uñas, Barbara rajó la cinta de embalar que sellaba la caja, cerró los ojos y abrió la tapa.

Quedó al descubierto una escena inquietante, ejecutada con glaseado.

—Papá ha muerto —dijo Jeffrey.

Barbara abrió los ojos de golpe.

—¡Ya sabía yo que no me podía fiar de ese pastelero! ¡Esto es un puñetero pueblucho de palurdos! Le describí la escena exactamente igual que se la había descrito antes a la policía, que me elogió por mi lucidez y mi calma. Ciertamente les había facilitado la tarea, me dijeron. Y este pastelero me había asegurado que entendía la situación. Había estado en las fuerzas armadas, me dijo, y había visto destrucción, había visto los resultados del desacuerdo. También era sensible a los matices de la revelación, me dijo, pero mirad eso... ¡Le ha dado la vuelta a todo! ¡Menudo lío ha armado!

—Me estaba preguntando dónde habías encontrado a un pastelero —dijo Lola.

—¡¿Con quién estuve hablando, si no era pastelero?! —preguntó Barbara en tono imperioso.

—¿Papá no está muerto? —dijo Jeffrey.

—Tu puñetero padre está vivo, pero esta vez se ha metido en líos gordos.

—Nunca te cayó bien papá —musitó Jeffrey—. Deberías haberte divorciado hace años, antes incluso de que yo naciera.

—¿No podría ser que este pastel no fuera el nuestro? —sugirió Khristen, aunque parecía improbable—. No es muy bonito, ¿verdad?

Quizá tenga un sabor mejor que su aspecto.

—Por aquí casi todo el mundo hace sus propios pasteles, cuando les da por ahí, que no es a menudo —insistió Lola.

—¿Soy yo quien está muerto? —preguntó Jeffrey.

—No seas deliberadamente tonto, cielo. Hazlo por tu madre, anda.

—Es simple curiosidad.

—Pues no la sientas —le dijo su madre en tono cortante—. Es una característica sin valor para un abogado. —Tiró el cubito falso con la mosca falsa dentro de la jarra vacía.

—Lo que realmente quería para mi cumpleaños era una réplica de un estrado del jurado para ponerla en mi dormitorio —le confió Jeffrey a Khristen—. Quizá me esté esperando cuando volvamos.

—¿Y quién habría en el estrado? —preguntó Khristen.

—Tengo muy pocos amigos. Supongo que ahora ya no quedará ninguno.

—¡Eh, vosotros! ¡Los de la pista quince! —vociferó la mujer.

—El puñetero pastelero se ha limitado a copiar *Saturno* sobre el pastel —se quejó Barbara.

—Imposible no reconocerlo —admitió Lola. Y le dijo a Khristen —: Es una pintura muy famosa e inquietante del español Goya. Entiendo por qué le ha venido a la cabeza al pastelero, pero es que, en el caso del pequeño Jeffrey aquí presente y de su padre y abuelo, la situación es la opuesta.

—¡Eh, vagos! —les gritó la mujer—. ¡Nada de hacer el vago aquí!

—Juro que estoy a punto de agarrarle su bola personalizada de bolera y embutírsela en toda la garganta —dijo Barbara. Los ojos se le veían alarmantemente brillantes.

Jeffrey estaba examinando el pastel. El glaseado de fondo era azul y parecía completamente tóxico. No llevaba gafas, pero cuando lo evocaba la gente, era un niñito frágil con gafas grandes y sucias.

—En realidad la pintura se llama *Saturno devorando a su hijo* —le susurró Lola a Khristen—, aunque podría ser perfectamente su hija.

Khristen asintió. Era una figura humana desnuda e indefensa. Su género era irrelevante.

—Lo que es importante saber... no, *entender*..., es que Saturno, da igual cuándo y cómo se represente, simboliza el Tiempo, que, con su voraz apetito de vida, devora a todas sus criaturas, da igual que sean

seres, cosas, ideas o sentimientos —dijo Lola.

Qué maravilla, pensó Khristen, ser capaz de dar un discurso sobre bellas artes en medio de una bolera donde no eres bienvenido.

—El artífice de este pastel ha hecho un trabajo bastante bueno teniendo en cuenta la tosquedad de los tapones de decoración para tubos de glaseado que hay en el mercado —siguió diciendo Lola—. Por supuesto, nunca sabremos quién ha hecho este pastel.

—Son las siete en punto, cielo —le dijo Barbara a Jeffrey—. Acabas de dejar atrás tu primera década de vida. Ya eres un hombrecito.

—No lo soy. Soy menor de edad. Me faltan años para ser *sui juris*. Seguro que lo sabes, madre.

—Se ha atravesado un umbral —insistió Barbara.

Se estaba acercando a ellos un tipo musculoso con camiseta ajustada.

—Quizá deberíamos marcharnos —murmuró Lola. La camiseta tenía estampada una pregunta. *¿Tienes redaños?* Se plantó frente a ellos, negando con la cabeza.

—¿Qué le pasa, es mudo? —preguntó Barbara.

—¿Habéis acabado aquí? —preguntó el hombre—. Tenemos a gente pidiendo esta pista. Es una pista muy solicitada.

—¿Eso qué significa? —preguntó Jeffrey.

—Significa que hay gente que quiere jugar a los bolos aquí, donde vosotros no estáis jugando.

—No, me refiero a la camiseta: *¿Tienes redaños?* ¿Qué significa?

—Significa que es un jornalero, Jeffrey —dijo Barbara, sofocando un hipo—. Seguramente toda esta gente de por aquí son jornaleros de alguna clase, que trabajan con las manos, aplanando y pavimentando o haciendo algún otro puñetero trabajo de palurdos por el estilo.

—*Redaños* significa valor, coraje, agallas —dijo el hombre, encolerizado—. Significa cojones, memos.

—*¡Cojones!* —exclamó Barbara—. Por el amor de Dios... —Eructó.

—No entien... —empezó a decir Jeffrey.

La mirada irritada del hombre se posó en el pastel de siniestros colores que había dentro de la caja blanca como la nieve.

—Dios bendito —dijo, dando un paso atrás.

—Jeffrey, cielo, vamos a echar una mano a tu madre. Necesita

ayuda. Khristen, querida, trae ese pastel. Ahora mismo nos vamos, señor.

Khristen esperaba que la noche les resultara agradable después de la atmósfera de la bolera; sin embargo, tenía un aroma chamuscado y triste, un aroma que le parecía haber conocido en algún momento de su vida, pero que aun así había sido capaz de olvidar.

Barbara se aferró a la manecilla de la puerta del coche de Lola.

—Sí, ya eres un hombrecito, Jeffrey. Algún día te tengo que hablar de la noche en que naciste.

—Será ilegal en todo caso promover, anunciar, representar, celebrar, gestionar, realizar, participar en, involucrarse en o desempeñar... —estaba recitando Jeffrey con gravedad—. ¿Cómo...? Oh, no, madre, gracias, no hace falta.

—Qué pequeño y frágil eras. Me daba miedo tocarte. Con todos tus huesecillos, ¿sabes? Y el pelo, cuánto pelo tenías... Nunca quise otro después de ti, eso está claro. Nunca, nunca jamás, quise volver a pasar por algo parecido.

—¿Madre?

—Tengo el canal de parto largo. Mi canal de parto es demasiado largo. Menudo infierno fue. Sobreviví a duras penas.

—¿Madre?

—Sí, cielo.

—¿Sería permisible tirar el pastel?

—¿El pastel? Por supuesto. Qué horror de pastel. No ha ayudado en nada.

—Quizá los animales del bosque se lo puedan comer —dijo Jeffrey.

—En este bosque no hay animales —dijo Lola—. Ni siquiera esos chimpancés a los que trajeron para salvarlos. Los nativos de esta tierra lo han cazado básicamente todo. No hace mucho había un retiro para chimpancés a pocos kilómetros de aquí, ya sabes, una de esas residencias de retiro para aquellos chimpancés que habían cumplido fielmente con sus obligaciones en lanzamientos espaciales, experimentos sin mutilación y cosas parecidas. La idea era que aquellos chimpancés ancianos tuvieran su propio centro de retiro vallado de unos centenares de acres y que un equipo de cuidadores les suministrara galletas para perro y agua fresca a diario, y así los chimpancés se pudieran pasar el final de sus días trepando a los

árboles y haciendo dibujos en la tierra con palos y comiendo albaricoques. Tenía potencial para convertirse en una atracción turística, una de esas poco conocidas que le gusta descubrir a alguna gente. Los chimpancés te observaban con resentimiento gélido, cero empatía ni tampoco gratitud, que es algo que le encanta a mucha gente. Pero un sábado por la noche se coló allí una panda de amigotes y se dedicó a apuntar a los chimpancés uno por uno como si fueran ardillas y abatirlos a tiros de los árboles donde estaban viviendo. Hasta mataron a Betty. Era la que bañaba a sus muñecas en la bañera.

Así debía de ser el pasado, el pasado, pensó Khristen.

—Eso sería un delito punible con... —empezó a decir Jeffrey, pero se calló.

—Para poder ver, los ojos deben estar libres de lágrimas —dijo Khristen.

—Yo también he oído esa frase y ciertamente aspiro a ella —dijo Lola—. Pero cuando me enteré de que habían asesinado a Betty, me puse a berrear.

Sería imposible considerar un éxito la fiesta de cambio de década de Jeffrey, pero aun así su madre y él continuaron residiendo en el motel.

—Puede que todavía le esté intentando explicar el pastel —le dijo Lola a Khristen—. Además, a nadie le gusta emprender un viaje de regreso bajo la lluvia.

En efecto, la lluvia caía a chorros del tejado y formaba desagradables burbujas en la tierra de los charcos. También dentro de la casa serpenteaba en forma de arroyuelo que desembocaba en un cubo de gran tamaño donde antaño habían guardado las tabletas de cloro.

—Se espera que las lluvias continúen todo el fin de semana, con previsiones opresivas para la semana que viene —dijo Lola.

La Señora era invisible. Lola dijo que en todo el tiempo que llevaba allí nunca había visto al lago aceptar ni una sola gota que cayera del cielo.

Estaban en el vestíbulo del enorme edificio, mirando la que caía. Tenían plantado delante a un anciano, justo al otro lado de las ventanas, sin zapatos y sin camisa y con la cabeza y los brazos echados hacia atrás.

—Como siga haciendo eso, un día se va a ahogar como un pavo —dijo Lola—. Cuando llueve ni siquiera dejo fuera mi ave del paraíso, y ahí está él, tragando agua.

El agua para regar la planta se filtraba con estopilla, se hervía y se enfriaba. El ave del paraíso era la única cosa que Lola mimaba, y aun así no se veía sana.

Arrastró el cubo medio lleno hasta la ventana y echó el contenido fuera.

Se quedaron mirando juntas la fea lluvia que caía y la figura que Lola llamaba Hector, plantada debajo en posición distendida de firmes.

—Va a coger el pian o algo peor —dijo Lola.

La lluvia le otorgaba una luz rosada a aquel intento de día, una luz que irradiaba hasta el último cabello de la cabeza de Lola. Khristen se los podría haber contado y obtenido una cifra precisa sin tardar demasiado.

Lola abrió la puerta y gritó:

—¡Entra, atontado!

—Está llenando los acuíferos —exclamó aquel esperpento llamado Hector—. Está llenando los acuíferos de esta tierra.

—Esta lluvia no está llenando los acuíferos y lo sabes. Los acuíferos están colapsados.

Hector negó primero con la cabeza y luego con el cuerpo entero, como un perro, pero la lluvia no salió volando de él en forma de simpáticas gotitas como les pasa a los perros. Se le aferró a la piel, gris, como diminutas orugas de cuerpo pegajoso.

—Está coqueteando con la neumonía o con algún otro episodio pulmonar —dijo Lola—. Así es como solían llamar al amigo de la persona anciana, neumonía. Menudo amigo. Como tener a un agente de policía de ciento cincuenta kilos sentado encima del pecho y aconsejándote que no te conviene para nada respirar otra vez.

Hector vadeó hacia ellas por un suelo de arcilla duro y notablemente resistente a la filtración y entró furtivamente en la sala, con la piel llena de motas como si fuera una fresa poco madura.

—Más te vale darte una friega de vinagre o el picor va a ser terrible.

—¿Qué vino primero en tu opinión, Lola? ¿La lluvia rabiosa o el amanecer sin pájaros? —Hector se quedó mirando a Khristen.

—Lo único que sé es que la lluvia cambió de naturaleza hace unos catorce meses —dijo Lola.

—¡Catorce es un número maravilloso! Hay un filósofo que llegó a decir que es imposible que transcurran catorce minutos. Por su correspondencia con el infinito, o algo así. ¡Uy, yo antes estudiaba esas cosas! A aquel filósofo lo influía mucho otro filósofo al que había malinterpretado del todo. Así es como surgen todos los grandes descubrimientos, gracias a los malentendidos. ¿Me puedes localizar ese vinagre? ¿De verdad crees que el vinagre me irá bien?

—Sé que está aquí, o ciertamente lo estaba —dijo Lola.

—Solo quería disfrutar del simple placer de sentir la lluvia que cae —dijo Hector. Parecía a punto de llorar.

—La lluvia no es lluvia si no cae —dijo Lola en tono sosegado.

Hector miró a Khristen con los ojos entrecerrados:

—¿Quién es esta? —le preguntó a Lola—. Se parece a alguien.

—Ya puedes irte, Hector, coge esta toalla. —Le ofreció una toalla de playa, tan descolorida que ya casi era transparente, una palmera esquelética con cocos fantasmales.

—Oh, esta me gusta —dijo, enrollándose la toalla en torno a los huesos con una floritura.

Después de que se marchara, Lola echó fuera el contenido de otro cubo rebosante. El agua se derramó por el suelo con tanta flaccidez como si fuera un cuerpo. Khristen casi esperó que se coagulara en forma de una especie de anguila y se alejara bamboleándose de forma espasmódica.

—Me acuerdo de cuando caía tan bonita y chispeante; el olor era divino, no exagero. —Lola suspiró—. El Instituto está decayendo. Solo quedan los chiflados o aquellos cuyas capacidades están muy mermadas. Se suponía que Scarlett tenía que apuñalar a un representante de herbicidas, pero apenas puede caminar; Tom había planeado ir a una convención de caza deportiva y envenenar a todos los presentes, incluyendo a los niños con sus AK-47 tamaño infantil, pero se ha quedado ciego de golpe y va a tener que buscar otra vía de intervención. Ya nadie se quiere marchar. Les vuelve a preocupar lo

que pueda pasar después.

—Yo no me quedaré —le aseguró Khristen.

—Oh, no me refiero a ti, cariño. Esto no es determinante para ti. Siempre he creído que hay siete épocas en la vida de todas las personas. Y que se suceden como estaciones. Están la primavera, finales de primavera, principios de verano, verano, otoño e invierno. —Sonrió a Khristen—. Estás a punto de decir que solo he dicho seis. El invierno cuenta doble también, pero creo que tú ya has pasado a todo gas por las fases invernales. Hay que recalibrar muchas cosas. Ahora hay una decimotercera constelación, o sea, que también hay que replantearse el zodiaco. Ofiuco. Es la nueva. Nadie quiere nacer bajo ella.

En la oficina había un expositor metálico de postales que Khristen puso en movimiento con un golpecito.

—Tampoco hay nadie que quiera llegar hasta aquí. Es porque ya nadie cree en la absolución, ¿y sabes por qué? Pues porque la absolución por lo que ya se ha hecho es imposible. Antes yo intentaba reclutar a gente, es cierto, para que el sitio prosperara, pero ya no. Si las circunstancias llevan a una persona hasta la comprensión, ya encontrará nuestra verja.

—No recuerdo ninguna verja —dijo Khristen.

—Se abre hacia fuera y hacia dentro, aunque ya casi no se puede llamar verja, de tan terriblemente rota que está; estoy segura de que fue así como se nos colaron el pequeño Jeffrey y su madre. Pero siempre que cometemos esa clase de errores, intento presentar la ilusión de la mejor forma que puedo y con la máxima discreción. Los llevo al motel. Les enseño la playa y los palos de críquet, las pelotas y el equipo de pesca. Les enseño la galería de juegos y la piscina y las mesas de hierro forjado donde pueden disfrutar de sus tostadas. Les enseño dónde se guardan las sábanas limpias. Y pese a todo el esfuerzo que malgastamos en quienes no deberían estar aquí, he oído más de una vez: *Me estoy muriendo de aburrimiento*...

Se interrumpió de golpe.

—¿Cómo está tu habitación? —le preguntó—. ¿Qué habitación te di al final?

—La cinco. La de delante de Honey Corazón de Oro.

Khristen todavía no había visto a Honey, ni tampoco a ningún otro ocupante de aquel edificio enorme e inclinado. Aun así, Lola le

había dicho que solo estaba desierto en apariencia. Había más de una docena de residentes, quizá catorce, aquel número perfecto e imposible; a Lola se le daban tan mal los números que era imposible saberlo con exactitud. Uno de los residentes se había marchado poco antes de que llegara Khristen para inmolarse con una bomba en medio de uno de aquellos concesionarios de camiones y excavadoras de mil acres que tan populares eran. Y había conseguido inmolarse, sí, causando algún daño cosmético a unos cuantos vehículos, pero ya había llovido mucho desde que aquella clase de episodios hacían inmutarse a alguien, ya no hablemos de despertar una mayor conciencia. Lola comparaba su inmolación con un osito de goma en llamas, una de aquellas golosinas. No había significado nada más; la muerte había perdido su impacto.

—Ah, sí. ¿Cómo está la habitación cinco?

Khristen admitió que no se acordaba. A fin de cuentas, solo había pasado allí la noche anterior. Si quería describirla, iba a tener que imaginársela, ¿y qué pasaba si su descripción ofendía a Lola? Le caía muy bien Lola. Le gustaría reclinar la cabeza en sus pechos moteados, en su cálido y trágico regazo.

Dio otro golpecito suave al expositor giratorio.

—¿No tienes más postales para poner aquí? Se te han acabado todas menos las del comedor. —Se suponía que las más interesantes habían sido seleccionadas tiempo atrás.

—Ya hace mucho que se acabaron todas menos las del comedor —dijo Lola.

—¿Y qué otras tenías antes?

—Teníamos una de una tarta con la lista de ingredientes y las instrucciones para hacerla al lado que tengo entendido que era popular.

—¿Cuál de estas dos se vende mejor? ¿La que tiene el salón lleno de gente o la que lo tiene vacío? Ese salón ni siquiera existe ya, ¿verdad?

—Se incendió antes de que yo llegara. Pero se puede ver que antes había unas instalaciones considerables para banquetes. Y bastantes salas de conferencias y cosas parecidas.

Khristen sostuvo una postal que mostraba el salón vacío. Estaba descolorida, los manteles que cubrían las cuatro largas mesas con caballetes se veían grises, y el resplandor nimio de las muchas

lámparas, de un amarillo desvaído. Todo estaba en orden, cada cubierto y cada silla eran idénticos a todos los demás, el largo salón estaba lleno y todos los asientos, ocupados.

—Eran todos bastante obedientes, ¿no? —comentó Khristen—. Todos mirando en la misma dirección. Debía de haber oradores, presentaciones.

—Hay una expresión en latín para describir esa clase de situaciones —dijo Lola—. Resulta que aquella gente tenía expresiones para casi todo. En este caso, *festum stultorum*. Banquete de necios. Antes yo pensaba que había más gente viva en el presente de la que había vivido en el pasado, y que por eso todos nos sentíamos tan raros y todo iba mal. Pero la verdad es que los que estamos vivos hoy no somos más que el 5,5 por ciento de todos los que han vivido. Aunque ya sabes cómo soy con los números. Quizá me equivoco por un poco.

—Y seguramente por eso nos sentimos tan raros y nada va bien —dijo Khristen.

A pesar de las predicciones de Lola, la lluvia remitió. Khristen salió a caminar, contando sus pasos primero y sin contarlos después. La tierra humeante tiraba de ella, el viento iba a rachas. Esto todavía es un día, pensó; se sigue llamando día. Por debajo de un promontorio amarillento, apareció el motel con certidumbre tímida. Vio que Jeffrey caminaba frente a él.

—Ficciones legales —estaba diciendo—. Una ficción legal ha permitido que el tribunal atribuya la condición de persona jurídica no solo a humanos autónomos no conscientes y no pensantes, sino también a oligopolios, corporaciones, ídolos religiosos y embarcaciones.

—Hola, Jeffrey.

El niño se detuvo y la miró.

—Voy a ser juez, ¿sabes?

—¿Por qué no? —dijo ella, amablemente.

—¿Eres habitante de aquí o de allí? Mi madre dice que le das mala espina.

Khristen se rio.

—No es para reírse, ¿sabes? Muy pocas cosas lo son. Aun así, haces bien en no dar importancia a la opinión que tiene mi madre de ti. La única opinión de ti que importa es la mía, y todavía no me he formado ninguna. Me resultas... opaca. Por supuesto, la situación

entera es opaca. Me esperaba más incandescencia. Pero solo soy un niño. Soy ingenuo en muchos sentidos.

—¡Jeffrey! —Lo llamó su madre desde una tumbona de cuadros —. ¡Ven aquí ahora mismo!

—A mi madre... —empezó a decir el niño—... hay que contemplarla en estas circunstancias más o menos igual que debería entenderse el presente posterior al desastre en relación con el pasado previo al desastre. Se comporta con antipatía y sin asomo de compasión ni consideración, pero...

—¡Jeffrey! ¡Que vengas ahora mismo, carajo!

Jeffrey suspiró.

—Discúlpame un segundo. —Se alejó al trote, dando un golpe al pasar al enorme cisne inflable que ocupaba la mayor parte de la piscina. Barbara se las había apañado para traerlo en unas condiciones que decididamente debían de haber sido difíciles. El aire traía un agradable olor arcaico a loción bronceadora.

—Tengo una pregunta —dijo el chico cuando volvió—. ¿Cuál era tu cosa favoritísima del mundo de allí?

—¿De dónde?

—Favoritísima. —Se dio una palmada en la frente—. Dios bendito, qué fácil es tener una regresión.

—Conmigo no necesitas tener regresiones.

—¿Por qué no? Tienes esa expectación inexpresiva de la gente extremadamente joven. ¿Conoces la obra de Kierkegaard?

—De la escuela. Un poco. Muy de pasada —confesó Khristen.

—Tuvo el deseo patético de que le grabaran las palabras «El individuo» en su lápida, pero no lo consiguió. En realidad ocurren muy pocas cosas de las que las personas, que actuamos ante un público invisible, esperamos de esta vida —dijo Jeffrey en tono sombrío—. Lo que le acabaron grabando en la lápida fue un fragmento de un himno sentimentaloide. Solo me acuerdo de una parte: *Y después la pugna entera desaparece del todo*. Me provoca náuseas acordarme del resto.

—El salto de fe es lo que nos enseñaron —dijo Khristen.

—Bueno, eso espero. Kierkegaard también quería trabajar catastróficamente en los últimos días de su vida, pero creo que también le negaron ese deseo.

—¿Cómo crees que debe de ser trabajar catastróficamente?

—Es lo que están intentando hacer estos chiflados de aquí, pero tú lo sabrás mejor que yo.

—Me he encontrado a muy poca gente aquí. Esto parece bastante desierto.

—Al contrario, está abarrotado. A mi madre le parece la monda.

—¿Alguien te ha ofrecido una visita guiada?

—Te aseguro que no nos someteríamos a una visita guiada —dijo Jeffrey—. Nunca en la vida hemos hecho ninguna. Pero oí que Lola sugería que tú dieras visitas guiadas a la gente en ese vehículo de colores con el que llegaste.

—No lo ha vuelto a mencionar.

—Supongo que necesitarías un guion.

—Supongo que sí. No conozco la zona. No la he explorado mucho. Ni siquiera he hecho el circuito que rodea el lago.

—Oh, Dios mío —dijo—. Eso lo hace todo el mundo. Se lo he visto hacer a docenas de personas.

—Entonces, ¿tú has dado la vuelta al lago?

—No —dijo—. Sería del todo imposible —añadió—. Mi madre no lo permitiría nunca. —Se señaló los zapatos, que eran nuevos, blancos y vagamente ridículos—. Cuando llegamos, Lola intentó que me interesara por el lago, después de que yo la informara de mi interés por el derecho marítimo. Ella lo llama la Señora, ya sabes. Y dice que lo bonito de la Señora es que, si te concentras, al final te ve. Vive sumida en sus propios pensamientos, o eso es lo que Lola cree del lago, pero existe la posibilidad de que la Señora te acepte como figura de interés y en ese momento te vuelvas real, sientas que te estás haciendo real.

—Oh, es precioso —exclamó Khristen—. Lola es muy amable.

Jeffrey la miró sin aplomo.

—Justamente lo contrario de lo que pasa cuando uno intenta captar la atención de la Esfinge. Imagino que no habrás estado en Egipto, ¿verdad que no?

—No he estado nunca en Egipto.

—Mi abuelo me llevó cuando yo tenía siete años. No se parecía en nada a estas chorradas europeas: Londres, Roma, París... Esos lugares le traían sin cuidado a mi yayo y por tanto a mí también. Fuimos a ver la Esfinge y tuve exactamente la experiencia que me había dicho mi yayo que tendría. La Esfinge no te mira y es imposible

captar su mirada. Mira siempre más y más allá, hasta las distancias de la eternidad. No te ve. No es solo que seas insignificante, es que también eres transitorio. Tu transitoriedad es tan grande que no existes.

A Jeffrey se le estaban cubriendo los magníficos zapatos blancos de hormigas, con urgencia operística.

—Los seres como nosotros no podríamos haber creado la Esfinge —concluyó.

—¡Jeffrey! —gritó su madre—. ¡Te has vuelto a meter en el bolsillo la tarjeta de la máquina de hielo!

—No es una tarjeta, madre, es una ficha, una moneda falsa, por así decirlo.

—¡Pues nunca está donde tiene que estar!

Jeffrey se metió una mano en el bolsillo y frunció el ceño.

—Tengo que irme —le dijo a Khristen.

La siguiente vez que Khristen entró en la oficina, el expositor de las postales ya no estaba. Ni tampoco el ave del paraíso. Los cubos AVISO estaban amontonados de cualquier manera en un rincón.

—¿Me quieres hacer un favor, cielo? —le preguntó Lola.

El favor era que Khristen visitara a James en la habitación treinta y tres y lo informara de que había muerto Frick.

—¿Quién es Frick?

—Uno que experimentaba con animales, cielo, hasta el final mismo de sus días. Su cadena de laboratorios de vivisección era una de las pocas corporaciones que habían sobrevivido incluso a este desastre más reciente. Inyectar drogas, enfermedades y venenos en animales era la profesión que le daba sentido a su vida. Los seres humanos son autónomos y todo lo demás no lo es; eso creía, y la creencia le otorgaba niveles extremos de crueldad.

—¿Cómo iba a detenerlo James?

—Originalmente tenía planeado secuestrarlo y traerlo aquí para reprogramarlo, pero la logística de la operación resultó imposible. James se creía psicólogo, aunque creo que en algún momento trabajó en alguna industria marítima. Pero por mucho que fuera psicólogo, o que hubiera algún psicólogo entre nosotros y se pudiera convencer a

Frick para que renunciara a su vida profesional, una vida dedicada a electrocutar, cegar, mutilar y poner enfermos a miles de animales, una carrera construida sobre incontables extremidades amputadas sin necesidad, cerebros extirpados y cráneos trepanados, por mucho que Frick alcanzara la claridad mental y se diera cuenta plenamente de la maldad de sus generosamente financiados experimentos carentes de ética y repetitivos, y tuviera la capacidad de expresar sus remordimientos y su nueva conciencia, ya no estaría hablando el idioma de quienes lo habían entendido en el pasado. Sus palabras no serían comprendidas. Y, a fin de cuentas, ¿qué se lograría con la transformación mental de aquel vivisector? ¿Qué se gana con la transformación interior de una sola persona?

»James renunció a la reprogramación. Pasó un tiempo trabajando en la vía del equilibrio, la vía de la paz, pero no llegó a ninguna parte. Creo que simplemente volvió a quererlo muerto. La muerte de Frick no libera a ninguno de los dos, claro, pero quizá le traiga cierto alivio a James. Lleva muchísimo tiempo trabajando en el caso de ese cabrón. Si ahora te encuentras con que James también ha muerto, lo cual no es descabellado, simplemente vienes a buscarme. ¿Es pedir demasiado? —Pareció pensarlo.

—No, está bien —dijo Khristen.

—Puede que sea pedir demasiado. Es muy viejo —añadió Lola—. Necesita oxígeno.

Khristen subió la escalera ruinosa. Las barandillas de hierro estaban oxidadas, agujereadas aquí y allá como la tela de encaje. Cada puerta tenía grabado un número desvaído. Llamó con los nudillos y al cabo de un momento largo de silencio volvió a llamar.

La habitación estaba pintada de púrpura, de un púrpura que vibraba suavemente. No había muebles, ni siquiera una alfombra en el suelo, pero en una pared vio colgadas docenas de fotografías de personas, algunas tachadas con una X de tinta. No eran las típicas fotos de documento de identidad estatal, con las caras serias, sino retratos formales satinados.

—¡Hola! ¿Señor James?

No hubo respuesta, pero en el rincón más alejado de la luz que entraba con dificultades por la ventana sucia, encogido en un hueco de la pared como Diógenes en su barril, había un montón de harapos, que se movió. A continuación emergieron dos brazos, transparentes

como las alas de ciertos insectos, y por fin una cara barbuda.

—¿Ha muerto?

—Me ha dicho Lola que le diga que Frick ha muerto —lo informó Khristen.

—¡Ha funcionado! —exclamó débilmente la arrugada criatura—. ¿Ha sufrido terriblemente?

—Creo que no. —Porque Lola le había dicho que había muerto en su casa, con noventa y dos años, reverenciado por sus hijos e hijas, sus nietos y nietas, y varias generaciones de estudiantes.

Pero James estaba haciendo tanto ruido para bajarse de su hueco de la pared que Khristen no creyó que la hubiera oído. El hombre fue dando tumbos hasta la pared de las fotografías, dejando tras de sí un tanque de oxígeno de color verde bilis y lleno de raspaduras.

—¡Siento que he dado un paso de gigante! Oh, algunos de esos diablos han muerto, vale, pero se han tomado su tiempo. —Había alcanzado la pared y con un dedo mugriento trazó una X pasable sobre el semblante sonriente de un hombre corpulento con esmoquin —. Cuéntamelo todo, seas quien seas, heraldo divino. ¿Lo tuvieron que sujetar mientras agonizaba? ¿Chilló pidiendo piedad al perro de Dios? Oh, sentí que mi don funcionaba con el puto Frick. Me mantuve centrado, le transmití terror. Lo atribuyo al púrpura. Hace poco repinté las paredes, ya lo ves, y nada más terminar supe que ya lo tenía. Fue una cuchilla de energía que penetró en su corazón inmundo. Es un color poderoso, perfectamente acorde con mis intenciones. Virgilio dijo que era el color del alma. ¿Sabes quién inventó el alma? Píndaro. Un griego. Siglos antes.

Inventó, se maravilló Khristen.

—Mira a estos diablos de aquí, míralos —dijo, clavando el dedo en otra fotografía de dos hombres con batas de laboratorio—. ¿Sabes quiénes son?

—Los ha tachado usted.

Presionó un interruptor que había en la pared y se oyó una voz fuerte y joven.

—Dos científicos conductistas que se especializaron en inducir psicopatologías en primates. Empezaron criando a bebés de mono en cámaras de acero inoxidable, sin contacto con ningún otro ser vivo, lo cual les inducía enfermedades mentales irreversibles. De aquello sacaron varios ensayos académicos. Pero luego quisieron ir más allá

del simple hecho de criarlos sin madres; quisieron ver qué pasaba si les daban marionetas de madres hechas de pelo y tela, madres monstruosas que expulsaban de forma errática y sin previo aviso dardos metálicos, o bien un aire comprimido a alta presión que prácticamente les arrancaba la piel del cuerpo a los bebés.

—¡¿Cuándo pasó eso?! —exclamó Khristen.

—A continuación —siguió diciendo la voz—, y esto les pareció un paso lógico, quisieron observar qué ocurría si los monos que sobrevivían tenían descendencia. Acorde con los refinamientos que se iban introduciendo en el aislamiento, uno de ellos diseñó una máquina orientada a la inseminación, la «máquina violadora». Al nacer sus crías, las madres, según los informes de los investigadores, las atacaban de las formas más repulsivas, estrangulándolas y mordiéndoles el cuerpo, aplastándoles el cráneo. A los científicos les pareció interesante que se pudiera eliminar de forma tan sistemática el legendario instinto materno. Publicaron unos cuantos textos académicos más sobre aquello y luego se jubilaron. Reaprender conductas más apropiadas ya era un proyecto para que lo exploraran otros.

Con una uña negra y rota, volvió a pulsar el botón y la voz cesó.

—Se mudaron a Truth or Consequences, Nuevo México, y abrieron un hostal —graznó—. *Hostal El Canto del Viento.* Se dedicaron a mullir almohadas, cocinar bollos y engrasar escopetas. Permanecieron inmunes a mis esfuerzos más concentrados. Yo proyectaba dolor y más dolor hacia ellos, pero el único resultado fue agravar mi propio deterioro y decadencia. Me hice enfermar a mí mismo mientras ellos disfrutaban de buena salud y felicidad. Murieron a raíz de que su descapotable de color turquesa no consiguiera tomar una curva. Murieron en el acto, tranquilos, sin que mis esfuerzos los afectaran para nada, mientras que a mí me costó semanas abandonar la cámara experimental de mi cerebro donde los había colocado.

Rascó la cara complaciente de la fotografía de Frick hasta que apareció un círculo de pared púrpura.

—Cuéntame. Detalles. Me lo imagino grotescamente inflado, como los perros a los que envenenaba —dijo con voz débil.

La miró intranquilo. Quizá a fin de cuentas la chica no fuera un heraldo divino, una criatura predestinada, quizá no fuera un ser etéreo enviado para ayudarlo. Tenía un aspecto desarrapado, correoso, como

un pájaro marrón y tímido, aunque eso no la descalificaba, claro; pero era muy posible que no fuera el ángel que venía a reafirmarlo.

—Antes tenía a los animales en estas paredes, antes de pintarlas de púrpura. A los sujetos animales. Los contemplaba día y noche. Intentaba habitarlos, curarlos, transformarlos. El mal no es real, es destructible y se puede reconvertir. Es el bien lo que es indestructible. Eso sollozaba yo de sol a sol, pero eran todo pamplinas. Me salían del corazón como pamplinas y volvían como pamplinas. Mis intentos de comunicarme con sus pobres yos torturados fracasaron, de forma que cambié sus fotos por las de sus verdugos.

Del polvo considerable que se apelmazaba sobre los tablones del suelo, James sacó otra fotografía y la sujetó contra la pared. Era una mujer rodeada por un grupo de niñas con uniformes de chicas escolta, una foto cazada al vuelo por un agente infiltrado que posteriormente había sido arrestado. Era la mejor foto que el pobre desgraciado había podido sacar; ni siquiera había conseguido acercarse al lugar donde la mujer trabajaba; solo había sido capaz de localizarla en una reunión de chicas escolta donde hacía de voluntaria. Las chicas escolta no tenían ni idea de la profesión de la mujer, cuyos detalles habían sido blanqueados para sus tiernos oídos. Lo que aquellos oídos captaron era que la señorita Smith trabajaba con animales. La mujer tenía varios doctorados y llevaba décadas consumiendo a sus sujetos de estudio como si fueran palomitas. Quizá también hubiera muerto ya y le hubieran puesto una placa conmemorativa y un pabellón en su honor en alguna parte, en vez de seguir haciendo enloquecer salvajemente a monos capuchinos y cortando espinas dorsales de perros.

James no se sentía bien. De hecho, nunca se había sentido peor.

—Cuando llegué aquí, sentí una desesperación enorme —reconoció—. Desesperación y asco. Ansiaba el enfrentamiento, la venganza. El despertar se produciría por medio de actos de venganza. Eso creía yo. Pero mis ideas se limitaron a rebotar en la maldad de aquella gente como una pelota en una pared. Y luego llevé a cabo otro descubrimiento más profundo. Todos esos animales deliberadamente envenenados y mutilados son uno y lo mismo con el redentor torturado. Unos y otro sufren para que el hombre pueda ser salvado al final de los tiempos. Y es algo que no termina nunca. ¡Pero no importa! La tumba nunca está vacía. La tumba está eternamente llena. La inmanencia está en todas partes.

Qué triste se veía aquella figura que James tenía delante, ¿por qué estaba tan triste?

—Ya hace tiempo que no recibo ninguna visita —dijo—. Estaba empezando a pensar que todo el mundo había abandonado el barco, por así decirlo. Lola no tiene capacidad para hacer de directora, necesita más personal.

Se la quedó mirando con los ojos entrecerrados, pero no parecía que la chica estuviera diciendo nada. ¿Acaso había estado diciendo algo? *Por mucho que estés a solas en una sala oscura, compórtate como si tuvieras delante a un noble invitado.* Naturalmente, era más fácil cuando no había nadie contigo. Y no era su intención ser poco amable, pero aquella persona no parecía un noble invitado.

—Guardé las fotografías, por supuesto. No las tiré.

Se frotó el pecho a través de la tela gastada de la camisa, palpando la bolsa de plástico que tenía allí sujeta con cinta adhesiva. Por debajo, su piel estaba inflamada, purulenta. Los animales estaban ahí, cerca de su corazón, pero fuera del alcance de sus atenciones o de las de nadie más. Había un perro sentado en una silla, una vieja silla de oficina con el asiento giratorio. Debajo de la silla había hierba y detrás una pared de cemento con una ventana cubierta con persiana de lamas; la fotografía era gris y blanca, y el perro, moteado. Alguien había sacado la silla al jardín sobre sus ruedecillas de goma. O quizá siempre había estado allí. Quizá fuera allí donde hacían las fotos antes..., ¿antes de qué? Había terminado su trabajo. Al sujeto le habían dado fármacos para inducirle cirrosis hepática. Unas manos humanas le sujetaban las patas delanteras extendidas, a fin de mantener erecto el cuerpo grotescamente inflado. De esa forma, el perro era alto como un niño, como un niño de diez años quizá, un niño al que de forma incomprensible algún cruel elfo malvado había administrado su maldad.

¿Se había marchado la chica? Estaba muy callada. No. Estaba extendiendo su mano hacia la de él, dándole unas palmaditas suaves. Se apartó instintivamente.

—El asombro, la semilla del conocimiento. A ver qué pasa si lo electrocuto... A ver qué pasa si lo mato... —murmuró—. No se acaba nunca.

¿Acaso la puerta se acababa de cerrar una vez más? No cabía duda de que había habido alguien allí. Pero ya no.

Se giró hacia su hueco de la pared. Estaba agotado, ya no podía más. Acarició el viejo tanque verde. Lo tenía lleno de helio, para un momento como este, porque una vez cesa el esfuerzo en la vida, todo movimiento es descendente. Esto se ha sabido desde tiempos remotos.

Lola creía que era oxígeno, destinado a mantenerlo con vida, a mantenerlo alistado en la causa, ¡pero no sabía nada! Ni tampoco lo iba a saber el cuerpo. Para el cuerpo, el helio era perfecto, era igual de bueno respirar una cosa que otra. El cerebro ya estaba compinchado, el corazón sería el último en saberlo, pobre corazón.

Se acercó el tanque frío y raspado, y enderezó sus tubos encerados. Era del mismo color que el viejo termo que había tenido en la trainera. A veces llevaba dentro café, pero casi siempre whisky. Le ayudaba a seguir adelante, y qué gaya ciencia había sido durante muchos años, aquel trabajo que había hecho, limpiar el lecho marino, sorber la eminencia de aquellas orgullosas profundidades.

Trabajo duro, pero lo había hecho. Le había costado años, pero su tripulación y él lo habían hecho.

Se arrancó del pecho la bolsa de las fotos y le dio una palmadita; luego se sujetó los tubos a los orificios nasales resecos, giró un dial y metió la cabeza en la bolsa. Olía a polvo y a su propio hedor corporal. Los pensamientos le pasaron despacio por la cabeza, como una procesión de animales famélicos. Parecían estar ocupando el lugar de su respiración. Pero los animales fueron desapareciendo uno a uno y por fin la procesión se terminó.

Nadie había palmado nunca en el recinto del Instituto, era algo que carecía por completo de precedentes. Lola ni siquiera sabía cómo deshacerse del cadáver. Le gustaba la tradición de las *dakhma* —las Torres del Silencio—, pero ya no quedaban buitres. Y los buitres eran lo esencial de las Torres del Silencio. Lo bueno era que James no pesaba más que una brazada de ramitas, que era lo que de hecho parecían sus restos. Cualquier problema que planteara su posterior desintegración se solucionaría solo.

Ahora Lola y Khristen estaban pintando las paredes de su vieja habitación con botes de pintura gris, de los que parecía haber existencias inagotables.

—No tenía derecho a embadurnarlas de ese color espantoso —se

quejó Lola—. ¿Dónde demonios encontró ese púrpura? Seguramente se estaba intentando recrear a sí mismo a semejanza de los padres del desierto, pero se descarrió. No es que fueran padres de verdad, eran todos tan estériles como mulas, pero se iban al desierto a vivir en soledad y allí luchaban contra el diablo. Hay quien dice que salvaron una civilización que ya se había visto en gran medida reducida a ceremonias vacías, ejecuciones y toques de campanas en un momento muy crucial.

—Civilización —dijo Khristen en tono pensativo.

—La salvaron a base de negarla con certidumbre brutal —dijo Lola—. Pero lo que quiero recalcar es que peleaban con el diablo. Nadie les suministraba paredes de color lavanda ni oxígeno, eso está claro.

Khristen intentó imaginarse a los padres del desierto. Seres desdentados y gloriosos, que se abrían paso entre la arena negra, predicando a los escarabajos peloteros y enfrentándose al diablo siempre que era factible. Cuando morían, los leones, llorando, les cavaban la tumba con sus zarpas enormes.

—Cuando luchaban con el diablo, ¿estaban peleando contra el mal? ¿Es lo mismo?

—¡No! Ese es el error que se cometió desde el principio. Las dos cosas solo están emparentadas de forma lejana. Puedes derrotar al diablo sin hacerle ni un rasguño al mal. Hemos encerrado al demonio con sus espejos y sus pavos reales, y hemos dejado libre al verdadero criminal. El diablo no es más que la distracción pintoresca del mal, su mito, su payaso. El mal creó al diablo igual que Dios hizo al niño Jesús, y por las mismas razones incomprensibles.

Khristen miró la pintura que se estaba coagulando en las cerdas de la brocha. La brocha no estaba funcionando bien. La dejó sobre unas hojas de periódico, la página de las necrológicas, y tuvo un recuerdo doloroso del día del funeral de su padre, cuando su madre le había ordenado que se imaginara el futuro de la criatura muerta.

Lola extendió un dedo embadurnado de pintura hacia la imagen de un chaval fotografiado en pose torpona. Llevaba un corbatín de cordones.

—Este murió durante la epidemia de hamburguesas en mal estado. Es un periódico muy antiguo. Por supuesto, ya no los publican. A la gente le dan igual las necrológicas. Son algo del pasado.

—Hamburguesas en mal estado —dijo Khristen. Sonaba a redundancia.

—Fue en uno de esos grandes Festivales de la Cosecha. Mucha gente enfermó, algunos perecieron. Resulta, en fin, fue uno de los datos que salieron a la luz, que un solo medallón de carne, porque por alguna razón los llaman medallones, puede contener la carne de un centenar de animales. Esto inquietó a algunos. Querían que su comida fuera más singular.

—Se supone que he de saber lo que pasa cuando te mueres —dijo Khristen—. Eso me dijeron.

—¡Todavía te preocupa esa pequeña muerte en la cuna que tuviste! Pues no debería. En este caso no te puedes basar en tu propia experiencia. No es más que una teoría. Los hindúes, por ejemplo, tienen una teoría muy elaborada. En el caso de los hindúes, cuando te mueres abandonas Hindulandia y te vas al cielo. Y te encuentras con que todos tus enemigos están allí, mientras que tus seres queridos están en el infierno. Lo cual no es tan terrible como parece, porque lo único que necesitas es tener el ingenio de decir: «Pues prefiero estar en la negrura y el horror del infierno con mis seres queridos, porque allí donde estén es el cielo para mí», y entonces tanto el cielo como el infierno se esfuman de inmediato. Se esfuman todas las apariencias. Las dejas atrás. Y pasas a disfrutar de una existencia perfecta donde no hay nada que no sea su contrario exacto. No me acuerdo de cómo lo llaman. Se supone que es genial. Se supone que lo alcanzas antes de morir, aunque ciertamente tu última oportunidad es justo después, inmediatamente después.

—¿Solo has de decir: «Quiero quedarme con mis seres queridos», y ellos también se esfuman junto con toda la negrura y el horror? —dijo Khristen en tono de duda.

—Es totalmente inconveniente, y quizá ese sea su mismo sentido.

—¿Y qué pasa si no se te ocurre decirlo?

—¿Si no se te ocurre decir qué, cielo?

—Si crees que esa es la manera en que van a ser las cosas y han sido siempre: que tú terminas en el cielo con tus enemigos o en el infierno con la gente a la que quieres.

—¡Ah! —dijo Lola—. Pues entonces te quedas ahí atrapado hasta la vida siguiente. Supuestamente no es algo deseable. No me escondas esa brocha para que piense que la he perdido. —Y empezó a recoger

los trapos y pinturas y hojas de periódico—. Este gris tapa mejor de lo que me esperaba. Es un color que lo perdona todo. ¿Te encuentras bien, cielo? Seguramente hemos pasado demasiado rato en este espacio sin ventilar. Cuando terminemos, y declaro que hemos terminado, no pienso volver a usar esta habitación. Le pondré un candado en la puerta tan grande como un ojo de buey. Una de mis mejores amigas, de esto hace mucho tiempo, opinaba que la eternidad era un caballo olvidado. Me gustó tanto que yo también quería pensar que la eternidad era un caballo olvidado, pero ella me dijo que no era justo. Nunca he conseguido que se me ocurra nada ni la mitad de bueno.

—Qué soledad —dijo Khristen. No le gustaba aquella imagen de la eternidad como un caballo olvidado.

—La soledad es el pan de cada día, cielo. Me voy a llevar unos suministros al motel. ¿Me quieres acompañar? Nunca he visto a nadie usar tantos vasos como Barbara. Creo que se olvida de dónde los deja.

Bajaron juntas los peldaños combados. Una vez en el despacho, Lola sacó una caja que contenía varios vasos similares y limpios, aunque parecían más bien jarras.

Jeffrey estaba plantado sobre el césped empapado con un libro muy grande en las manos.

—... construcción estricta, textualismo, constitucionalismo viviente... —Levantó la vista para mirarlas, parpadeando.

—¿Cómo está tu madre? ¿Qué está haciendo hoy? —preguntó Lola.

—Descansar —dijo Jeffrey, regresando al tomo—. La intención original también puede ser pieza fundamental de cualquier teoría interpretativa... —Levantó una manita con gesto dramático, adelantándose a una posible interrupción—. Aunque, por supuesto, también hay que lidiar con la ambigüedad y el silencio textual.

—Voy a dejarle aquí los vasos que me ha pedido —dijo Lola.

De vuelta en la oficina, que emitía su habitual aroma intenso a moho, Khristen dijo:

—¿Crees que la gente escribe libros para sembrar el caos o por alguna otra razón?

Lola descartó aquella pregunta sobre las intenciones autorales por considerarla prácticamente imposible de contestar.

Se quedaron un rato en silencio. Todo estaba inmóvil.

—Echo de menos a los animales —dijo Khristen.

—Ah, sí, la gente siempre pareció tenerles bastante resentimiento.

—Antes yo pensaba que los animales podían ser inmortales porque eran inocentes de la muerte.

—¡Quién te dijo eso! —exclamó Lola—. Menudo disparate. No hay nada que sea tan ignorante.

—Son inmortales y por eso ya no viven con nosotros. Fue algo que deduje yo sola, dadas las circunstancias. Pero era muy pequeña en aquella época, muy joven.

—Ah, pues entonces es distinto. —Lola se ablandó—. Una idea encantadora —admitió—. Mucho más bonita que ese tipo de la época de Darwin, no me acuerdo de cómo se llamaba, que creía que los animales se extinguen porque Dios deja de pensar en ellos. Lo normal sería que a la gente le pareciera una idea bastante alarmante, pero obtuvo simpatía en ciertos círculos. De hecho, vuelve a estar de moda.

Khristen examinó con incertidumbre la oficina, que todavía parecía más pequeña al vaciarla de todo salvo los cubos ⚠AVISO⚠ y un archivador de cajones oxidado.

—¿Dónde tienes la planta? —preguntó.

—He dejado de pensar en ella —dijo Lola—. ¡Ja, ja! Oh, lo siento, cielo. Perdóname. Todo se ha vuelto tan... poco manejable. ¿Me harías un favor, cielo? ¿Me ayudarías un poco con Scarlett? Está retrasando su salida otra vez. Quizá puedas devolverle el entusiasmo por el proyecto.

—¿Cuál es su proyecto?

—El plan era aniquilar a una serie de gente del mundo de la agricultura, pero ya tendría que haberlo hecho hace meses.

—La agricultura.

—El término ha perdido su significado, ahora más que nunca. Pero a esto se ha visto reducido el Instituto por culpa del retraso, el retraso interminable. Nuestra gente tiene que empezar a marcharse de forma ordenada. —Escarbó en uno de los estómagos del archivador—. Aquí está su manifiesto; bastante largo, me temo. —Le dio a Khristen un fajo de papeles cubierto de líneas de texto finas y erráticas. Parecían las excreciones de algún insecto.

—No sé si puedo descifrar esto —dijo Khristen.

—No importa demasiado. Nunca fue particularmente inspirador,

pero Scarlett lleva tanto tiempo postergándolo todo que se ha acabado convirtiendo en un simple llamamiento verborreico y completamente inútil a librar una batalla que se perdió hace mucho. Intentaré resumirlo.

Las palabras *aridez*, *desertificación*, *infestación*, *erradicación*, *degradación*, *salinización* y *urbanización* se repetían con frecuencia. *Reducción de la resiliencia de la Tierra y sus aguas*, *desaparición de la resiliencia de la Tierra y sus aguas*, *resiliencia inexistente de la Tierra y sus aguas*; aunque el texto poseía cierta aceleración. *Colapso de la biodiversidad* era una expresión cuyo horror no se acumulaba al repetirse. En las páginas finales se hacía un intento de formular una narración emocionante en la que ocupaba el primer plano un vengador con un elegante traje rojo.

—¿Qué es ese traje rojo?

—Oh, esa ridiculez de traje —dijo Lola—. No te molestes en visitarla ahora. Convocaré una reunión para esta noche, una reunión estratégica de emergencia. Por fin conocerás a todo el mundo. En cuanto se ponga el sol. Antes nos reuníamos en el cobertizo de las barcas, pero se ha vuelto demasiado deprimente. Ahora nos reunimos en la Labandería.

La palabra *Labandería* estaba escrita con su escrupuloso error ortográfico encima del dintel medio podrido. En la Labandería no había lavadoras, ni tampoco tinas ni grifos, solo tuberías rotas y desagües mugrientos. Los miembros de la desarrapada colonia de Lola estaban sentados a unas mesas donde antaño otra gente había doblado la ropa limpia. Habría sido imposible entonces sentarse a aquellas mesas. Estaba prohibido. Contra una pared había arrumbados varios sofás que parecían de cuero y estaban teñidos de un rosa desenfadado, pero nadie había decidido ocuparlos.

Un hombre con toga sucia de corista le tocó el codo a Khristen.

—Rinocerontes —dijo en voz baja, señalando los sofás—. Madre e hijos. Intentamos respetarlos.

Una figura bajita y encorvada con traje rojo encogido fulminó con la mirada a Khristen. Estaba apoyada en una mujer corpulenta y blanda que parecía una muñeca enorme.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó la muñeca a Khristen en

tono agradable.

Cuando la chica respondió, la persona bajita masculló:

—Vive engañada.

—No seas mala, Scarlett —dijo la muñeca.

Había una tarima pequeña y extraña en uno de los fétidos rincones de la Labandería y encima de ella estaba Lola junto a un hombre esquelético de cara descarnada y demacrada.

—Gordon ha vuelto con nosotros —dijo Lola jovialmente, con la mano en el brazo del hombre—. Nunca me atreví a esperar que esto pasara. Nada de aplausos, por favor.

—¿Qué te pasó, Gordon? —preguntó el corista—. Tienes una pinta terrible. Tu piel. Tu cabeza entera, de hecho.

—Eso después —ordenó Gordon.

Lola pasó lista para comprobar la asistencia. En algunos casos esto era respondido con murmullos de asentimiento y en otros casos no.

—Foxy, Hector, Grayson, Scarlett, Honey, Tom... ¿Hay alguien más?

—Esto es un poco como la iglesia —le susurró a Khristen Honey, la mujer enorme.

Lola anunció el fallecimiento de James. El grupo mostró ciertas dificultades para acordarse de él. Se acordaban mejor de su último sujeto de interés:

—Vi una vez a Frick en una reunión de la Cámara de Comercio —dijo alguien—. Era la monda, el viejo cabrón. El alma de la fiesta.

A continuación Lola presentó a Khristen.

—¿Es una invitada? —preguntó una voz.

—Una visitante.

—Creía que no aceptábamos invitados.

—Yo tenía entendido que aquí nadie es invitado. Visitantes no. Observadores no.

—¿Tienes un diagnóstico por lo menos?

Gordon los interrumpió, impaciente.

—Aquí todos tenemos un deber. ¿Cómo vas a contribuir a hacer progresar nuestros planes, Khristen? Quizá deberías matar a todos los poetas. ¿Crees que se te daría bien?

Khristen no dijo nada. Por supuesto, sería ridículo expresar alarma.

—No le tomes el pelo, anda.

—No le estoy tomando el pelo. Matar a todos los poetas es una idea que lleva un tiempo sobre la mesa. Son tan repulsiva y trémulamente antropocéntricos...

—Es buena idea —dijo Honey—. Es como... imaginativa. Haría falta una persona de integridad considerable para matar a un poeta.

—A todos los poetas —la corrigió Gordon.

—Pero por lo general no se congregan —dijo alguien.

—Por supuesto que se congregan. Hay talleres, ferias..., competiciones de poesía... —dijo en tono asqueado.

—¿Pero qué pasa con los poetas que odian y desprecian el mundo que hemos creado? —dijo una persona profundamente arrugada pero de porte juvenil—. Con los que detestan nuestro entorno ruinoso y las esperanzas y deseos de la gente con la que se ven forzados a coexistir. Y que escriben sin sentimentalismos y con frío desprecio...

—¿Quién eras tú? —preguntó Gordon en tono imperioso.

—Foxy —dijo Foxy.

—Pero qué decimonónica eres —dijo Gordon—. En ninguna otra época hubo una repulsión tan beata hacia los tiempos que corrían. Pero, aun entonces, los artistas eran inútiles. Nunca conseguían nada.

—Pero los poetas enfadados están bien, ¿no? —dijo Foxy en tono preocupado.

Gordon suspiró y su piel deteriorada soltó un feo silbido. Un insecto se tropezó con su brazo desnudo y se quedó atrapado en las pútridas arrugas. Su piel desnuda era como una planta carnívora. Se sacó un trapo amarillento del bolsillo y se frotó el brazo. El bicho en apuros se hundió todavía más.

—Eres nuestra drogadicta, ¿verdad? —le preguntó Gordon, que parecía haber perdido todo interés en el destino de los poetas.

Tenía una voz inquietante, aguda e infantil, bastante atrayente. Se decía que las voces de los oráculos eran siempre voces de niños, quizá porque los niños pueden ver todo en la nada, mientras que los adultos tienen la tendencia exactamente contraria.

—Lo soy —dijo Foxy—. Era la Reina de los Centros de Rehabilitación. La generación más joven siempre está intentando superarme, pero considero mi posición inexpugnable. Mi centro favorito estaba en Dakota del Norte. Donde se cargaron a todos los indios... ¿O era Oklahoma? Creo que allí también estuve. En fin, te

dan ciento cincuenta hierbas molidas en un batido grande y asqueroso, y luego tomas una sauna después de la cual te tumbas en la nieve y finalmente te arrodillas delante de un abrevadero comunitario junto con todos los demás yonquis y vomitas hasta la última papilla. Al día siguiente, lo mismo. Dos semanas de lo mismo. Seguramente ya os lo he contado, porque, como proceso, era mi favorito.

La congregación estaba muda.

—Puede que estéis pensando que debería poner en mi punto de mira a las compañías farmacéuticas —siguió diciendo—, pero como es comprensible tengo cierta debilidad por ellas. O bien podría marcarme como objetivo a los yonquis, porque son muy molestos. ¿Por qué se les permite que alcancen el éxtasis en estos tiempos tan espantosos? En cambio, me he decidido por la Marina de Estados Unidos. Por la aniquilación de la Marina de Estados Unidos.

—Muy bien —dijo Gordon—. La marina ha perfeccionado su nuevo sistema de sónar para que siempre funcione a capacidad máxima. Están provocando que el córtex de las ballenas y los delfines se deshaga hasta convertirse en algo parecido a los espaguetis cocinados. Han aceptado a regañadientes limitar su uso en tiempos de paz.

—¿En tiempos de paz? ¿A qué se refieren? —preguntó el corista.

—Insisten en que es esencial rastrear a los submarinos, y ahora eso forma parte integral y permanente de nuestro arsenal defensivo.

—¿Submarinos? ¿Es que todavía hay alguien que fabrica submarinos?

—Vi una ballena hace mucho tiempo —dijo Honey, la mujer enorme que parecía una muñeca—. Fue durante una tormenta de granizo y mi novia me acababa de pegar otra paliza. Es la última vez, le dije; es la última vez que le pegas una paliza a Honey y a su corazón de oro. Y lo decía en serio, y estaba sentada en mi coche bebiendo un poco de vino y escuchando la radio, y la radio estaba hablando de una ballena que se había quedado varada aquella mañana en la playa, cerca del paseo marítimo, junto a los tiovivos, y me dije a mí misma: «Voy a ver a esa ballena». Así que fui allí con el coche. Era pasada la medianoche y no había nadie porque había dejado de granizar pero seguía haciendo frío y encontré a la ballena. Tenía unas curvas preciosas y resplandecía sobre la arena, como el peltre, como los platos de peltre que mi abuela coleccionaba. Estaba todo a oscuras,

pero la oscuridad iluminaba su cuerpo. Alguien no identificado le había grabado sus iniciales bien hondo en el costado. Me quedé allí un rato larguísimo a oscuras. Y solo quería matar a aquel alguien. Lo quería matar.

—Tus ambiciones carecen admirablemente de límites —dijo Gordon—. Tengo curiosidad por cómo Foxy tiene planeado destruir a la Marina de Estados Unidos.

—Trasteando con sus ordenadores. Es muy fácil. Es como robar carteras. Tengo un don.

—Debe de ser una *idiot savant* —dijo un hombre con gafas de sol.

Foxy se encogió de hombros.

—Es posible.

Gordon examinó la sala con impaciencia.

—Tú, Scarlett —dijo con su voz aflautada—. ¿Por qué sigues aquí? Es hora de marcharte, de afrontar la realidad.

—No estoy en mi mejor momento —dijo Scarlett.

—Eres una enferma terminal —chilló Gordon—. Tu mejor momento no va a llegar.

—Hay que sentir que ha llegado el momento, y me duele un poco la cabeza.

—Ese espectáculo de luces que ves con el rabillo del ojo no es ninguna celebración en tu honor, es el tumor, que se acerca —dijo Gordon—. ¿Quieres que te acompañe yo hasta fuera?

—Ni lo sueñes —dijo Scarlett indignada—. Ni siquiera tendrías que haber vuelto. Es completamente insólito. No tienes autoridad para volver.

—Ya iré yo contigo —dijo Foxy.

—Estaría bien —dijo Scarlett sin mucho entusiasmo—. Me acompañaría mi hijo, pero su carrera lo mantiene ocupado. Se dedica a vender su esperma. Está repartiendo a mis nietos por todos lados. Llama a su lefa «Águila Blanca».

—Nos alegramos de que hayas vuelto, Gordon, y supongo que a todos nos interesa saber cómo lo has conseguido —dijo el hombre de las gafas oscuras—, pero ya puedes ver el problema. La pobre mujer ha perdido el oremus. Lo cual suscita una serie de preocupaciones morales que no estaban en juego antes. Ya no se la puede considerar responsable; demonios, ya no se la puede...

Scarlett soltó un bufido despectivo. Nunca había visto al viejo

Tom sin sus gafas oscuras, pero se imaginaba sus ojos como dos cuevas sombrías donde vivían murciélagos pequeñitos. No lo quería mirar. Era preferible mirar la pelusa de otros tiempos que se había petrificado en un rincón de la Labandería, aunque si la mirabas durante el tiempo suficiente se movía. Se sentía extrañamente segura de sí misma, asombrada por el hecho de seguir existiendo, aunque fuera en un lugar como este. ¿Y acaso no debería bastar con sentir aquel asombro y con que otra gente se alegrara por ti? Aunque daba la impresión, de hecho, a medida que se le despejaba un poco la mente, a medida que se retiraban aquellas lucecitas alegremente voladoras que había percibido con tanta irritación Gordon, de que aquel asombro era incluso un mal presagio, de que aquella euforia —aquella confianza ocasional y eufórica en el hecho de existir— era poco más que un fenómeno físico que presagiaba la defunción o la demencia —cualquiera de las dos, en realidad apenas había un matiz que las distinguiera—, un fenómeno del que a veces se burlaban sin demasiada amabilidad los profesionales de la medicina.

El viejo Tom seguía dándole a la lengua, refiriéndose ahora sin mucha delicadeza a las chavetas y a su pérdida, y sosteniendo que a Scarlett ya no se la podía mandar a administrar una justicia indiferente.

—Imparcial —lo corrigió Scarlett—. Justicia imparcial.

Gordon sonrió. Sus dientecillos tenían pinta de estar a punto de caérsele de la boca.

—Lo sé —les garantizó Scarlett a todos—. Si nadie me lo pregunta, lo sé. Si se lo quiero explicar a alguien que me lo ha preguntado, entonces no lo sé.

—El problema de los enfermos terminales ancianos es que se vuelven ladinos —insistió Tom—. Se escabullen muy deprisa de las ataduras de la convicción. A veces están con el teorema y al cabo de un momento ya son tan reacios a morir como cualquier civil. Y en cuanto se quedan gagá, ya no se los puede utilizar porque no es ético.

—La ética va a ser la ruina de esta operación —dijo Gordon—. Pero creo que iría bien hacer un sumario de quiénes y qué somos como grupo. —Cerró los ojos como si estuviera rezando. No tenían pestañas—. No somos un centro de residencia asistida. No somos un centro de muerte asistida.

—No estamos deprimidos, no tenemos tendencias suicidas.

Estamos emocionalmente serenos —dijo Foxy con ferocidad.

Los ojos se abrieron despacio.

—Te debían de encantar los Doce Pasos antes de venir aquí —dijo Gordon.

—¿Y qué? ¿Por qué no? —Foxy se mostró huraña. Se preguntó si Gordon debía de tener la polla igual de triturada, carcomida y mellada que el resto del cuerpo, o bien si debía de tenerla imposible y milagrosamente lisa y altiva, con un glande como de roble nudoso. Le encantaría hacer que se la sacara y burlarse de ella. Aun así, Gordon molaba bastante.

—Hoy es la primera noche del resto de vuestras vidas —trinó Gordon.

—No me pidáis que os explique el rollo ese del primer día —dijo Foxy—. No estoy defendiendo a nadie, pero aprendí mucho de aquella gente. Por ejemplo, me daba la sensación de haber nacido para la soledad, pero en el fondo pensaba que no, y entonces descubrí que *sí* había nacido para la soledad. Quitarme del jaco me volvió más común y corriente, está claro, pero estoy entregada a la causa, soy de fiar. No quiero desplomarme en una cola de gente, esperando para comprar una entrada de cine y meándome las bragas. No quiero estar en una cama de hospital, mirando boquiabierta a algún interno guapo, perdiendo del todo la dignidad delante de un interno guapo. Alcanzando mi último estertor para su edificación. No quiero estar en el retrete. Muchísimas veces te hablan del difunto intentando ser discretos, pero te enteras de la realidad... Fulano de tal murió aparcado en el retrete, haciendo fuerza... Quiero irme como una novia, no como un bicho. Quiero ser parte del futuro. Lola nos ha dado una gran oportunidad aquí. Esta campaña es fabulosa. Una campaña de lo más fabuloso. Provocaremos el colapso de la recuperación del colapso. Somos los agentes del colapso en esta deliciosa campaña contra los moralmente incoloros y corruptos. Estoy lista para una muerte orgullosa y lobuna. Con mi muerte, una muerte activa, haré que el mundo sea más lobuno.

Se detuvo y miró a su alrededor tímidamente.

Khristen oyó que alguien le susurraba:

¿Por qué no hablas? ¿No sabes cómo hablar con nosotros?

—Si me permitís, quiero decir que ya estoy lista —dijo Scarlett—. No me acuerdo de las cosas igual de bien que antes, pero es un don

que recibimos los ancianos y que no se admira lo suficiente. Todo lo que recuerdas es lo que está muerto y todo lo que no recuerdas vive. Es lo que he aprendido de ese discurso tan encantador.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Foxy.

—¿No te he dicho ya que estaría bien? —dijo Scarlett—. Estaría bien.

—Id, pues —dijo Gordon majestuosamente—. Desapareced en la oscuridad, en la lluviosa civilización, abandonad los confines y límites de nuestra pobre y pequeña comunidad, bordead las aguas estancadas de nuestro lago atrapado y putrefacto, este lago que apesta en su tormento silencioso, eternamente corrompido pero cargado de vida, de sus peces verdes y cálidos, de esas corrientes líquidas que nunca dejan de abalanzarse hacia delante, mordisqueando su oscuro elemento, siempre rumbo a ningún lugar nuevo, a ninguna tierra prometida ni costa...

—Ah, Gordon, qué labia tienes —dijo el corista.

—El útero de la naturaleza y quizá su tumba —dijo Lola.

Por el suelo se paseaba una cucaracha enorme. Honey se sobresaltó al despertarse un recuerdo dentro de su admirable pecho, la esencia irreductible de sus días de escuela secundaria regresando a ella con sus aromas a pintalabios y lana. Había un profesor de química por el que estaban todas coladas. Una vez les demostró que una cucaracha sin cabeza era capaz de aprender a no meter la pata en el agua porque recibiría una descarga eléctrica.

—Creo que nuestro problema, o por lo menos uno de nuestros problemas, es la aclimatación —dijo Tom—. ¿Quién se podría imaginar que sería posible acostumbrarse a estas habitaciones, a este lago, a estos...? —Señaló al grupo con un gesto vago de la mano—... ¿Compañeros? Cuando llegué aquí, tenía visiones. Me venían en oleadas. Bum, bum, bum. Ahora hace días o semanas que no tengo ninguna.

Honey contempló a la cucaracha, que era del tamaño de un gatito, hasta que desapareció debajo de un tablón astillado del suelo. Oh, ella había tenido a aquel profesor de química en un pedestal. Ciertamente había sido el hombre más apuesto del pueblo.

—La aclimatación es un tema preocupante —dijo Gordon. Sonrió y sus dientes parecieron pececillos dorados asentados en la oscuridad de su boca.

Añoro..., pensó Khristen, añoro... Se sentía transfigurada, empalada, no traducida. Había cambiado mucho a fin de no añorar todavía más, porque así es como se cambia: a base de añorar algo y fingir que no.

—¿Qué te ha pasado, Gordon? —lo interpeló el corista—. Tienes un aspecto espantoso. Cubierto de manchas, de escamas. La viva imagen de un fantasma.

—Ya había seguido con mi vida —dijo Gordon—. No albergaba esperanzas de volver con vosotros.

El corista asintió con la cabeza, acariciando ansiosamente el sofá.

—El clima, como cabía esperar, era extremo. ¡Qué viento! El viento de aquí es una simple brisa comparado con aquello. Terminé en una ancha carretera que llevaba a mi destino. Los cables de los enormes postes caídos me golpeaban y me azotaban mientras yo caminaba y aceptaba sus dentelladas y latigazos.

—Tienes varias infecciones, creo —señaló Hector.

—Más tarde me fue revelado que aquellos cables habían sido usados como retretes por ciertas congregaciones de pájaros. Alondras.

—¡Alondras!

—Antaño conocidas por su canto jubiloso y por su patética costumbre de hacer sus nidos en el suelo.

—Qué irónico que fuera la humilde alondra —dijo Hector.

—Ahora se me han asentado en el cuerpo los microbios necrosantes —dijo Gordon—. Me han dicho que no soy contagioso, aunque supongo que tampoco os importaría. Admito que me gustó bastante volver, caminar entre las enormes multitudes asqueadas o llenas de compasión de este mundo condenado a muerte. El asco y la compasión se han vuelto emociones muy parecidas. Algunos estaban enfadados por verse forzados a percibirme a mí y mi apariencia, pero la mayoría hacían como que no me veían, me negaban. La negación se ha vuelto un arte, una destreza social, igual que la apatía, que se ha vuelto muestra de refinamiento. —Hizo una pausa, y se cruzó de brazos con gesto peculiar—. ¿Cuál ha sido tu experiencia?

Khristen tardó un momento en darse cuenta de que se estaba dirigiendo a ella.

—Yo no he vuelto, yo acabo de llegar —dijo.

—Es verdad, Gordon —dijo Lola.

Algunos reiteraron el acuerdo de no permitir invitados entre sus

filas. No era un lugar para observadores o visitantes. El motel estaba disponible para la noción más bien chabacana de invitado. El motel, donde las figuras holgazaneaban hablando de nada en particular como si no hubiera pasado nada.

—Quizá nos puedas hablar un poco más de la situación de fuera, Gordon —dijo Tom—. ¿Cuál es la temperatura moral de la población?

—Es que me encanta cómo habla a veces —le confió Honey a Khristen.

—La gente que carece por completo de compasión se siente mejor consigo misma. Cuanto menos le importe todo a una persona, más libre se vuelve. El pensamiento que impera ahora es que la compasión no es más que la canibalización de uno mismo. —Gordon bostezó, una imagen temible.

—¿Hay algún mando centralizado? —preguntó Tom—. ¿Hay algún sector que haga de guía?

—¿Hay arte? —se preguntó el corista—. Supongo que el culto religioso ha decaído.

—Hay los guías inútiles de siempre. El culto religioso es insignificante. El arte es decoración, y en su mayoría se reduce a descripciones de la rastra. Algunas son bastante abstractas, pero si se le puede asegurar a la gente que es una rastra, entonces obtiene aceptación. Hay representaciones de la rastra en todas las instalaciones gubernamentales que quedan, y también se anima a la gente a que la exhiba en sus casas. Empezó como gesto nostálgico, pero ha degenerado en señal de respeto, de reconocimiento de lo propio. Nadie le da gracias, claro, solo le otorgan respeto. Es un símbolo unificador. Significa: *No sucumbiremos*. Casi todo vuelve a estar en funcionamiento. La industria del ocio se ha restablecido heroicamente. Disney World se ha refundado y va fuerte.

—¡Disney World! —El corista palideció. Había sufrido su primer colapso nervioso extremo allí al percibir a su archienemigo, al magnífico e inaccesible portador del incensario, que se le acercó para darle su engañosa bienvenida disfrazado de Minnie Mouse.

—La fantasía megatecnológica de un consumo glorificado y constante en mundos utópicos y controlados que preparan psicológicamente a la gente para la vida en unos entornos artificiales despojados de naturaleza nunca ha sido más popular.

—¿Sigue lloviendo por allí? —dijo Hector—. ¿Es primavera?

Debe de estar llegando.

—Fuera del ocio hay más servidumbre, más fidelidad a una respuesta unificada y no conciliadora a las amenazas. Todo lo que no es humano se considera un detrimento de cara al futuro. Todos los intentos de conservación se consideran reaccionarios. Cualquier sugerencia de reparar o renovar nuestra relación con la naturaleza se percibe como intento de explotar una crisis. La gente cree que el planeta está intentando amenazarnos, la retirada de la primavera, y plantearnos exigencias no negociables, y eso los cabrea.

... Me he acordado de ti, día tras día, oyó Khristen que decía la voz muy por lo bajo, *y me preguntaba cuándo te volvería a ver...*

—Hay unas cuantas prohibiciones —siguió diciendo Gordon, apartando con la mano a las polillas que se le acercaban asombradas —. Las reglas se consideran demasiado pesadas en esta época de tanto estrés. La gente necesita desahogarse. Se han vuelto a popularizar los incendios premeditados. El sentimiento predominante es que esta puta tierra nuestra que se ha vuelto contra nosotros ha de arder. —Gordon se contempló los nudillos purulentos, que estaban peor en la mano izquierda que en la derecha.

—¿Y qué pasa con las exhortaciones que siempre formaron parte de nuestras acciones? —dijo Honey—. ¿No resultaban persuasivas de vez en cuando? Scarlett escribió un ensayo académico informativo detallado, ¿no? No lo llegué a leer, pero...

—Ya nadie se molesta en escribir manifiestos. No interesa tolerar los argumentos para cambiar el paradigma.

—Entonces, los esfuerzos de quienes vivieron antes que nosotros... ¿no sirvieron de nada? —dijo Honey.

—Simplemente se añadieron al caos general. Por supuesto, nadie ha atado cabos en relación con la presencia de este centro turístico y el aumento de sabotajes directos en el mundo de fuera.

—¿Prevalecen los suicidios? —preguntó Tom.

—Las cifras son bajísimas. Los pocos que hay se cometen a la antigua usanza, de forma onanista, sin aludir a los problemas sociales, ecológicos ni espirituales.

—Ciertamente nos has traído noticias desalentadoras —dijo Tom —. Quiero decir, noticias graves.

—Por desgracia este es mi informe —dijo Gordon—. O, por lo menos, su mayor parte.

—Es mucho que asimilar —dijo Lola—. Siento que no podamos terminar la reunión con un poco más de optimismo. Pero recordad todos que nada debe afectar a nuestras obligaciones, y que hemos de seguir cumpliendo con los calendarios rápidos de salidas.

Pobre vieja bruja, dijo alguien con un suspiro, y Khristen se dio cuenta de que había oído más voces que personas había en aquella sala saqueada pero acogedora, porque a fin de cuentas tampoco había tanta gente allí.

Era momento de reflexionar, reflexionó Honey. Se las apañaría para dejar de lado la valoración de Gordon y salvaguardar los ánimos. Sus muertes *importarían*. Tendrían un *efecto*. Provocarían, ¿cómo lo llamaba él?, un cambio de paradigma. La Tierra se *curaría* como resultado de sus acciones, el equilibrio y la belleza *regresarían*.

Decidió que esa noche se quedaría en el patio, sus piernas estaban demasiado cansadas para llevarla de vuelta a su habitación. Le gustaba el patio, donde los fragmentos del pasado despreocupado del complejo hotelero todavía podían emerger a la superficie entre el polvo: clavijas para jugar al *cribbage*, collares de acreditaciones, confeti. La verdad es que ya no se lo podía llamar polvo, ni mucho menos tierra, porque había llegado un tipo de gusano que había cambiado su composición, pero todavía se lo llamaba polvo, se aceptaba que era demasiado trabajo buscarle otra definición.

Se acomodó con cautela. Corazón de oro y piernas de plomo y varias mentes que gobernaban toda la maquinaria. Intentó reprimir el anhelo nostálgico de recuperar su Cadillac. Había sido como una embarcación de manga ancha, que transportaba el cargamento de su cuerpo. Su Cadillac la podía llevar adonde ella decidiera ir. Ahora era más difícil desplazarse, incluso aquí, o sobre todo aquí.

Ahora ya era vieja y le había costado demasiados años llegar, pero todavía podía señalar el momento en que cierta cadena de acontecimientos había culminado en una deuda que le había costado décadas saldar. Pero así eran las cosas en un mundo donde estabas dormido y hacías componendas adormiladas como las que hacen los soñadores, en sueños.

Los primeros eslabones de la cadena aparecieron en forma de un hombre que quería volver a asfaltarle la entrada para coches de su

casa. Pocas horas después fue un hombre que le quería reparar la grieta que tenía en el parabrisas del Caddy. Ella ni siquiera la veía, pero el hombre la detectó y se ofreció para arreglársela. Alguien le quería podar los árboles y colgarle las luces de Navidad. La vida es demasiado corta para limpiar tú misma tu casa, le dijo una mujer en tono vehemente. El último en llegar fue el vendedor ambulante de pescado. Ella estaba en el jardín, todavía en albornoz, preguntándose qué estaría matando otra vez a los pájaros. Había dejado de darles de comer, confiando en que el problema se solucionara solo, pero no había sido así. Una camioneta achaparrada entró traqueteando por su entrada para coches.

—Oiga —dijo—. Esta casa ni siquiera es mía. Estoy de alquiler.

—Quiero venderle un pescado fresco majísimo. Para la cena. Únase a mi club por una pequeña tarifa y todas las semanas le traeré un pescado precioso a su cajón.

—¡A mi cajón! —exclamó ella, riendo.

—A su puerta, a su puerta, claro —dijo él en tono malhumorado. Tenía el pelo naranja y gafas de espejo.

—No, no, no. Nada de pescado. Me da usted lástima por tener que ir con el coche por ahí intentando ganarse un poco de dinero, pero no. Nada de pescado.

El hombre fue a toda prisa a la parte de atrás de la camioneta y levantó la portezuela.

—Mire, haga el favor de mirar y entonces decide.

Había algo de color blanco impoluto y con un morro largo en forma de aguja en un estante del que colgaban hilos gélidos de agua.

—¿Eso qué es? —preguntó Honey.

—No tiene ojos en la cabeza, ¿lo ve? Es auténtico.

—Auténtico —dijo Honey—. ¿Qué es?

—Un pescado de China. El *baiji*. Del río Yangtsé.

—¿Pero cómo ha llegado hasta aquí?

—Camión. Refrigeración. El último mamífero acuático de gran tamaño empujado a la extinción. Antes fue, hum, la foca monje del Caribe, en los años cincuenta.

Honey, vestida con su albornoz favorito, nunca se había sentido más vulnerable, y decidió allí mismo que iba a dejar de pasearse con aquella vieja y cómoda prenda por las mañanas.

—No sabría cómo prepararlo —dijo—. No soy muy buena

cocinera.

—Es como todo. Un poco de aceite. Cebollinos, si los tiene.

Honey vio reflejado su albornoz en las gafas del hombre, grotescamente cuadriculado y distorsionado. Como si fuera una mosca mirándose a sí misma.

—¿Y si le ofreciera este pescado entero por dos dólares?

—¿Por qué no le doy dos dólares y una Coca-Cola y se lo queda? —se apresuró a decir Honey.

El hombre se pasó las manos por el pelo naranja, considerando la oferta.

—¿Sabe? —dijo Honey—. Soy donante de sangre. Y esta mañana tengo precisamente una cita para donar sangre. Ya me tendría que haber marchado.

—Vale —dijo él—. Dos Coca-Colas y dos pavos.

Una vez en casa se cambió rápidamente y se puso falda larga, botas y varios jerséis. Tenía mucho frío. Sacó dos Coca-Colas de la nevera y un billete de diez dólares, y volvió a salir apresuradamente.

Él se había metido en la camioneta, estaba impaciente.

—Tenga —dijo—. Muchas gracias.

El hombre cogió las ofrendas y la miró con desprecio. Mientras aceleraba para alejarse iban cayendo chorros de agua de la plataforma de carga de la camioneta.

Honey condujo su enorme Cadillac gris hasta el punto móvil de donación, preguntándose si había cerrado la casa con llave. Ahora tenía más ganas que nunca de irse a vivir a otra parte. ¡Dios bendito, aquel pescado! Pero como decía siempre la gente: *¿Adónde vas a ir? Todos los lugares son iguales, a fin de cuentas...* ¿Por qué le había dado por alquilar una casa, a fin de cuentas? Era un espíritu libre. Cuando había visto aquella ballena en la playa toda rajada por borrachos y bromistas había pensado que su vida cambiaría, pero simplemente se había vuelto más terrenal y quizá todavía más susceptible a las situaciones horripilantes.

Se quedó sentada rumiando frente a un semáforo en rojo que había en un cruce gigantesco de calles. El semáforo cambió a verde y ella pisó el acelerador a fondo, iba muy retrasada, de hecho ya había pasado la... Un objeto se estrelló contra la portezuela del copiloto del Cadillac, embistiéndola modestamente de costado. El objeto, un coche deportivo con una matrícula personalizada que decía VETEOMUERE,

salió despedido por los aires, volando como un pañuelo de papel arrugado hasta estrellarse contra un poste telefónico de cemento, por el cual fue trepanado con eficiencia resplandeciente.

Honey fue llevada al hospital para someterla a observación, aunque su única herida aparente era una mordedura en el labio. Alguien le había robado el bolso mientras la ayudaban a entrar en la ambulancia, pero ya había destruido sus tarjetas de crédito hacía mucho tiempo. Nunca había sido capaz de gestionar las responsabilidades del crédito. El bolso no iba a servirle de nada a nadie.

El conductor del deportivo —manifiestamente muerto— era el renombrado promotor de inmuebles comerciales Eddie Emerald, que iba de camino a cerrar el acuerdo de venta de un refugio animal de relevancia internacional. Los elitistas, extremistas y antihumanistas que creían haber solucionado hacía años los aspectos amparadores de aquel refugio a cambio de un compromiso enorme y un precio elevado descubrieron que no lo habían conseguido en absoluto. Resultaba que había una coma donde no debería haberla. O bien faltaba una coma donde debería haberla. Los planes de uso de las propiedades en cuestión seguían sin fijarse, pero un hipermercado Supercuts había mostrado interés en una porción de la ubicación que abarcaba una extensión espectacular.

La comunidad ecologista se puso eufórica al enterarse de la muerte de Eddie. ¡Eddie Emerald ya no estaba! Al puto Eddie Emerald se lo había cargado una gordita con un Caddy. Honey se convirtió en una diosa para ellos.

En el hospital se tomó la decisión de mantenerla en observación; una semana o dos como mucho, le dijeron. Tenía algún problema de salud, pero los doctores no podían averiguar cuál. Era realmente corpulenta, pero no aparentaba para nada su edad, que les reveló a regañadientes. Siempre había tenido la piel muy joven, y el hecho de ser prácticamente gigante, como sabía todo el mundo, te daba un aspecto juvenil durante más tiempo. Si le pedías a alguien que intentara calcular su edad, siempre se equivocaba por lo menos por una década de diferencia, a menos que se olieran que había truco y dijeran una cifra que no era sincera.

Fue durante su estancia en el hospital cuando descubrió la célula del sótano; no una célula en el sentido de un cultivo de células en un

laboratorio, claro, sino un grupo de personas que se consideraban una célula. Nunca había más de una docena de ellos. Se sentaban en torno a una mesa toda raspada bajo las fuertes luces fluorescentes y escuchaban una voz agradable que salía de una grabadora de cintas magnéticas. No creían en la realidad de la forma en que la mayoría de la gente creía en ella; era lo más que Honey podía acercarse a definir aquello en lo que creían. Aunque *creer* no era la palabra adecuada. Cuando se terminaba la grabación, el líder —o ella pensaba que debía de ser el líder, aunque parecía discreto hasta el hartazgo— hacía unos cuantos comentarios en voz baja. A veces alguien formulaba alguna pregunta, en un intento de clarificar algo, suponía ella. *¿Esto es lo mismo que aquello?* O bien: *¿No creéis que deberíamos...?* La respuesta siempre era no. Nunca había vino ni galletas ni zumo. La hora nunca era conveniente. Aun así, las reuniones la emocionaban de una forma ansiosa, aunque casi nunca recordaba nada de las discusiones. Una vez se habló un rato de la Red. La Red atrapa a la persona dormida por medio de cuerdas, poleas y ganchos. La Red nos tiene completamente amarrados. La Red existe incluso en el Submundo y los muertos la contemplan con aflicción y aborrecimiento. Después abandonaron el tema de la Red. Alguien comentó en voz baja que una persona que no sienta horror de sí misma no se conoce para nada.

Luego la célula se trasladó a otra parte. La sala fue ocupada por las noches por un seminario de inversión. Nadie sabía adónde se había ido la célula ni con qué pretexto habían conseguido inicialmente la sala, porque había estado principalmente reservada para las clases de reanimación cardiopulmonar o de lactancia.

Honey se quedó desolada. Fue más o menos por la misma época cuando los grupos ecologistas dejaron de mandarle flores y notas de agradecimiento a su habitación porque la viuda de Eddie Emerald había procedido a pasar las apisonadoras sobre el refugio animal, pese a que su derecho legal de hacerlo era dudoso. El desbroce de los terrenos se llevó a cabo la misma mañana en que se enterró al peleón promotor inmobiliario, a modo de último tributo a su persona. Mientras los invitados al funeral disfrutaban de cócteles posinternamiento y de un aperitivo en el DoubleTree, se anunció entre vítores que se había alquilado el ciento por ciento de las tierras; los últimos afortunados inquilinos eran un In-N-Out-Burguer, un mercado de hortalizas orgánico y un servicio de limpieza para coches y

camiones. Puede que Eddie Emerald ya no estuviera con nosotros, pero por lo menos el reducto de vida salvaje tampoco estaba ya. Era posible que Honey incluso hubiera acelerado su muerte, se quejaban algunos activistas. El puto Eddie había sido el mal conocido y de vez en cuando hasta les había tirado un hueso. Y ahora ya no estaba.

De pronto al hospital le entraron las prisas por darle el alta. Lo que fuera que tenía Honey era inusual y mortal, pero los médicos ya habían averiguado con sus preguntas, sus pruebas y sus palpaciones todo lo que habían podido de ella sin hacerla pasar por el quirófano, una sugerencia que Honey confiaba en haber rechazado de forma elegante y amable. Era susceptible a la idea postulada por la célula perdida del sótano de que para renacer espiritualmente hace falta aniquilarse a uno mismo, pero no pensaba que se hubieran referido a entregarse a las manos curiosas de los cirujanos en aquel centro tan poco distinguido.

Las enfermeras se despidieron de ella y le dieron lo de costumbre: la cuña de plástico, las toallitas de baño, los calcetines con elástico reforzado, el tubo de loción hidratante y la revista de regalo.

—Puede que tardes un poco más de lo que esperabas en leerte estos artículos —le sugirió una enfermera—. Puede que tu capacidad de comprensión haya disminuido un poco.

Mientras esperaba a que una silla de ruedas la sacara del centro, leyó la historia de una niña de siete años a la que le habían caído catorce años en la trena por activismo medioambiental. Si le hubiera quedado algún diente de leche, no se le habrían aplicado los criterios para sentencias con agravante de terrorismo, pero no le quedaba ninguno. No se publicaba el nombre de la niña por su edad, pero el periodista aportaba el detalle de que no era más alta que una mesa, lo cual significaba que ni siquiera podía subirse a una atracción de feria sin un adulto. ¿Pero qué había hecho la pobre criatura? Honey no pudo extraer aquella información del artículo. «Castigar los crímenes cometidos en nombre del medio ambiente es nuestra prioridad absoluta», eran las palabras que se citaban del fiscal victorioso.

Aquel modo de expresarse le pareció extremadamente taimado, pero a Honey le daba miedo que la enfermera pudiera tener algo de razón. Quizá su capacidad de comprensión hubiera empezado a deteriorarse.

Le presentaron una factura y por fin le trajeron una silla de

ruedas. La sacaron hasta la acera sentada en ella. Debía al centro más de trescientos mil dólares, que obviamente no tenía medios para pagar. Le aseguraron que la perseguirían hasta el fin del mundo y más allá si era necesario para recaudar aquellos fondos.

Se quedó un rato largo delante de las puertas del hospital. Reinaba un silencio inquietante y el aire traía un olor acre e intenso. Nada le resultaba particularmente reconocible, nada parecía adecuarse a su naturaleza. Caminó unos metros y anocheció rápidamente. Luego volvió a ser de día y se encontró a sí misma refrescándose los pies hinchados en las aguas tibias de un lago de aspecto lastimoso. La porquería amarilla le hacía cosquillas en los tobillos. Pero resultaba agradable, de eso no había duda. Sus pobres pies la bendijeron por su entereza en plena situación insostenible. La gente del lugar donde estaba no era tan intrigante como los miembros de la célula, pero tampoco era tan distinta. No parecían estar en plena posesión de sus facultades, ¿pero quién lo estaba últimamente? A veces le daba por pensar que había muerto en su viejo Caddy y que aquello de ahora era la muerte. Pero si ese era el caso, entonces todo el mundo allí tendría que estar muerto también, lo cual era posible aunque poco probable, incluyendo a aquella chica nueva que había aparecido y que le resultaba tan familiar pero no lo era en realidad. Y si ese era el caso, ¿por qué había tan poca gente y por qué se les formulaban unas demandas tan fútiles teniendo en cuenta su estado de salud? El mundo parecía proceder como había procedido siempre, no se había terminado, a fin de cuentas, lo cual también era extraño.

En el pasado había estado tan desanimada una vez, *tan* desanimada, y hasta aquel lugar de ahora conseguía ponerla triste. Por ejemplo, la historia de la ballena, aquella historia que tanto había significado para ella, apenas había inmutado a la gente de allí, y eso que estaba segura de que no la había mencionado antes, lo cual habría resultado cansino, suponía.

Intentó acomodarse y disfrutar de la noche que la envolvía de manera no muy cómoda, aunque la prefería al día, que casi siempre tenía una textura gomosa e implacable. Aquel lugar quedaba fuera del perímetro de la muerte, se aseguró a sí misma. ¿O era *de los parámetros*?, se preguntó.

A la mañana siguiente salió a la luz que Foxy se había marchado pero Scarlett seguía en sus aposentos.

—Por favor, ve a convencerla —le suplicó Lola a Khristen—. Dile que Gordon le ha pedido un coche con chófer.

Scarlett no se alegró en absoluto de ver a Khristen.

—¡Las ambulancias no vienen hasta aquí, chica, parece que no sepas nada! ¡¿Pero a ti qué te pasa?! ¡¿Quién eres tú, a todo esto?!

Se quejó de un dolor, un dolor nuevo, en la parte baja...

—Es como que quiero cagar pero no puedo. ¿Qué es eso, piedras en el riñón? ¿O en la vesícula?

—Tienes el traje listo para irte. ¡Caramba, si lo llevas puesto! —exclamó Khristen—. Y me acaban de informar de que Gordon te ha conseguido un coche con chófer.

—No me cabe duda —dijo Scarlett en tono airado—. A esos dos les encanta conseguir coches con chófer.

Le habían dado ocho meses de vida y estaba llegando al final de aquel plazo. De entrada la había ilusionado bastante su rol en aquella empresa lunática.

—Tu misión puede cambiar el mundo —le dijo Khristen—. Insecticidas, pesticidas, herbicidas, no hay restricción alguna a su uso. Eso podría hacer que la gente se cuestionara...

—Es imposible detener a esos cabrones. Como mucho, me cargaría a un subordinado o dos. No tendría efecto alguno en el nivel corporativo. Tengo que decir que la reunión de anoche casi bastó para hacerme salir por la puerta.

—¿Qué ha pasado con Foxy?

—Quién sabe. Es un poco rara, ¿no crees? Lo único que quiere es arrepentirse, lo cual reduce bastante su potencial.

—Pues parecía bastante decidida.

—Oh, no es tan lista como cree. Pero los demás... no tienen más sentido común que un frisbi.

—¿Eso qué es?

—¿Un frisbi?

—Sí.

—Bueno, creo que empezó siendo una tapa de olla. Para las ollas de palomitas. Pero el concepto se volvió plástico. Hoy en día se hace volar por el aire. Pero no te vuelve a la mano, eso es otra cosa. —Miró a Khristen y emitió un eructo.

—¿Qué era lo que más te gustaba de estar aquí? —le preguntó Khristen—. Ya llevas aquí una buena temporada.

—Supongo que lo que más me gustaba era imaginarme a la gente que me conocía en los viejos tiempos, si es que siguen vivos, diciendo: «¡Caray, pero si no la conocíamos! ¡¿Quién se imaginaba que sería capaz de asesinar, y encima en nombre de la Tierra?!». —Scarlett se masajeó suavemente la barriga—. Eso me hacía sentir bien, pensar en eso.

—Bueno, pues ahora pueden decir esas cosas de verdad. Lola ha dicho que tenías muchos broches. ¿Quieres llevar puestos todos tus broches?

—¿En serio? —dijo Scarlett en tono de burla. Sí que tenía broches, suponía, pero prefería considerarlos medallas. Sería como un general, terriblemente atractiva, desfilando hacia la batalla con todas aquellas condecoraciones o como las llamaran en el pecho... Pero eso venía después. Durante la batalla en sí no los llevabas puestos. Habría sido de mal gusto—. No pienso hacerlo —anunció—. Quiero que me recuerden como a una persona respetable. No quiero hacer nada mal.

—¿Y no has pensado nunca que estamos aquí porque ya hicimos algo mal en el pasado?

—Pero qué exasperante eres. Quiero decirte una cosa. ¡Creo que tengo hambre! Llevaba una eternidad sin apetito y ahora quiero un sándwich de pepino. ¿Serías tan amable de traerme uno?

—¿Y qué pasa con la declaración que escribiste?

—Se la das al siguiente.

—Pero es que es tuya. Pusiste mucho esmero en ella.

—¿Quién es el siguiente de la fila? La podrá aprovechar. Creo que quizá uno de los problemas sea que el cuchillo de filetear es un arma demasiado íntima, y he visto a esos jóvenes en fotografías y no tienen nada excepcional. Vender veneno es su trabajo. Estoy segura de que no creen que sea algo merecedor de una puñalada en las costillas.

A Scarlett le había vuelto un poco de color a las viejas mejillas.

—Tienes pinta de que te hayan renovado el contrato de la vida —dijo Khristen.

—No creo que te lo renueven, más bien…

—No hay ningún contrato, es imaginario —dijo Khristen.

Scarlett la miró con frialdad.

—Lola dice que la existencia personal se desvanece a menos que

sea estabilizada y consolidada por medio de decisiones radicales y sostenidas —dijo Khristen.

—¡Ya sé que dice eso! ¡Cómo no lo voy a saber si siempre nos lo está machacando! Pero igual que la mayoría de las cosas que dice Lola, no se sostienen si lo examinas. La existencia personal abandona a las personas en cualquier caso. Lola solo está intentando agitar las cosas, ya sabes. Antes de este proyecto tenía aquí a la Asociación por una Muerte Digna, pero no le parecían lo bastante animados, claro. Tenía los mismos problemas con ellos. Cuando llegaba el momento, la gente se echaba atrás. Les podías ofrecer el oro y el moro, pero no los convencías, al menos normalmente. Lola adoptó el símbolo de la asociación, la cicuta, una idea del señor Derek Humphry basada en Sócrates, y se limitó a darle un pequeño giro, un giro muy desagradable. Es prácticamente una plagiadora... —Miró con recelo a Khristen—. ¿Llegaste a conocer a mi Fred?

Khristen dijo que no con la cabeza.

—Anoche tuve muchos sueños y él aparecía en todos. Yo estaba delante de una bonita casa antigua donde habíamos vivido Fred y yo, mirándola, una casa maravillosa, toda de maderas preciosas, con aquellas encantadoras puertas con cerrojo, la clase de techos que los arquitectos ateos llaman de catedral, cuatro chimeneas, tejado de tejas, jardines y huertos, cenador...

Seguramente la mujer estaba exagerando, pensó Khristen.

—... y allí estaba Fred, corriendo hacia la casa mientras yo lo miraba y le gritaba: «¡Ya no vivimos ahí, ya ni siquiera está, ahora es un hipermercado Walgreens!». Y él decía: «Eso ahora no me importa». Demolieron aquella casa tan preciosa, y eso que ni siquiera estaba en una esquina. Los Walgreens lo convierten todo en una esquina. Cientos de personas materializándose en los pasillos a todas horas, pisando con fuerza, comprando queso barato y baterías, metiendo el brazo en esas pulseras para tomar la presión sanguínea. No me digas que queda algo sagrado en alguna parte.

—No lo diré —dijo Khristen.

—Toda la noche viendo a Fred, Fred y más Fred. Me acuerdo de que, una semana antes del día en que murió, me dijo: «Quiero un ejemplar de la revista *El mundo de la navegación*», de modo que fui al quiosco y le compré un ejemplar de *El mundo de la navegación*. Y el día antes de morirse, me dijo: «Quiero una suscripción anual a la revista

El mundo de la navegación», aunque todo el mundo se daba cuenta de que no llegaría al martes siguiente, y le dije: «Fred, no seas niño. Sabes que una suscripción son doce números, que te llegan por separado a lo largo de un año, un año entero», le dije. Ahora siento remordimientos por esa reacción que tuve. No me habría muerto por comprarle al pobre hombre una suscripción, por hacer una llamada telefónica y comprarle una suscripción de buena fe solo para que me oyera comprarla.

—Deberías sentir remordimientos, sí —dijo Khristen.

—¿Me vas a traer ese sándwich de pepino o qué? —le exigió Scarlett—. Con muy poca mayonesa.

Expulsó aquella presencia exasperante de su mente y se alisó las mangas del traje. Tenía la piel de las manos como tela de crepé. ¿Cuál era su destino? Seguramente su destino no era convertirse en artífice de los asesinatos de unos representantes de pesticidas. No era ninguna anarquista, ¿y qué tenía eso de degradante? No era ninguna transgresora. ¿Romper lo que había que romper? Sí, quizá. Pero ella no era dada a romper cosas. Además, había cientos de jóvenes trabajando para empresas de pesticidas, y lo peor era que muchos tenían familias a su cargo. ¿Por qué no ponía Lola en su punto de mira a la gente que estaba en lo alto, a los que eran responsables de forma menos indirecta? Pues porque aborrecía la investigación, por eso mismo. No quería hacer la investigación necesaria para encontrar al individuo responsable de forma única. A su organización le iría bien renovarse. No era más que una miserable pequeña academia de suicidios.

Se imaginó a uno de los idiotas a quienes acababa de perdonar la vida. Llevaba anillo de boda. Esta noche volvería a su casa con su pequeña y espantosa familia —*ellos*—, en vez de quedarse tirado en un patio público junto a una fuente maloliente sin responder a los intentos de reanimación. Cuanto más pensaba en aquel tipo, más crecía su resentimiento. No quería ser responsable de haber preservado otro futuro. Si fuera aquella clase de persona, se habría quedado con la niña de la República Dominicana a la que habían adoptado Fred y ella, Natalie Ann. Vivió nueve años con ellos y no estaba mal, no era exactamente la alegría de la huerta, pero era buena niña en general, no daba problemas. Luego alcanzó la pubertad y empezó a masculinizarse, empezó a convertirse en un chico que no

podía ser un chico sin montones de inversiones financieras. A Scarlett le resultaba desconcertante. Ni siquiera podía salir de un cine sin que alguien le gritara desde la otra punta del aparcamiento: *Eh, negrata, ¿eres chico o chica?* No se sentía capaz de aquello. Fred y ella volvieron a la agencia y en la agencia les dijeron que aquello no era nada fuera de lo común, de hecho era excepcionalmente común, tenía algo que ver con la República Dominicana. *¿Es que nadie se lo comentó?*, les dijeron. *Va contra las reglas no comentarlo…* Fred no quería devolver a la chica, pero Scarlett le había dicho: *¡Natalie Ann va a acabar conmigo!* Fred no tenía demasiadas agallas, pero tampoco era un vago. Si lo conseguías motivar, siempre hacía lo necesario. Averiguó que los hombres de la República Dominicana acostumbraban a encontrar trabajo como limpiadores de tuberías y cosas parecidas, así que buscó una empresa de limpieza de tuberías y pidió cita. Los trabajadores aceptaron quedarse a la criatura para acogerla en sus familias a cambio de un Chevy Silverado con aparejo para remolque y solo sesenta y cinco mil kilómetros. Tras deshacerse de Natalie Ann tuvieron un hijo propio —algo muy extraño, porque habían creído que no podían—, y además varón, el que se ganaba la vida vendiendo su esperma, nada menos. Los años pasaron volando. Fred era actuario, o eso le parecía a Scarlett, y ella estuvo un tiempo dando clases de segundo de primaria, aunque solo de sustituta, siempre de sustituta. Había un juego al que jugaban: *Antes yo era… y ahora soy…* Cómo les encantaba aquel juego a aquellos pequeñines. *Antes yo era un lápiz de color, pero ahora soy las seis en punto de la noche.*

Ya no se acordaba de quién había sido ella.

Fred había querido que le pusieran *Hasta que nos volvamos a reunir* en su lápida.

Ella le había dicho: *Fred, nunca vas a dejar de torturarme. Vas a acabar conmigo, Fred.*

Al final, cuando eres viejo y no te puedes mover de la cama, solo quieres estar en silencio, pero Fred no había guardado silencio. Le habían tenido que dar morfina, de tanto que sufría. Y, en cuanto les dan la morfina, te llaman a ti.

Iba a tener que encender la luz pronto si quería ver algo. Otro día que se iba. ¿Qué estaba esperando?

El sándwich.

Aquella chica no se lo iba a traer. Se había olvidado por completo

del sándwich y de ella, y todo porque se había negado a apuñalar a un tipo indirectamente responsable de las muertes de miles de mariposas. ¿O eran millones? Lola necesitaba un contable. Carecía de precisión con las cifras. ¿Y habían sido realmente mariposas, o bien aquellos otros bichos? Crisá... Crisá... Los de los capullos. Los que se iban a dormir y se convertían en..., se iban a dormir y se convertían en... otra cosa.

Le faltaba algo aunque no se pudiera acordar de qué. Más les valía no desestimarla todavía.

Se puso a toquetear los controles de la luz. El día se había oscurecido un poco. Se suponía que la lámpara tenía tres niveles de potencia; llevaba una de esas bombillas pijas. Pero no se pueden poner bombillas pijas en un casquillo inferior; bueno, no exactamente inferior, pero que no sea el indicado.

A lo lejos saltaba en el cielo algo que parecían relámpagos. Khristen estaba recorriendo su circuito alrededor del lago. *Declarado.* La palabra le apareció en la mente como si hubiera aparecido en medio del camino. Como una enorme flor marchita. *Declarado*. Era una palabra que se usaba delante de *muerto* en el instante en que todo quedaba alterado. La apartó de en medio, apartó sus blandos pétalos. Varios senderos se ramificaban desde el camino fangoso que rodeaba a la Señora con su abrazo taciturno. Khristen cogió el que llevaba hasta el motel.

Jeffrey estaba sentado debajo de un toldo medio podrido, con traje y corbata.

—Llevas traje y corbata —señaló ella.

—Todavía no sabes cómo hablar conmigo, ¿verdad? —dijo él.

—¿Te marchas?

—Oh, ya te enterarás cuando me marche. —Miró más allá de ella, vestido con su orgulloso atuendo.

—¿Me lo dirás entonces?

—¡No tengo ni idea de cuándo me marcharé! —Señaló a su madre, tumbada boca abajo, vestida con bañador negro e impecablemente bronceada, con una nevera de camping roja y blanca al lado—. Depende de ella. Y ella no lo sabe. No sabe nada. Es por la bebida. Pero si dejara de beber esta misma noche, mañana no me

reconocería.

—¿A quién vería en vez de a ti?

—Ni idea. —Se quitó la corbata. Tenía remos pequeñitos dibujados—. Rey o emisario, conoces ese juego, ¿verdad? Es un juego infantil. ¿Quién querrías ser?

—La amiga del rey.

—Qué sincera eres —dijo él en tono lúgubre—. Pero, a diferencia de mucha gente, la sinceridad no me parece intolerable. Soy bastante tolerante aunque no lo parezca; puede parecer que no soy tolerante en absoluto, pero mi madre me ha puesto en situaciones muy incómodas y he tenido que sacarles el partido que he podido.

Se quitó la americana negra del traje y se sacó la camisa por la cabeza. Tenía la piel blanca como un diente de bebé y se lo veía bastante demacrado. En aquel lugar nadie parecía estar nutriéndose. Las máquinas de aperitivos que relucían en los huecos oscuros de las paredes estaban vacías y desenchufadas. Se volvió a poner la camisa por la cabeza, aunque al revés.

—Estamos de paso, simplemente de paso. ¿No es eso lo que dicen?

—Supongo que hay gente que lo dice.

—Aunque de momento tú no estás de paso en absoluto. Estás ahí, asociándote con esa gente alarmantemente mal informada, y yo estoy confinado aquí en la Unidad Uno. *Somormujo.* Todas las habitaciones llevan nombres de aves que vivieron aquí en el pasado; no en el motel, claro. Los somormujos son pájaros buceadores. Pequeñitos y humildes.

—¿Las habitaciones son distintas entre sí por dentro? —Se imaginó murales meticulosamente inscritos, suelos con trampantojos, dioramas distintivos, nidos con niveles distintos de compromiso y diseño.

—Sería lo normal, pero lo dudo. La decoración casi nunca es edificante. Aun así, la vida ya no me parece tan edificante como me parecía antaño. Se podría argumentar que tenía una idea engañosa de ella por culpa de mi juventud. Tenía a mi yayo y mi biblioteca jurídica. No me daba miedo el dentista, y... —Miró con alarma repentina la piscina vacía—. ¿Dónde está mi cisne? —Al cabo de un momento de examinarla, dijo—: En fin, ya no está.

—Quizá haya sido el viento —sugirió Khristen.

—Creo que te han contado que fui al dentista. Pues no es verdad

—dijo el niño.

Guardaron silencio. Khristen se acordó de la iglesia, del servicio religioso Taizé que se celebraba todos los meses en su escuela, en el que siempre que alguien se olvidaba de tañer la campanilla, probablemente de forma deliberada, a los demás les tocaba esperar y esperar de rodillas hasta que alguno de los niños más pequeños se echaba a llorar.

—Somormujo —dijo por fin Jeffrey—. Es solo un gesto.

—Sí —dijo ella—. Un gesto de alguien.

—El trabajo de verdad empezará cuando nos hayamos marchado de aquí. Incluso para ti. Mi madre dice que crees que ya moriste. Por eso le das tan mala espina.

—Me lo dijeron hace tiempo. De hecho, me lo dijo mi madre.

—Siempre quieren algo más de nosotros, ¿verdad? Nunca están satisfechos. Creen en el progreso a lo largo de las generaciones. En las supercapacidades y todo eso. En el aumento de la capacidad de comprensión. Yo nunca tendré descendencia. La estirpe se terminará conmigo.

No costaba creerlo.

—¿Has visto corredores cuando venías hacia aquí? ¿Gente corriendo?

—Ninguno —dijo Khristen.

—Porque has venido de una dirección distinta. ¡Nosotros vimos a muchísimos! ¡Y vallas publicitarias gigantes por todas partes! CORRE POR LOS BEBÉS. Las vallas publicitarias mostraban una mano enorme y dentro de la mano una criatura humana diminuta. CORRE POR LOS BEBÉS, kilómetro tras kilómetro, pero mi madre conducía a tanta velocidad que tardé un buen rato en darme cuenta de que la maratón se corría en una fecha distinta. Toda aquella gente estaba corriendo por otra razón. Y mi madre iba a toda pastilla entre ellos. Hasta es posible que atropellara a unos cuantos.

Se levantó un viento que registró el cielo en busca de algo con lo que interactuar, pero como no encontró nada, bajó en picado para remover el agua de la piscina.

—¿Sabes que las palomas pueden volar varios cientos de kilómetros al día?

—No lo sabía —dijo Khristen.

—Pero no solían hacerlo. Y ahora no lo hacen nunca.

Barbara se despertó en su tumbona y se incorporó hasta sentarse. Se los quedó mirando a los dos un momento sin decir nada y por fin dijo:

—Oh, Dios mío. —Se puso a hurgar en la nevera de camping—. Cielo —le dijo a Jeffrey—. ¿Me quieres traer una de esas jarras que hay en la nevera de dentro, una de esas jarras de litro? ¿Te has fijado en cuántas quedan?

—Cinco —dijo.

—¡Oh, Dios mío! No, olvídalo, cielo. No debería convertirte en mi Ganímedes. —Se puso de pie y entró en Somormujo—. ¡Dios, solo cinco!

—Ya no te ve —señaló Jeffrey—. No puede percibir los percances. Supongo que es mejor así. Disfruta de la angustia, pero no es buena para ella. Podría tener un derrame cerebral o algo así —dijo en tono pensativo—. Por supuesto, no soy médico. Pero tú tampoco eres doncella del hotel.

—Se sugirió —dijo Khristen, sobresaltada—. Pero...

—Aunque nos irían bien unas cuantas toallas... ¡Es broma! —graznó el chico, dando unos brincos completamente torpes—. Esta mañana me he sumergido en el derecho marítimo y siempre me pone un poco tonto después. Pero esa mujercilla horrible con su traje de Papá Noel..., se suponía que le tenías que llevar algo, un sándwich, creo.

—¡Ah, sí! Un sándwich de pepino. Me olvidé. Debe de estar...

—No te preocupes por eso. No habría sido posible suministrarle el sándwich.

—Quizá haya decidido marcharse de una vez, y lo único que quería de mí era que la dejara en paz. Ni siquiera sé dónde se guarda el pan —dijo Khristen en tono preocupado—. Habría sido incapaz de volver con un sándwich. Espero no haberle prometido que se lo llevaría.

El viento se alejó de la piscina y se puso a empujar un montoncito de desechos, igual que haría un perro con el hocico, calculando su valor.

—Es obvio que esta operación está perdiendo fuelle, lo desconcertante es que hayas llegado tú —musitó Jeffrey—. La otra noche pudimos oír vuestras voces, las voces se oyen de lejos. A mi madre le pareció la monda. Todo lo provinciano le parece hilarante.

—Fue una reunión —dijo Khristen—. Acababa de regresar alguien que se había marchado y a quien nadie esperaba de vuelta.

—Es más o menos lo que dedujimos de aquel farfullar. El que acaba de volver da bastante miedo.

—Nos habló del estado del mundo que conocimos. Ha habido muchas renovaciones, nos dijo; es decir, han sido renovadas muchas cosas que trajeron mucha destrucción.

—¡Oh, mira! —exclamó Jeffrey—. Un tablero de *backgammon*. —Dio un golpecito con el pie a algo que había enterrado en el suelo—. Pero solo hay la mitad.

—Los presentes creían que todavía había tiempo para que se sacrificaran por una causa mejor, pero al parecer ya no lo hay.

—El juego más antiguo de los anales de la historia —señaló Jeffrey. Miró a Khristen—. Me impresiona mucho ese uso de la palabra *renovación*. Excelente uso de la revisión judicial.

—Las palabras cada vez me resultan más traicioneras —admitió ella.

—No confíes nunca en ellas, dice mi yayo. Doblégalas a tu voluntad.

Khristen había llegado hasta aquí viajando por un mundo dividido, pero se acordaba de ver, en las lejanas montañas despojadas de verde, las máquinas y los cables que lo unían, minúsculas como juguetes y finas como cordeles, y también había visto a figuras temblorosas moviéndose allí con determinación incansable, como si su intención fuera levantar los picos muertos con el único propósito de volverlos a enterrar.

—Aparte de corredores, ¿qué más viste antes de llegar? —le preguntó a Jeffrey. Porque las visiones le producían la misma incertidumbre que las palabras que las acompañaban.

—Furgonetas de comida rápida y armamento. Mucho armamento. Mi yayo dice que es porque a los hogares con armas de fuego se les permite desgravarlo. Ahora ya nadie paga impuestos porque todo el mundo tiene armas. —Soltó una carcajada burlona—. No se han tomado medidas para prevenir las consecuencias.

Armamento y furgonetas de comida rápida. El trayecto hasta aquí había sido un poco difuso. Había muchos anuncios de tacos de lengua. Quizá se podían conseguir lenguas de ángeles si uno conocía a los contactos adecuados. Había más demanda de variedad que nunca.

—¿Serías capaz de decirme...? —empezó a preguntar ella.

—Soy un niño —dijo él en tono razonable—. Solo tengo diez años. —Se volvió a poner la chaqueta y la abotonó.

—Sí —dijo Khristen—. Estuve en tu fiesta de cumpleaños. La de la bolera.

Jeffrey estaba a punto de burlarse de ella y de replicar que su fiesta de cumpleaños, a la que Khristen había asistido, era verdad, ciertamente no se había celebrado en una bolera —seguramente ella lo debía de haber sospechado—, pero era tan fácil angustiarla que decidió no decírselo.

—Plenos y semiplenos —dijo el chico—. Un estruendo espantoso. Todo bastante absurdo.

—Me pregunto si sigue estando allí.

—¡Pues claro que ya no está allí! Y esos chimpancés lacrimógenos de Lola tampoco. A todos nos están vendiendo unas trolas espantosas. No estamos consumiendo nada más que mentiras.

Se le estaba empezando a pasar aquel espíritu juguetón que siempre sentía en los momentos posteriores a abandonar los rigores del derecho marítimo y estaba desesperado por volver a sus libros; las pesadas certidumbres del texto y el reticente e inefable mar.

Los dos se quedaron mirando la piscina, conscientes una vez más de la ausencia del cisne. Jeffrey estaba enfadado. Había sido una mole bamboleante y basculante de un plástico profundamente indestructible. Era imposible que hubiera desaparecido.

Tom pasó caminando junto a una pecera rota. Tenía una gruta cutre y descascarillada y un Neptuno caído —antiguamente considerado uno de los grandes dioses, gobernante de las profundidades, señor de las aguas tanto dulces como saladas— sentado a horcajadas en una lata mellada de bebida energética.

Aquel no era el dominio que Lola llamaba su oficina, sino un espacio parecido a un vestíbulo que había en la otra y antaño majestuosa estructura. El complejo hotelero había sido enorme y había tenido todos los servicios imaginables. En sus días de apogeo incluso se habían hecho planes para meterlo enterito en una burbuja de polímero, como se había hecho con las pistas de esquí de Dubái. Ahora tenía cierta atmósfera como de búnker, cierta aura de última

parada.

Tom se había pasado años trabajando con gérmenes. La tularemia, la fiebre Q, la brucelosis, el muermo, la peste... Pero nunca había tenido el talento natural de su padre. Su padre había sido uno de los primeros guerreros contra los gérmenes y uno de los mejores. Su equipo y él habían diseñado los agentes incapacitantes para realizar un asalto a Cuba. Debilitar durante unas horas e incapacitar durante unas semanas. La isla entera sucumbiría a un asalto biológico benigno que permitiría a las tropas con armamento convencional entrar sin víctimas. Era maravillosamente sutil. Quizá morirían unos cuantos centenares de cubanos, quizá un millar, pero serían aquellos que ya tenían problemas previos de salud. En términos estadísticos eran irrelevantes.

Su padre no había reaccionado con amargura al no llevarse a la práctica su plan.

—Te piden que soluciones un problema y lo solucionas y es entonces cuando empiezan las objeciones. Siempre pasa igual —le dijo —. No les dejes convencerte para trabajar en la defensa. Insiste siempre en el ataque. La defensa es más complicada y nunca te satisface igual. Se tarda diez meses en desarrollar un agente con capacidad armamentística y diez más en desarrollar una vacuna que proteja de él.

El proyecto al que Tom se dedicó se llamaba Eolo. Su mujer a menudo le hacía bromas con el Eolo *real*, que tenía seis hijos y seis hijas que vivían con él en una isla escarpada. Caroline también quería seis de cada. No iba a permitir que la ocupación de su marido le amargara el futuro. Pero no tuvo ningún bebé, fue el cáncer el que la nombró su fructífera anfitriona. Durante el largo declive de ella, su marido continuó trabajando. Viajó a Rusia para pasar allí periodos breves pero frecuentes de trabajo con investigadores locales. Pero estaba perdiendo nerviosamente toda profesionalidad. El olor a lejía, paja y agonía animal, los viveros rotos, los pesebres y las jaulas, los postes con argollas para atar animales en los lechos marinos muertos. Sus colegas le aseguraban que los descubrimientos más emocionantes todavía estaban por hacer. La reescritura del metabolismo humano estaba en plena infancia, la manipulación de los sistemas inmunitarios acababa de empezar. Era la pureza de las posibilidades lo que convertía en optimistas radiantes a todos aquellos colegas suyos que

trabajaban en diseñar bichos y gases. Se podían diseñar gérmenes no solo para matar, sino también para gestionar todos los procesos de la vida: la cognición, el desarrollo, la reproducción, todo. Si quedaba alguien por ahí que todavía creyera saber qué significaba ser humano, su mundo estaba a punto de cambiar.

En un momento dado se cambió el nombre del proyecto de Eolo a Renacimiento, pese a que Tom argumentó que los rusos ya habían hecho uso de la misma palabra, *Vozrozhdeniye*, para su empresa fallida. Una empleada nueva, a quien se atribuía un talento enorme como inductora en ratones de una condición conocida como «horror autotóxico», dijo que la puñetera palabra era casi impronunciable, y que los rusos se limitaban a fingir que significaba aquello. Y, a fin de cuentas, ¿qué prestigio podía tener ninguna de las consideraciones de los rusos? Las opiniones de la empleada se impusieron.

Después de la muerte de Caroline, Tom regresó a Rusia, donde desarrolló una grave adicción al vodka y empezó a pintar acuarelas —sorprendentemente fáciles de ejecutar— de las estepas envenenadas. Trabajaba con ántrax, jugaba al voleibol cuando no tenía demasiada resaca y trataba de recuperar el aplomo.

A veces iba al cementerio anexo a los viejos campos de pruebas con sus amigos rusos. Siempre estaban tan borrachos que iban dando tumbos y derramaban vodka sobre las tumbas de quienes se habían infectado accidentalmente con aquellos virus que estaban convirtiendo en armas. «A este de aquí —gritó uno de ellos para hacerse oír por encima del viento— lo enterraron con el cuaderno donde documentó el proceso de su fiebre hemorrágica. Parecían el géiser de Yellowstone, aquellas hemorragias suyas. Un héroe. Un hombre de verdad.» Debajo de la tierra removida del cementerio estaban los ataúdes con revestimiento de zinc. El viento chillaba y gemía. Una vez se dejaron abierta la portezuela del sedán en el que habían llegado y el viento la arrancó y se la llevó volando como si fuera una bandeja de cafetería por encima de la tierra cenicienta.

Cuando por fin volvió a Estados Unidos, le quitaron la autorización de acceso y lo despidieron.

Se pasó unos meses deambulando por la casa, bebiendo y viendo cómo las malas hierbas volvían a colonizar su jardín abandonado. En su opinión, las empresas de servicios estaban tardando muchísimo en cortarle la electricidad, el gas y el agua por impago, pero cuando se

los cortaron por fin, puso la caja de madera de jabí donde tenía las cenizas de su mujer sobre el asiento del pasajero de su Jaguar y se marchó. Después de varios centenares de kilómetros paró en un bar y le sorprendió enterarse de que era Nochevieja. «La noche de los aficionados», dijo el barman, mirándolo con desconfianza. En el rincón había una pantalla emitiendo dibujos animados de Bugs Bunny.

—Antes era una deidad —dijo la mujer del taburete contiguo al suyo, en voz bien alta y sin dirigirse a él—. Y mira lo que le han hecho ahora, le han quitado sus poderes.

Cuando emergió al cabo de unas horas bajo la mirada sombría de un cielo sin estrellas, se dio cuenta, aunque no de inmediato, de que le habían robado el Jaguar.

Tenía la peor resaca de su vida. Era cegadora, carecía de precedentes. Pero aun después de que se le pasara lentamente, tuvo la sensación de que su visión había quedado dañada y ya nunca más cumpliría con sus deberes con la fiabilidad de antes. Córnea, iris, pupila, lente, retina, nervio óptico. Por mucho que el conjunto del ojo funcionara a la perfección, veía cosas y no entendía qué eran.

Caroline había querido ver las flores del cactus orquídea, pero no florecía hasta finales de primavera. No era más que un palo insulso, pero cuando florecía se convertía en una visión etérea; en serio, cuando florecía, el placer que producía no tenía fin. Caroline lo había visto una vez y lo quería volver a ver, pero la primavera quedaba demasiado lejos, demasiado lejos para ella. Había ido a un vivero y había preguntado si se podía forzar la floración, y el empleado le había contestado que creía que no, pero que todavía estaba aprendiendo. Ni siquiera había llegado a cuidador de vivero, solo era un simple empleado. Y era del este, así que en realidad no tenía ni puta idea de la zona y de sus plantas. El otro día, sin ir más lejos, le habían dicho que las espinas se desarrollaban a partir de las hojas y todavía no sabía si creérselo o no, porque también le habían dicho que no se podía mirar un árbol y decir su nombre al mismo tiempo, así que sospechaba que todavía estaba siendo víctima de novatadas.

Tom nunca llegó a saber si el cactus orquídea que había comprado llegó a florecer alguna vez. Había años en que no florecían. A veces los palos se quedaban en simples palos.

Estaba claro que le habrían roto la caja de madera de jabí para abrirla. ¿Acaso el ladrón habría tenido la decencia de enterrar las

cenizas de la forma apropiada, o bien de deshacerse de ellas al viento con ceremoniosidad frente al inmenso mar?

Era poco probable.

Se dio un golpe brutal en la rodilla contra la pecera, por accidente, y salió cojeando bajo la mustia luz.

El complejo turístico tenía varias piscinas, ninguna de ellas en funcionamiento. Para su entrenamiento, Honey prefería la que estaba específicamente llena de basura: pinturas, muebles, botellas rotas. Las habitaciones habían estado llenas de cuadros, pero ahora los lienzos estaban hechos pedazos y entre ellos crujían y resplandecían cristales rotos de colores. Adoraba sus entrenamientos. Entrenarse y exclamar: «¡La protesta democráticamente aprobada está condenada! El asesinato legítimo no puede competir con el caos ilegítimo».

Le encantaba entregarse a los entrenamientos y a las exclamaciones tanto como le había encantado en el pasado donar sangre o bautizarse. Se había bautizado una docena de veces. Suponía que se había vuelto un poco compulsiva con aquel tema. Locales comerciales pentecostales, iglesias suburbanas, establecimientos de estuco blanco con campanario, cavernosos templos baptistas... En todos había sido bienvenida y recibida, en algunos casos con desesperación. Le gustaba todo —que le vertieran el agua encima, que la mojaran con la mano, que la frotaran o que la pusieran bajo el caño de fuentes plateadas o bajo humildes cuencos—, pero prefería los chapuzones en piscinas octogonales o la inmersión de cuerpo entero en masas «naturales» de agua. Su bautismo en un río, que había esperado con tantas ganas, resultó ser el último, sin embargo, cuando se descubrió simplemente incapaz de fingir que no veía el pedazo de moqueta color turquesa que le pasó flotando al lado, seguido de un enredo de matas, cuerdas y vasos de plástico e incluso una pata de cabra zarrapastrosa apuntando directamente al cielo.

Ahí va el diablo, comentó un chaval completamente empapado y de pelo rojo intenso, señalando la pezuña hendida, y pareció quedarse bastante satisfecho.

Después, aunque Honey no era ninguna maniática de la limpieza, intentó satisfacer sus necesidades sacras a base de donar sangre. Simplemente quería donar y donar. Pero entonces alguien le dijo que

en realidad no necesitaban toda la sangre que siempre estaban pidiendo y que siempre terminaban tirando la mitad, ya fuera por descuido o porque les caducaba. Todo tenía fecha de caducidad. Y *luego* alguien le dijo que la sangre casi siempre iba a parar a manos de los superricos, que dependían de las transfusiones diarias para mantener su agudeza mental, para intensificar su apetito sexual y para renovar una conducta inequívocamente implacable al servicio de ganar más dinero. Las transfusiones de sangre eran tremendamente rejuvenecedoras, y menos supersticiosas que ingerir polvo de cuerno de rinoceronte molido.

Honey se quedó muy trastornada por aquella información, pero aun así se le hizo difícil reducir sus donaciones. Tuvo que desengancharse lentamente de donar sangre. Era como un buceador que sorbe aire —o lo que sea que sorben los buceadores— durante su ascenso, mientras sube de ese elemento de privación antinatural, mientras sube lentamente a fin de evitar la enfermedad del buzo o el síndrome de descompresión, el ahogo y los mareos; a fin de evitar, en última instancia, la muerte sobre los tablones grasientos del barco bamboleante, que flota oscilándose en lo alto. Se sentía igual de mezquina que esa gente que acumula provisiones en su casa; estaba acumulando su propia sangre.

Por eso había empezado a hacer entrenamiento extremo. Ciertamente no era un entrenamiento para todo el mundo. En realidad, allí no había nadie que se entrenara como ella, pero Honey no se lo recriminaba a los demás. En una ocasión le había preguntado a Hector si alguna vez había donado sangre y él le había contestado que no podía porque su sangre era demasiado azul. A ella le había hecho muchísima gracia. Hector estaba loco pero era muy cortés. Nunca preguntaba por el túnel, a diferencia de la vieja y mezquina Scarlett. *Entonces, ¿qué? ¿Cojo el túnel?*, preguntaba siempre Scarlett, cuando era obvio que no había ningún túnel, Honey estaba bastante segura. Ella creía más en una especie de puente.

¡El puente aparecerá cuando lo atravieses!

Confiaba en no tener que pasar otra vez por el hospital. No solo por el hecho de deberles tanto dinero. También por las preguntas, Dios bendito, las cosas que le preguntaban.

¿Cuál es tu territorio favorito?

El mar, les había dicho ella.

Aaah, el mar. La belleza desgarradora del mundo perdurará cuando ya no le queden corazones que romper.

O quizá una pequeña playa resguardada junto al mar, se corrigió. *Como una cala.*

Queremos gestionar tu dolor. Pero no te podemos ayudar si no crees en nosotros.

¿En qué queréis que crea?, les había dicho ella.

En nosotros.

Oh, confiaba en no tener que pasar otra vez por aquel lugar.

Iba de un lado a otro entre la basura de la piscina, con unos movimientos a medio camino entre el taichí y un tango. Era capaz de pasarse horas enteras luchando contra aquella condición suya tan humana. Ya nunca se cortaba los pies con los cristales. Tenía los pies tan duros como cuernos.

Vio que Tom se acercaba muy despacio a una silla situada bajo una choza de techo hundido. Esperó a que se acomodara en la silla y le llamó la atención con voz amable:

—¡Muchas veces pienso que nací para esto! —Como no estaba segura de que él la hubiera entendido, añadió—: Para este lugar.

—Y es así, no hay duda —dijo Tom al cabo de un momento.

—Cómo me alegra saber que nuestras muertes van a contar para algo. —No había motivo para pensar que Gordon tuviera razón. ¿Por qué iba ella a renunciar a su felicidad por él?

—Sí —dijo Tom—. Es agradable.

—Es como darle a Dios algo que no tiene. Un don, un don verdadero.

—Si Dios no lo tiene ya, seguramente es porque no lo necesita —dijo Tom.

—¡Qué bueno! Tienes razón, no debería tomarme a mí misma tan en serio. Lo más extraño será morirme en medio de una multitud después de haber vivido tanto tiempo sola, responsable solo ante mí misma, y después ser responsable de tantas vidas, de despertarlas y extinguirlas al mismo tiempo. —Salió de la piscina y se colocó a su lado—. Morir no me produce horror alguno. Solo se le puede tener horror a la muerte en un mundo que te ha invitado a vivir.

—Sí —dijo Tom—. ¿Y dónde está esa invitación, hablando del tema? Me dijeron que me llegaría enseguida. —Fingió aflicción y confusión mientras se palmeaba el bolsillo de la camisa, buscando

algo.

—Ahora ya no querríamos que nos invitaran —dijo Honey en tono preocupado—. Pero imagínate cómo sería recibir una invitación de verdad, en papel de oficina del bueno, papel de oficina grueso y de color crema... *Está usted cordialmente invitado...*

—Una vez recibimos una, pero la perdimos —dijo Tom—. Lo que hemos estado esperando es el repuesto de la invitación.

—Igual que pasa con los pasaportes. Una vez me robaron el pasaporte, y cuando pedí otro, la foto que me hicieron no era yo para nada. Así que decidí que no lo quería.

Tom se tapó el ojo izquierdo y miró a lo lejos entrecerrando el otro, luego movió la mano para taparse el derecho. ¿Quizá había uno de los dos que no estaba tan enfermo? Sí, el izquierdo no estaba tan mal. Para ver el paraíso hacen falta ojos triangulares, dicen los rusos.

—¿Sabes adónde quería viajar yo? ¡A Rusia! Qué gracia, ¿verdad? Tú pasaste mucho tiempo allí, ¿no? Háblame de los rusos, son muy pasionales, ¿verdad? ¿De qué hablan?

—Del bien y del mal —le concedió Tom—. De la muerte y la madre.

—¡Sí, sí, lo sabía! —Honey lo examinó. Era un hombre bien parecido, de tez paliducha y con una arruga en un lado de la cabeza que producía la sensación de que lo habían operado allí y le habían sacado algo, aunque también era posible que la arruga no fuera más que una ilusión causada por un mal corte de pelo.

—Hiciste mucho daño allí en el ejercicio de tu profesión, ¿verdad? —dijo Honey—. El que yo hice fue en el ámbito no profesional. Simplemente ocupo espacio. Cada vez más espacio. Se podría alegar que tengo un corazón bondadoso, un corazón de oro, ¿pero y qué? Yo no era la clase de ser que requería la Tierra, y hasta te podría decir el momento exacto en que me di cuenta de que no era la clase de ser que requería la Tierra.

Tom se apartó las manos de la cara. Quería que ella le contara aquel momento, le interesaba la cuestión. No podía decirle cuál había sido el momento equivalente en su caso, porque él no le había prestado atención. Y en los días posteriores había hecho un gran esfuerzo para no hacerle caso. Y aquel esfuerzo se convirtió en su vida entera.

—¿Y cuál fue ese momento en que te diste cuenta? —preguntó

por fin.

Ella suspiró.

—Ya te lo he dicho. Te lo acabo de decir.

—¿Qué planes tienes ahora? —preguntó. ¿Acaso Honey también se lo había dicho ya? Le dio la sensación de que iba a haber algo familiar en lo que venía a continuación.

—Voy a destruir Phoenix.

—Ah, sí —dijo Tom—. Nunca la deberían haber llamado así. Ni tampoco haberla puesto donde la pusieron.

—Secuestraron una historia encantadora, ¿y para qué? Para ponerle el nombre a una metrópolis apestosa.

Él se mostró de acuerdo en que era un escándalo.

—Cuando la criatura llamada Fénix se da cuenta de que está envejeciendo, construye una pira funeraria de ramas y, girando siempre el cuerpo hacia el sol, se pone a batir las alas hasta inflamarse —explicó Honey con tono de ensoñación—. Y después resurge de sus cenizas. Al cabo de nueve días, creo. Al cabo de nueve días regresa como nuevo.

—Esa parte no está muy clara.

—A veces la criatura se construye su ataúd, se tumba en él y se muere sin más. Aun así, el resultado siempre es el mismo.

—Menuda jeta tuvieron de llamar a ese sitio Phoenix —repitió Tom, más o menos.

—Los Hohokum ya estaban allí antes, durante un siglo o más, pero desaparecieron misteriosamente. *Hohokum* significa gastado o desaparecido. Y es justamente eso lo que le va a pasar a la gente de Phoenix, ¿estás de acuerdo?

—Al ciento por ciento —dijo Tom—. La replicabilidad y la repetibilidad son hechos científicos.

—Me encanta cuando dicen que esas civilizaciones prehistóricas carentes de sofisticación «desaparecieron misteriosamente». ¿Por quién nos toman?

—Por tontos. Nos toman por tontos.

—Presumen de su agua robada. ¡Tienen fuentes allí, lo cual es un crimen!

—Fuentes, autopistas, la sede del gobierno, un plan ineficiente de tratamiento de aguas residuales, una población inmensa y engreída..., lo tienen todo.

—Van a creer que ha sido un acto de Dios, pero habrá sido un acto de Honey.

—No se lo esperan para nada.

—¡Qué amable de tu parte! ¿Sabes cuál es la definición legal de un acto de Dios? Es algo que no se habría esperado ninguna persona razonable.

—No lo había oído nunca.

—Me lo dijo un niño.

—Ya no quedan seres razonables, ni tampoco actos de Dios.

—Es un niño extraño. Solo lo vi una vez, pero creo que sigue aquí. Aunque no debería, este no es sitio para él.

—No es sitio para niños de ninguna clase.

—No habría que instruir a los niños en las artes del suicidio —musitó Honey—. Aunque, bien pensado, ¿por qué no? En un mundo ideal, debería ser una parte más de su educación. La mayoría de los libros de texto escolares..., no quiero ni pensarlo.

—Creo que me vuelvo a mi habitación —dijo Tom con cansancio.

—¿Quieres que te ayude?

—Me he convertido en un anciano con miedo a caerse —dijo él, con asombro.

—Si no tuviéramos nuestra base de operaciones en este lugar bendito, simplemente nos moriríamos como resultado de nuestras incapacidades. Me han comentado que Gordon va a repartir una especie de pergaminos pequeñitos a quienes hayan perdido capacidades. —Vaciló—. ¿Te ha dado uno?

—¿Pergaminos pequeñitos?

—Ha decidido echarnos de este lugar. Ha dicho, y creo que estaba citando a alguien, porque suena un poco anticuado, ha dicho: «De estos campos de arcilla somos arrendatarios a nuestro antojo, y sin límite de años. La condición de nuestra entrada es que acabemos partiendo». ¿Recuerdas que lo haya dicho?

—Hummm —dijo Tom.

—¿Te ha dado uno? —preguntó de nuevo Honey con voz vacilante. Se imaginaba un tipo de papel parecido al que hay dentro de las galletas de la suerte, aunque sin la encantadora galleta en sí.

—Todavía no.

—Tu intención original era muy heroica. Es una lástima.

—Demasiado ambiciosa. Requiere una persona joven para

ejecutarla.

—En fin, tenemos que vivir en el presente. Estar en cualquier parte que no sea el presente es pintarle ojos al caos.

—¡Dios bendito! —exclamó Tom.

Honey se sonrojó. ¡Qué desconsiderado había sido hacerle aquel comentario a alguien que estaba perdiendo la vista!

—Es una expresión muy rara que oí una vez —se apresuró a decir —. Me impactó, aunque nunca la he entendido.

Tom se rio y Honey se sintió feliz.

—Puedes marcharte conmigo antes de que Gordon te dé el pergamino pequeñito —le sugirió—. Pareceremos inofensivos por partida doble. Nunca esperan que la gente como nosotros se vuelva contra ellos. Es nuestra ventaja. No esperan que nos importe nada.

Tom no quería irse con Honey.

—La lista negra es larga —dijo—. Ya encontraré una alternativa.

—¡La lista negra es larguísima! Yo tenía muchas primeras opciones. Quería atacar a los parques acuáticos, pero su situación me puso tan triste que no podía pensar con claridad, mientras que con Phoenix me resulta fácil concentrarme.

Él se puso lentamente de pie.

—Ya se me ha acostumbrado un poco la vista. Puedo irme solo.

—Bueno, todos tenemos que irnos solos, pero ven, aprovéchate, que mañana ya no me tendrás aquí —dijo Honey, y le cogió la mano con la suya. Ella tenía la mano grande y blanda y sorprendentemente parecida a un guante de boxeo.

La sensación de revolución inminente es muy intensa —añadió—. La huelo en el aire.

Tom no la podía oler. Si se esforzaba, podía oler aquel lago espantoso. Depositado frente a su puerta, se sintió como un niño al que han acompañado a través de un cruce peligroso de calles; contra su voluntad, naturalmente.

—Es el mejor último día que podía imaginar —dijo Honey—. Sospechaba que lo pasaría sola, sintiéndome ansiosa, torpe, con miedo a no estar a la altura del desafío...

—Yo también me siento mejor —mintió él.

—Aunque me habría gustado ver otra vez a la chica esa, a la tal Khristen —dijo ella con sinceridad.

Tom se pasó la noche entera despierto.

Ver es olvidar el nombre de la cosa que ves.

Era lo que le había dicho el memo del empleado del vivero, recordando mal la cita, cuando Tom había ido allí en busca del cactus orquídea.

Ahora recordó contra su voluntad al sacerdote que su mujer había insistido en que la visitara, un sacerdote odioso y familiar, como había sido de esperar. Les había dicho: «El alma no puede ser poseída por la unión divina hasta que se haya despojado del amor a todas las cosas de la Creación». Y había atribuido esta idea a san Juan de la Cruz. La estaba apremiando a que soltara lastre, a que se deshiciera de todo, esa era la idea.

Después de marcharse el sacerdote, Caroline dijo con sus últimas energías:

—Eso no lo puedo hacer, Tom. Te quiero. Amo todo lo que hicimos juntos.

Él le había cogido las manos y se las había besado. La verdad era que Tom se había desprendido hacía mucho tiempo del amor, incluso del amor por su querida Caroline, y no había pasado nada; nada había cambiado. Nada. Hasta le había dado un poco de miedo.

Se levantó de la cama y abrió la puerta que daba a la noche. Hacía un calor asfixiante, dentro y fuera. Estaba en la planta baja. Fue hasta el borde de la franja de cemento combado y meó en el suelo de tierra. Las pocas gotas que le salieron no hicieron ningún ruido, pero una brisa juguetona le golpeó con su breve y acre hedor. Detrás de él, la puerta de su habitación estaba lúgubremente abierta, igual que la puerta contigua. Era la habitación de Grayson, el desarrapado corista, antaño tan desesperado por conversar. Había querido hablar de religión e intercambiar crucifijos, que era algo sacado directamente de Dostoievski, de Myshkin, el idiota virtuoso, tan bondadoso que los demás lo podían destruir sin esfuerzo. Tom se alegró de tener aquella conexión, aunque no poseyera crucifijos que intercambiar, solo cruces metafóricas.

Pero ya no parecía que Grayson residiera allí.

En la época de su llegada, todas las habitaciones habían estado ocupadas y no había parado de llegar gente. Eran una panda parlanchina y sediciosa, aquejados de una salud pésima pero provistos

de almas de kamikaze, un ejército de ancianos y enfermos, decididos a renovar, por medio de la violencia descabellada, una tierra saqueada. Seguramente era él quien tenía un mayor talento para sembrar el caos, puesto que el trabajo de su vida había sido eliminar a quienes eliminaban, o a quienes se percibía que eliminaban, pero esa había sido la forma antigua y fríamente racional de hacer las cosas.

Sus amigos rusos eran capaces de enternecerse hasta las lágrimas por los primeros brotes desnudos de la primavera, por el despliegue de las hojas tiernas, y después dirigir sus energías considerables a sembrar el caos y la enfermedad.

Qué mórbidamente felices habían sido. Si él se hubiera quedado allí, estaba claro que se habría terminado encontrando a la merced de los acontecimientos.

—Estamos *a la merced de los acontecimientos* —les habría dicho una noche con voz cazallera a sus afables socios, una expresión que siempre les arrancaba la carcajada. A esas alturas ya se habría envenenado a sí mismo con alcohol, o habría muerto de congelación.

Cómo les encantaban los gérmenes. Había que criarlos de forma responsable, como se hacía con los hijos. Protegerlos, impedirles que fueran demasiado precoces. Eran gérmenes con demasiados matices para matar. ¿Por qué matar cuando puedes descrear los fundamentos de la existencia? Se había enfrascado por completo en tontear de aquella manera, en criar «a sus bebés», los proyectos de gérmenes, los pequeños granujas.

Notó algo hacia el este que pugnaba por hacer acto de presencia, sin duda el amanecer de dedos cenicientos —un nuevo día, el día de la partida—, y se acordó de los pergaminos con las órdenes de Gordon. ¿Existían de verdad? Parecía todo un poco teatral, un poco como souvenirs de fiesta. Era posible que Honey hubiera oído mal o que hubiera malinterpretado algo oído de pasada. A fin de cuentas, le había pintado ojos al caos... Se preguntó si se habría marchado ya. ¿Tenía alguna idea de lo lejos que estaba Phoenix? Tendría suerte si conseguía recorrer un kilómetro con aquellos pies hinchados.

—Holaaa...

Tom tuvo un violento sobresalto. Al cabo de un instante se le aclaró la vista y allí estaba Gordon, cuan espantoso era.

—He oído que te estás quedando ciego —dijo Gordon en tono afable.

—Pues sí, yo... El deterioro durante los últimos días ha sido...

—Bastante dramático, imagino.

—Perdón por tardar en contártelo —dijo Tom.

—De aquello que no veo emerge un mundo sin fin.

Tom no dijo nada.

—No son más que impulsos eléctricos —dijo Gordon—. Bastones y conos que transforman la luz en ondas. Las ondas llevan los datos del nervio óptico al cerebro y con esos datos el cerebro forma imágenes. Por consiguiente, en realidad no vemos con los ojos sino con el cerebro. Es un simple tecnicismo.

—¿Quieres sentarte en alguna parte? —preguntó Tom. De pronto sentía que le temblaban las piernas.

—Claro. ¿En tu habitación? ¿Te importa si me siento en tu cama?

—No —dijo Tom.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—Tu cama.

—Ah —dijo Tom.

—Muy bien, pues —dijo Gordon—. O sea, ¿que este lugar ya no es de tu agrado? ¿Este lugar de preparación para una muerte significativa y capaz de aportar reparación?

El amanecer se estaba convirtiendo en día luminoso con prisa poco elegante. Hacía calor. Gordon llevaba abrigo, quizá para protegerse la piel. El abrigo tenía unos floridos estampados oscuros, era ridículo.

—Quería aportar reparación —admitió Tom.

—Por una vida mal vivida... ¿Te acuerdas de un grupo llamado Amigos de la Tierra, Tom? ¿ADT?

—Sí, intenté ponerme en contacto con ellos poco antes de llegar. Tenía un montón de información que se podía modificar para adaptarla a su estrategia. Pero habían pasado a la clandestinidad. No los pude encontrar.

—¿A la clandestinidad? —chilló Gordon—. ¡Los borraron! Una gente considerada, altruista, maravillosa, en suma. Los últimos defensores verdaderos. ADT, menudas siglas inquietantes para un grupo tan poco peligroso. A la clandestinidad. —Soltó una risilla—. Pero es verdad, no te estaban engañando.

—No lo sabía. Creía que seguían en activo pero no tan..., no tan

visibles.

—Después de la ADT ha quedado la terrible trinidad. Los relativistas, los supervivencialistas y los grupos de jóvenes mugrientos que creen que todavía pueden salvar la Tierra a base de moler algún humilde fruto seco o alubia para hacer harina de tortitas. ¿Alguna vez has probado una de sus tortitas proselitistas?

—Creo que no.

—Hacen fogatas para cocinar con zurullos. Pero incluso a esos pobres payasos se les niegan las autorizaciones. Y sin autorización no se les permite ni siquiera echarse a llorar.

—¿Quién emite las autorizaciones?

—El ministro de Energía. —Gordon soltó otra risilla—. El ministro de Energía es quien lo controla básicamente todo ahora. Qué lástima dan esos tontos que todavía quieren reciclar sus cepillos de dientes y plantar manzanos. Da completamente igual que apaguen las luces o las dejen siempre encendidas. Los han inmunizado para que no puedan derrocar el sistema con sus vacunas infantiles.

—Lo que necesito saber —dijo Tom—, o, mejor dicho, lo que agradecería saber es por qué has vuelto. Yo creía que no teníamos que volver nunca. Se suponía que teníamos que marcharnos y actuar, lanzar nuestros cuerpos maltrechos a las heridas de la Tierra y de paso llevarnos por delante a un par de cabrones.

—Estamos echando el cierre aquí, Tom. Habéis esperado demasiado. Si se os conceden unos momentos de percepción cuando os marchéis, descubriréis que los ancianos y los moribundos han vuelto a quedar reducidos a seres ridículamente gruñones, o conmovedoramente agradecidos, o predeciblemente dementes, o lastimeramente confusos.

—He oído decir que nos vas a dar un ultimátum.

Había un olor extraño, como a tierra intacta bajo un porche agradable.

—He hablado antes con Grayson. Un hombrecillo agradable. Antitriunfal. Pero tiene un hábito terrible de dejar las cosas para más adelante. Cuando por fin ha desenrollado lo que yo le acababa de dar, me ha dicho: «¿De quién es esta caligrafía?». Alguien le debe de haber hecho creer que esa pregunta irrelevante era una finta efectiva para esquivarme.

—¿Y qué era? ¿Lo ha aceptado?

—Oh, no ha tenido elección. Le ha tocado uno bueno. Los bancos de úteros.

—¿Eso qué es? —dijo Tom con cautela.

—Es justamente la siguiente pregunta que me ha hecho él. Pues están recolectando úteros de donantes con muerte cerebral para tenerlos disponibles de cara a hacer trasplantes uterinos. Los médicos de las clínicas de fertilidad quieren ofrecerles más oportunidades a sus pacientes. Su inspiración son esas mujeres que quieren la experiencia del embarazo aunque implique coger prestado el útero de una chica muerta. Otro ejemplo notable de civilización decadente, en declive irreversible. Con su ataque a una serie de instalaciones de almacenamiento de úteros, Grayson estará golpeando de refilón al menos un aspecto del futuro irresponsable.

—No parece...

—La suya ha sido una vida de soledad no creativa. ¿Quién sabe qué misión habría elegido él? Nunca ha estado claro. En cualquier caso, al cabo de un rato ha recobrado la compostura y se ha ido cantando villancicos a alguna parte. Y qué mala voz tiene.

A Tom le ardieron los ojos detrás de las gafas. Pero cuando levantó la mano para quitárselas, no las pudo encontrar.

—No habrás visto mis gafas, ¿verdad?

—Sí, están aquí.

Sintió los dedos de Gordon, que eran ásperos y húmedos, y se apartó instintivamente.

—Seguramente no te hacen falta, pero si te hacen sentir más cómodo...

—Tienes razón. No, no me hacen falta —dijo Tom.

—¿Alguna vez has reflexionado sobre cuál sería la estrategia de progreso de la Tierra, Tom?

—Me avergüenza admitir que no.

—¿Crees que la Tierra querría tratamiento aunque no hubiera cura? ¿Por mucho que el tratamiento solo le garantizara que su agonía iba a ser más prolongada? ¿O crees que solo pediría cuidados paliativos?

—Yo diría que casi sería mejor que la Tierra no nos confiara elaborar una estrategia —dijo Tom—. No debería confiarnos nada.

—La naturaleza es demasiado inocente, no puede competir con nuestros designios. Cualquiera que haya servido a su país tanto tiempo

como tú sabrá que es cierto.

—Hice lo que se pidió de mí —dijo Tom—. Y me negué a hacer nada más.

—Tienes un temperamento de lo más rebelde.

—Soy detestable, ojalá se me pudiera castigar.

—Pero no se te va a castigar —dijo Gordon en tono beato—. En realidad no.

—Ya no estoy seguro de saber qué es este lugar. Creía saberlo. Cuando lo averigüé, me dio la sensación de haber subido un escalafón, de que había adquirido un nuevo destino y de que haría un buen servicio, no bueno en sentido superficial, sino profundo, un bien incomprensible para las mentes condicionadas.

Gordon se rio.

—Es lo que creías estar haciendo antes. ¿Y ahora crees que te has imaginado este lugar? ¿Las posibilidades que te ofrece? ¿La segunda oportunidad? —Se metió la mano en el bolsillo del abrigo.

Tom comprendió que Gordon estaba a punto de entregarle lo que Honey había denominado un pergamino pequeñito. Sin duda no sería nada que hubiera escogido él, pero a fin de cuentas nunca había elegido bien ni sabiamente. Volvía a notar el mismo olor familiar pero extraño, deseable y peligroso. El tiempo estaba huyendo de él, Tom lo sentía. Aun así, le seguía quedando el tiempo suficiente para preguntarse cómo podía Gordon soportar aquel abrigo tan pesado, porque hacía calor, un calor atroz; de hecho, un nivel de calor que, en las estepas donde había pasado una parte tan grande de su vida, provocaba que los perros pastores enloquecieran y destrozaran a dentelladas a los corderos que debían proteger.

A Khristen el lugar no le pareció más decrépito que de costumbre, pero sí que se había cernido un silencio sobre todas las cosas. Era el viento, pensó. Había amainado el viento, y con él toda apariencia de movimiento, de vida. La reunión de la Labandería había emitido un toque de clausura y todo el mundo se había dispersado como si hubiera llegado un oscuro depredador.

Deambuló por la red en ruinas de las instalaciones del complejo. Se habían quemado alas enteras de muchos edificios, dejando montones colosales de madera calcinada. También el suelo eran

sombras calcinadas. Recordaba un fragmento de valla en el que se apoyaban los tallos de los girasoles, con sus corolas sin semillas y caídas, pero ya no podía encontrarlo. Las cosas en el complejo siempre estaban revelándose y escondiéndose. Tenía la sensación de estar haciendo un examen que no podía aprobar. Aun así, todo le resultaba familiar sin poder recordar por qué. ¿Era posible que aquel hubiera sido el escenario del congreso al que su madre había asistido con la esperanza de formar parte del pensamiento nuevo, con la esperanza de oír el mensaje efectivo? Solo hacía semanas, o meses como mucho, que Khristen se había marchado de la escuela, y su madre había desaparecido poco antes. Pero hacía años, quizá muchos años, que aquel lugar ya no se encontraba operativo; era posible que ya estuviera en ruinas antes incluso de que se colapsara la vida de fuera.

Intentó imaginarse a su madre allí, escuchando los discursos de las mentes brillantes. *La existencia diaria es una caída en la inautenticidad*. El pensamiento se le había ocurrido a alguna mente brillante, ya muerta, aunque los pensamientos y las palabras seguían vivos. La frase apareció sin ser convocada. A los muertos se los escucha con los ojos.

Pero allí no había existencia diaria. Y tampoco podía ser auténtica de ninguna manera. Si aquel era el lugar que su madre había intentado alcanzar a cambio de rechazarlo todo, debía de haber llegado justo antes de que todo quedara destruido, cuando las mentes brillantes todavía predicaban su mensaje de control y posesión, de adaptación y modificación. Y Khristen había llegado ahora para encontrárselo en ruinas, los pabellones de conciertos, las salas de conferencias, los gimnasios y las cámaras de meditación; la biblioteca sin techos, con sus libros gigantescos escorados en los anchos estantes, alabeados como si estuvieran hechos de plomo, las páginas selladas entre sí e irrecuperables.

Khristen nunca encontraría allí el recuerdo de su madre. Aquel lugar no permitía la recuperación ni el reconocimiento. Se marcharía del Instituto igual que había abandonado su situación en la escuela y también la situación previa, que había terminado la mañana después de la muerte de su padre, cuando había esperado —ya disipadas todas sus esperanzas en un hogar conocido— contemplando una pantalla en la que un pájaro, con meticulosidad fútil, le daba vueltas y más vueltas a un huevo en su nido de palitos. Se acordaba de que le habían

dado un vaso de agua mientras esperaba y se le había caído de la mano, y mientras el vaso caía ella también había caído en un momento dilatado; y al emerger de aquel momento, el vaso todavía no se había hecho trizas en el suelo con su exclamación adjunta de sorpresa y aflicción.

Es en esos momentos donde residen los muertos, para siempre.

Podría haberle sugerido aquello a su madre. Es así y no hay más. La muerte es el largo momento que hay fuera de ese destrozo que es la vida.

Pasó junto a los girasoles con sus rostros oscuros y apartados. ¡Allí estaban! Nunca se había conseguido orientar en aquellos terrenos arrasados. Estaba claro que habría sido una guía inadecuada si Lola le hubiera dado aquel trabajo. Pero solo se lo había sugerido una vez, y Khristen no había vuelto a ver la camioneta con la que había llegado, la vieja camioneta del profesor.

Se adentró en un pequeño claro desde el cual se vislumbraba el hotel. Apenas se había alejado de él. En el suelo centelleaba algo dorado. Era un escorpión. Se arrodilló para verlo mejor y vio seis más.

El lago quedaba detrás de ella. A Honey le parecía gracioso, o bueno, más bien horrible, que Lola lo llamara la Señora. Al principio había intentado hacer lo mismo que Lola: visitar la orilla al atardecer, cuando las arenas eran movedizas, en serio, casi lo eran, y decir: «¡Te quiero, Señora!», que a Honey le daba la sensación de que era un poco como dirigirse en tono ferviente a un cadáver, aunque nunca se le ocurriría decírselo a Lola. Casi podía creer que bajo sus aguas había algo, alguna deidad patrona, retirada de un mundo del que se había marchado todo lo sagrado. Su significación era contradictoria, eso estaba claro. Ahora, con la distancia, incluso podía percibir a la Señora como una enorme pila bautismal. Tenía lógica que, en aquellos tiempos espantosos, las aguas de la renovación fueran un poco extrañas, incluso abominables, y ciertamente nada tentadoras. ¡La inmersión tenía que ser temible; la iniciación, una dura prueba; y la ordenación, un siniestro despertar! La Señora era perfecta. Después de aquella reunión en la Labandería, todos deberían haberse adentrado juntos en sus aguas, con los brazos entrelazados, una cadena de gente cantando. ¡Oh, qué bonito habría sido! Era importante percibir la

verdadera naturaleza de las cosas. Aquel río inmundo de su otra vida le había estado diciendo una cosa y ella había estado oyendo otra completamente distinta. Honey no había entendido aquel río. Lo había negado.

Habría preferido quedarse en el Instituto, compartiendo esta idea con los demás, adentrándose en la Señora con alegría. ¿No era este el propósito de aquella presencia, un misterio en el que adentrarse y por el cual ser recibido?

No. Honey no sabía cuál era el propósito de la Señora. Ni siquiera parecían saberlo las nubes demacradas que habían acompañado al lago en sus vigilias nocturnas.

En cualquier caso, ya estaba fuera del Instituto. Lo había conseguido, no había vuelta atrás.

Estaba pasando por debajo de unas turbinas eólicas gigantescas. Las aspas enormes con anuncios de productos farmacéuticos estaban quietas. Seguramente todavía quedaban muchas turbinas, enclavadas en sus distintas ubicaciones. De otra forma, las farmacéuticas no estarían rentabilizando su patrocinio.

Cuando Honey tenía dieciséis años, una chica de la misma edad les dijo, al grupo entero de dieciseisañeras, que cuando un hombre y una mujer están fabricando un bebé, dependiendo de si el esperma entra un segundo antes o un segundo después, se concibe a una persona completamente distinta, con genes distintos. Los segundos, los minutos, las horas introducen en la persona que serás unos cambios de los que nunca tendrás conciencia, les dijo la chica; unos cambios que nunca podrás conocer de ninguna manera.

Lo único que podemos conocer es que estás chiflada. ¿Qué es eso de los genes? Eres una idiota.

Nadie se creyó nada de lo que decía la chica. Poco después bebió anticongelante en una fiesta de Halloween y se murió. Le había dicho a todo el mundo que se lo iba a beber, pero nadie la había creído. Honey siempre se había sentido un poco atraída por ella. Desearía haberla besado mientras todavía podía, en el pasado.

Las aspas de una de las turbinas se movieron una fracción y se detuvieron. Los fármacos anunciados en las aspas tenían nombres feos. Honey nunca había oído hablar de ellos; eran una nueva generación de fármacos.

La chica había agitado el líquido en la copa como si fuera una

experta en vinos y se lo había bebido.

Honey llevaba una eternidad sin acordarse de aquella chica, ni de su deseo de haberla besado mientras todavía podía.

Oh, se acordaba de cosas terribles. De cosas tristes. Pero ahora quería acordarse de las felices.

Una vez, después de que Honey donara sangre, una enfermera muy guapa le había dicho con total seriedad:

—No queremos que vayas en ascensores rápidos durante las próximas veinticuatro horas.

Y Honey le había contestado:

—No conozco ningún ascensor rápido.

Fueron días divertidos. Honey siempre miraba la sangre que le habían sacado, que había donado, se giraba en la camilla de goma donde te hacían tumbarte y la contemplaba. Era preciosa. Y no era una sustancia simple. Sus tres preciados componentes eran todos útiles, pero el plasma quizá fuera el mejor, porque servía de tratamiento para el shock. Y sabía que también hacía falta para los trasplantes de órganos. Estaban el concentrado de glóbulos rojos, el concentrado de plaquetas y el plasma. El concentrado de plaquetas iba bien para las hemorragias.

Siempre eran desconocidos los que recibían su sangre. Nunca elegía al destinatario de sus donaciones, a diferencia de otros. Había gente que tenía a un individuo en concreto en la mente. Luego había quien especificaba que fuera para bebés, solo para bebés. Aquella sangre iba en unas bolsas especiales, solo para uso pediátrico. Pero, para donarla a bebés, tu sangre tenía que ser del grupo 0.

El supuesto que sustentaba la donación de sangre era que los invisibles, aquellos desconocidos que la recibían, eran necesarios. Pero era un supuesto falso. No eran necesarios. Porque no había nadie necesario. Esta conciencia había marcado la evolución de Honey. Y, en cuanto evolucionabas, ya veías el mundo distinto y no había vuelta atrás.

Ahora ya no estaba segura de si la evolución se había producido antes de enterarse de que los famosos y poderosos compraban galones enteros de sangre solo para renovarse, o bien después. O quizá no había dejado de donar sangre por voluntad propia, sino porque se lo habían prohibido. Porque la habían puesto en una lista de gente prohibida.

Pese a todo, aquellos viejos tiempos habían sido muy agradables. Después de que le sacaran el medio litro, le daban dónuts, zumo de naranja, galletas saladas. De vez en cuando, entradas gratis para el cine. También le regalaban a veces camisetas a modo de agradecimiento. Le habían regalado algunas buenas, aunque ninguna mejor que la última, que había sido su favorita aun antes de saber que era la última.

LA VIDA ES IMPREDECIBLE. LA NECESIDAD DE SANGRE, NO.

Mostraba a un tipo despreocupado, tumbado en una colchoneta de playa en el océano. Cerca había una isla con una palmera. Debajo de la colchoneta, un tiburón de fauces abiertas.

LA VIDA ES IMPREDECIBLE. LA NECESIDAD DE SANGRE, NO.

Se dedicaba a murmurar esto mientras realizaba cansinamente sus tareas, pero pronto dejó de producirle placer. Si lo pensaba bien, era una idea imprecisa. ¿Cómo podía ser predecible la necesidad de sangre? Se podía imaginar perfectamente un mundo en que la necesidad de sangre fuera irrelevante. Una cosa era la sangre y otra distinta eran los métodos con que se administraba la sangre. Si interrumpías la cadena de reparto, ¿qué te quedaba? Pues bolsitas de plástico de un fluido rojo tembloroso que había que refrigerar y que tenía fecha de caducidad.

Ya había dejado atrás las turbinas eólicas y estaba atravesando una comunidad destartalada de casas sin tejado. La gente estaba sentada en sus porches, mirándola pasar. Honey se detuvo frente a un parterre de tierra revuelta, lo que quedaba de un jardín, y luchó para respirar. Tendría que haber pensado en aquello: no podía llegar muy lejos a pie, era como caminar sobre balones de fútbol. Su entrenamiento era inútil allí. Sus pobres pies, no se los podía ni ver.

Una figura se levantó lenta y pesadamente de una mecedora y blandió una escopeta en su dirección. Se suponía que era una figura humana. El viento se llevó sus palabras lejos de ella y luego se las arrojó de vuelta.

No me te acerques a los tomates.

En el risco, el viento estaba evitando las inhóspitas turbinas,

aquellas aspas de un blanco feroz que parecían garrotes. En vez de ir con ellas, volaba desbocado por el valle.

Que no me te acerques.

A los tomates.

Te digo.

Honey llevaba un poncho que se le pegó y le arañó la piel cuando levantó la mano a modo de saludo.

La gente del porche la estaba mirando sin disimulo. Había más gente que hacía un momento; estaban saliendo de detrás y de debajo de la casa, de la oscuridad umbría de allí. El edificio necesitaba reparaciones en todos los aspectos. Hasta la rastra que había pintada en la puerta necesitaba retoques. Quizá si les ofrecía su asistencia le darían una pizca de comida. Tenía que comer algo. Con un solo tomate le bastaría para reponer energías.

Se detuvo junto al pequeño huerto. La tierra era gris, y los frutos, pequeños y deformes. Estiró el brazo y se lo recorrió un dolor asombroso. Algo le acababa de cercenar el brazo y a continuación sintió que le desollaban los pechos enormes y se los desgarraban en forma de jirones, como se hace con los montones de sábanas viejas para reparar algo o ayudar a alguien en situaciones de emergencia.

Su vida entera. Fue como si no hubiera tenido lugar todavía, o bien ya hubiera pasado y hubiera sido olvidada y reemplazada por esto nada más.

Khristen quería hablar con Lola de los escorpiones. No parecía que aquel fuera su hábitat natural, aunque ya no había nada que diera la impresión de moverse por un hábitat natural.

Las grandes puertas del vestíbulo del hotel estaban abiertas, y hasta parecían haber sido parcialmente arrancadas de sus goznes. En el interior, Khristen distinguió a duras penas una silla en la que había sentado un anciano, con una anciana en su regazo como si fuera una niña.

—Hola, cielo —dijo Lola.

Se la veía espantosa, decrépita. Tenía las pocas hebras de cabello que le quedaban pegadas al cráneo.

—Jeffrey y su madre se han marchado. ¿Te pudiste despedir de ellos? Le dije que no debería conducir en su estado, pero no me hizo

ningún caso, claro. Eso sí, ha dejado su habitación impecable. Me ha sorprendido.

—Somormujo —dijo Khristen.

—¡Exacto! Me acuerdo bastante vagamente de ese pájaro. Nunca se reía, a diferencia de sus hermanos y hermanas, los colimbos. —Tosió un momento de forma violenta—. Nosotros también nos iremos pronto. No te puedes venir con nosotros, pero tampoco te puedes quedar aquí.

—Se podría quedar aquí —sugirió el anciano—. Podría estudiar humanidades. Abrir como pudiera esos libros y sepultarse viva en ellos.

—Gordon ladra pero no muerde —dijo Lola—. Fue él quien se dedicó a las humanidades durante años en uno de esos idílicos colegios secundarios privados con campanarios, capilla y pistas de tierra batida.

—Lo estábamos rememorando justo antes de que llegaras —dijo Gordon—. La verdad es que estoy en deuda contigo. Le diste fuerzas a Lola hasta que pude regresar yo. Quizá obtendrás una recompensa. Aunque es posible que no obtengas ninguna. Trae una silla.

—Estas dos sillas llevan en mi vida desde que era niña —dijo Lola—. Nunca me permitían sentarme en ellas, así que fingía que eran sillas eléctricas. ¡Cómo me fascinaban!

—Cuando nuestros grandes inventores empezaron a trastear con ese juguete para ejecuciones, antes probaron el voltaje con elefantes.

Era la primera vez que Khristen veía aquellas sillas. En el complejo todo estaba mal reparado o simplemente roto, pero aquellas dos estaban intactas.

—¿Te las has traído de tu infancia? —preguntó.

—Oh, no, cielo —dijo Lola.

—Siéntate, anda —dijo Gordon—. Son recias. Pueden aguantar el peso de dos o tres como tú. Como te decía, estábamos rememorando, hablando del pequeño concurso que se celebró mucho antes de que nacieras. Yo asistía a ese colegio prestigioso que ya hemos mencionado. A mis compañeros de clase y a mí nos preparaban para el éxito. Nos animaban a forjar distinciones absolutas entre el hombre, la naturaleza y lo sobrenatural. Habíamos dominado durante doscientos años, pero luego perdimos el concurso y al cabo de seis meses ya éramos irrelevantes.

—Todavía le duele. Pero, Gordon, tienes que admitir que lo que mandaste no era original.

—Éramos tradicionalistas.

—Cuéntale la historia a Khristen. La apreciará.

—Yo tenía quince años y estaba en aquella excelente institución. Lola solo tenía cinco e iba a un lejano jardín de infancia.

—Soy diez años más joven que Gordon y siempre lo seré —señaló Lola con satisfacción.

—El gobierno patrocinaba un concurso al que se invitaba a todas las escuelas a participar. El desafío era diseñar un símbolo para indicar depósitos de residuos nucleares, cementerios de armas, espacios estériles. Solo podían trabajar en el proyecto las nuevas generaciones. Era todo muy confidencial. Crear el ideograma perfecto implicaría un prestigio enorme. Ganar el concurso habría afianzado la reputación de nuestra escuela como la gran incubadora de líderes para el país durante doscientos años más. Estábamos tan confiados, tan completamente seguros de nuestra supremacía en prácticamente cualquier empresa, que creíamos que iba a ser pan comido crear una imagen que indicara que ciertos sectores enormes del planeta habían sido envenenados por la actividad humana para toda la eternidad y que nunca más había que acercarse a ellos. El mensaje de la imagen, tal como entendíamos las directrices, tenía que ser elíptico pero directo. El hecho de que su efecto inmediato en el espectador tenía que ser devastador pero sin aniquilar el espíritu humano, es decir, tenía que infundir miedo pero evitando provocar el pánico, también estaba al alcance de nuestros poderes patrióticos. Estábamos confiados porque aquella escuela, nuestra escuela, nos criaba para imponernos. Sabíamos que ganaríamos. Pero no ganamos. Perdimos.

—Se parecía mucho a una estrella de mar —dijo Lola. Se la veía diminuta sobre el regazo de Gordon, con su vestido descolorido. Él llevaba un exuberante abrigo que solo le dejaba al descubierto las manos llorosas y la cara. Cubierto de manchas, de escamas; un aspecto espantoso, como había señalado el corista.

Usando la uña de su dedo índice, Gordon lo dibujó sobre el polvo de la mesa.

—¡Una estrella de mar! —exclamó Khristen. Se acordaba de haberlas visto en un estante, momificadas, en compañía de conchas y fauces desecadas de peces.

—Esto fue lo que presentamos. Pero el concurso lo ganó una panda de niñatos que ni siquiera habían echado los dientes, una clase común y corriente de primaria, la de Lola. Ya entonces Lola estaba en el círculo de los ganadores.

—Pero ganar se convirtió en perder, Gordon, lo sabes bien —dijo Lola—. Después de más deliberaciones, al gobierno no le pareció que lo que presentamos se adecuara a sus intenciones y retiraron el premio. El Comité de Premios quedó desacreditado y empezó el acoso a nuestro grupo. Nos supervisaban constantemente. No se nos permitía compartir la merienda, se nos prohibía pintar. Nos quitaron nuestras bonitas serpientes y nuestra cotorra monje. Entraron al asalto y metieron las zarpas en su jaula y se la llevaron. Dijeron que no era nativa de la región. «Maravilla es un buen chico, Maravilla es un buen chico», no paraba de decir inútilmente. Se la llevaron a hacer cuarentena y a una muerte segura. Nos quemaron los pupitres y obligaron a marcharse a nuestra maestra. Le rescindieron el certificado. Huyó al Gran Desierto y soportó varios inviernos inclementes. Por entonces los inviernos ya estaban empezando a bramar con ferocidad. Al principio nos mantuvimos en contacto montaraz. «¿Por qué no te marchas?», le decíamos, lo cual quería decir que por qué no volvía. «¿Marcharme?», decía ella. «Pero si quedarme ya me cuesta horrores.»

Tanto Lola como Gordon soltaron risitas.

—Fue una visionaria, aquella querida monitora regordeta de patio, pero solo esa vez. La imagen de la anunciación se anunció ante ella y ella la compartió con nosotros. Dejamos de lado nuestros materiales habituales, los palitos de piruleta y los macarrones crudos, la purpurina, la harina y el glicerol, y nos aplicamos a la tarea de una

vida. Qué felices fuimos, qué hacendosos.

—Por lo menos no os mataron de hambre. En los viejos tiempos, si se hubiera revocado vuestra elección, vuestros oponentes políticos os habrían matado de hambre. A vosotros y a vuestros hijos. Y a vuestros nietos. También hijas y nietas, no hace falta decirlo. A muchos les gustaría que se volviera a instaurar esa costumbre.

—¿Me podéis decir cuál era el signo? —preguntó Khristen a Lola.

—El Tao que se puede nombrar no es el Tao verdadero. —Gordon soltó una risilla—. El Tao que se puede nombrar... Dios, me encantaría poder secarme las lágrimas de risa de los ojos. —Y, dirigiéndose a Khristen, dijo—: El símbolo con el que ganaron era digno de bebés. Era exactamente lo que te esperarías de una panda de niños adoctrinados de cualquier modo. Era un arca. Un arca cómicamente familiar.

—Pero el arca estaba vacía —dijo Lola—. Había una miríada de criaturas presentes, pero estaban debajo del barco, sosteniéndolo. El arca ya no los protegía a ellos, eran ellos quienes protegían el arca. Detrás de este elemento central había una tierra calcinada, y delante, una blancura calcárea.

—Esa fue la parte que malinterpretaron las autoridades —dijo Gordon—. Vieron lo que había delante como una pizarra en blanco donde el ingenio humano podía jugar, prosperar y producir. Una nueva frontera.

—Otros vieron la niebla calcárea como un foso sin fondo de ignorancia, apatía y reacciones inadecuadas.

—Cuando se observó esa disparidad de percepciones, hubo... preocupación —dijo Gordon.

—En muchos sentidos fuimos meticulosamente fieles al texto. El arca tenía tres cubiertas, tres niveles, y solo había una ventanilla y una puerta. Pero había ausencias que los intranquilizaron. Al arca le faltaba el mar. No habíamos dibujado las olitas.

—Las olitas —dijo Gordon con placer—. La falta de olitas despertó cada vez más los recelos de los encargados del premio. ¿Cómo podían unas manos y unos corazones tan inocentes ser tan ladinos, tan susceptibles al nihilismo?

—Al final —dijo Lola— se limitaron a coger aquellos elementos necróticos peligrosos y cada vez más abundantes y a recluirlos por medio de los artificios habituales: verjas, muros, campos eléctricos,

luces desagradables. Hasta utilizaron la imagen suministrada por Gordon y su grupo, porque se dieron cuenta de que había sido simplemente copiada de un jeroglífico egipcio. Aquello que parecía una estrella de mar significaba el reino de la muerte.

—Éramos arrogantes pero perezosos —admitió Gordon.

—El diseño de un signo de peligro permanente para el futuro, para los humanos del futuro, se aplazó, aunque se hizo hincapié en la intención original de primar la advertencia sobre la edificación. Se constituyó a un comité de especialistas para que estudiaran el desafío. Había dos antropólogos, un arqueólogo, un astrónomo, dos geólogos, un lingüista y un psicólogo cognitivo. Cuando uno moría, lo reemplazaban por otro miembro de la misma disciplina.

—Los humanos del futuro, menudo concepto irresponsable —dijo Gordon—. En fin, esos expertos ya no son necesarios. El viejo pensamiento ha sido reemplazado por el nuevo. Los fetos abortados están siendo adoptados por medio de coloridas ceremonias y los cementerios están siendo roturados para producir maíz.

—Nada que ver con las esperanzas que yo tenía —murmuró Lola.

—Ahora se teje el cabello de los muertos para producir prácticas cestas y bolsas de tela. No hay nada que no se utilice. Solo los animales siguen llorando la muerte de los suyos. Verlos lamentarse se está convirtiendo en una especie de deporte.

De pronto Khristen sintió que la silla se hundía bajo su peso. Al final resultaba que no era tan recia. Se levantó de golpe, pero cuando la miró vio que estaba igual, no se había roto.

—Has de tener más fe en ti misma, cielo —dijo Lola.

—«Dios busca de nuevo aquello que ya pasó» —dijo Gordon, con aliento sibilante, un hueco como un hoyuelo entre las palabras—. Es lo que le gusta decir a mi Lola y siempre estoy de acuerdo. Dios busca. ¿Pero acaso encuentra?

—¿Te han encontrado los escorpiones, cielo?

—Los he visto —dijo Khristen—. Te lo iba a decir.

—¿Pero dónde están?

—Fuera. Son muy dorados. Me ha parecido extraño.

—Tenían que viajar contigo, cielo.

—A Lola siempre le han gustado las deidades menores —dijo Gordon.

Lola suspiró.

—¿Te importa traernos agua, cielo? Estoy tan cansada que ya no quiero moverme.

Khristen fue al cuarto de baño anexo al vestíbulo. Se examinó los pliegues de la ropa, pero no contenían escorpiones. Caían gotas del caño del pequeño lavabo, pero girar el grifo no hacía que cayera nada más. No había ni tazas ni vasos. No había nada con que llevarles el agua, más que las manos.

Libro tercero

¿Por qué debería haber vuelto?
Mi conocimiento no habría encajado con el de ellos.
Encontré intacto el desierto de lo desconocido,
lo bastante grande para mis pies. Es mi hogar.
Siempre está fuera del alcance de ellos. El futuro
divide el presente con el eco de mi voz.
Ronco de satisfacción, nunca hice promesas.

«El cuervo de Noé»,
W. S. MERWIN

¿Le importa a Dios si vives o mueres?

[.....]

¿Pero eso no se basa en el presupuesto de que ama a los vivos más que a los muertos? ¿Y acaso eso no les resultará insoportable a quienes han creído en Él?

Su madre lo había bautizado Pedro Pablo. Los dos nombres le parecían igual de bonitos, no quería elegir. Su madre era tan... tan... desgraciada.

—¿Sabes cómo me van a llamar? —dijo él, en cuanto tuvo la edad suficiente para darse cuenta—. Me van a llamar Pepa, mamá.

—Hay grandes iglesias llamadas Pedro Pablo —dijo, tirando más ingredientes en uno de sus guisos espantosos. Usaba marihuana como si fuera perejil, como condimento—. ¿Por qué te iban a llamar Pepa?

—¿Alguna vez has oído la expresión «robar a Pedro para dárselo a Pablo», mamá, la has oído? —Se sentía anulado, un cero.

Menuda batalla había sido, vencer las burlas por su nombre. Había tenido que mostrarse siempre receloso, alerta y confiado. Pero tuvo que llegar el incidente, aquel incidente injusto y terrible con aquel bebé en aquella casa desafortunada, para que se detuvieran las burlas. Ahora nadie quería referirse a él para nada. La superstición lo había dejado sin nombre.

Ya no era católico. Había abandonado la Iglesia al morir su madre, aunque seguía viviendo en la misma casa donde había vivido toda su vida. Todos los trastos de su madre seguían allí, pero él los había metido en una habitación y había cerrado la puerta. Algún día encontraría tiempo para limpiar y organizar aquellos efectos personales de forma sabia y racional: los zapatos rotos, la colección de pulseras de plástico, los rosarios, así como las medias malolientes y los botes de golosinas. Todas las cosas de su madre estaban allí dentro. En cuanto a ella, estaba en un húmedo hipogeo a sotavento de Saint Margaret's, un emplazamiento con graves problemas de desagüe que la parroquia tenía abandonado y que él era reacio a visitar.

El mismo día en que la enterró, inició el proceso para cambiarse legalmente el nombre a Nolo. Si procedías por los canales adecuados, podías conseguir prácticamente lo que quisieras. Luego hizo los cursos de paramédico, para trabajar en servicios de emergencia. Le gustaba

reducir por la fuerza a los familiares o amigos que se ponían histéricos en el escenario del accidente, tratarlos como si fueran criminales, y es que prácticamente lo eran, porque estaban vivos, mientras que aquellos supuestos seres queridos por los que tanto estaban gritando iban camino de no estarlo.

No tenía ningún respeto por el hospital para el que trabajaba, el Mercy Hospital, ni tampoco por la policía, con la que a menudo tenía que formar equipo. *No llames a la policía, llama a tu madre*, decía la sabiduría popular, y respecto al Mercy: *Primero te matan y luego te mandan la factura*.

—Nolo. ¿Viene de *Nolo contendere*? —aventuró uno de los policías durante sus primeros días en el trabajo.

—Eso mismo.

—No está mal, colega. Buena actitud. Toda cautela es poca, ¿no?

Su madre había muerto de fallo cardiaco congestivo, se había ahogado en los fluidos de su propio cuerpo. No se había cuidado, había sido boba y tímida, adicta a la esperanza y los caramelos de jengibre. Él nunca había consumido golosinas ni tampoco alcohol, nunca había rezado ni había tenido tendencias melancólicas. Se limitaba a vivir: un futón, unos cuantos cuencos y unas botas que cuidaba mucho. Estaba en una forma física excelente, la rabia lo mantenía esbelto. Corría, a veces llevando una mochila con quince kilos de piedras en la espalda. Era un hombre solitario y furioso. La gente no se acercaba ni a él ni a la casa destartalada de su madre.

Un día estaba viendo un partido de hockey con uno de sus conocidos, Denver Erie Ford. La gente ya llevaba un tiempo poniendo a sus hijos nombres de ciudades peligrosas. Denver alegaba haber iniciado aquella tendencia, unos treinta años atrás.

—Seguramente fuiste concebido allí, en la ciudad de una milla de altura —dijo Nolo.

—No me cabe duda —coincidió Denver—, pero la idea se ha vuelto decadente, las cosas son cíclicas, y al final del ciclo llega la decadencia.

—Tiene pinta de ser verdad.

—Por ejemplo, fíjate en que ahora todos los jugadores escriben versículos de la Biblia en sus palos.

—Estos no.

—Estos dan pena —dijo Denver—. Pierden aceite. —Era operador

del teléfono de emergencias, pero le habían dicho que descansara, que se diera un respiro, que se tomara un fin de semana largo—. Ya no está a una milla de altura —musitó—. Ha encogido.

—Pensaba que te habían echado.

—No, no, no, para nada, no me han echado —protestó Denver—. Solo quieren que descanse un poco. Es un trabajo estresante. Alguien se sale de la carretera con el coche y se cae en el canal y el agua inmunda le llega a la mitad de las ventanillas y tú tienes que dedicarte a repetirle: «¿Cuáles son los últimos cruces de calles por los que recuerdas haber pasado?». Y tienes que hablar sin emoción alguna.

—Pero tengo entendido que tú sí incurriste en emociones, creo que le dijiste a una mujer que te llamó aterrorizada que «a veces el desastre puede conducir a la victoria suprema».

—Había estado leyendo a los grandes autores teatrales —dijo Denver—. Me refiero a los grandes de verdad. A los autores de tragedias. Y eso me afectó, colega.

—Todo el mundo ha oído la grabación. A la gente le encanta. La mujer está teniendo un ataque de nervios y vas y le dices: «A menudo la calamidad es necesaria para el renacimiento».

—Porque lo es, incluso para las mujeres, aunque tengo que admitir que los grandes autores teatrales no dan muchas oportunidades a las mujeres para ser heroínas. La cuestión sigue siendo que muchas veces el progreso espiritual depende del desastre físico. El héroe, cuando lo sobrevive, se lleva con él al futuro un mundo pasado para que lo recree una divinidad cuya naturaleza se ha transformado durante la lucha.

—¿Qué lucha?

—No estás escuchando. La lucha con las circunstancias que intentan aplastarlo. Llega el mensajero. En las grandes tragedias, los demás personajes ya han sucumbido al final.

—¿En el desenlace?

—Sí, en el desenlace. Aunque técnicamente no se llama así. El héroe afronta a los dioses solo.

—Creo que la mujer te va a demandar.

—En la tragedia, todo ha pasado ya antes de empezar. El mensajero aparece y relata las circunstancias de la muerte, cuya violencia casi nunca se representa sobre el escenario. Esto es en sí mismo un rechazo de las oportunidades, de las oportunidades

teatrales. El mensajero no es nadie pero tiene todas las cartas en la mano, colega. —Denver miró la refriega que estaba teniendo lugar en tiempo real sobre el hielo—. A veces me entran ganas de romper esta pantalla a patadas.

—Cambia de canal.

Denver pasó una docena de canales, se detuvo y volvió atrás.

—Si hago esto, podría morir.

—¿Cómo?

—Esta película antigua. Es buenísima, es la película en que el tipo dice: «Si hago esto, podría morir», y el otro le contesta: «Podrías morir cuando paseas al perro». Me encanta. ¿Eso que suena es tu busca?

Otra acción cometida por ancianos en nombre de... Dios sabía en nombre de qué. El poco respeto que la mayoría de los suyos habían acumulado a base de ser discreta y tediosamente viejos se lo estaban cargando aquellos chiflados. Aquella gente no tenía fibra moral, en opinión de Nolo. Eran una desgracia.

—Tú eres el mensajero —le dijo Denver levantando la voz cuando ya se estaba marchando—. Sé el mensajero.

Había el caos de costumbre. Llamas, humo, un aroma amargo en el aire, un boquete reblandecido y fétido.

—¿Qué fabrican en este edificio, a todo esto?

—¿Toallitas para bebés? ¿Cuencos para ensaladas? No lo sé. Algún puñetero interruptor para hacer algo.

—Ha venido mucha policía.

—No nos quieren decir nada. Solo que no se conocen más víctimas aparte de los dos chiflados.

La anciana estaba tirada al lado del anciano, lo cual permitió a Nolo dirigirse a ambos con facilidad cuando se agachó:

—Eh, abuela —le dijo a ella—. ¿Eres seguidora de Mahoma? — No hubo respuesta, así que la zarandeó—. «Escuchad las palabras de Mahoma: he ido a las puertas del infierno y estaba lleno de mujeres. He ido a las puertas del cielo y estaba lleno de hombres.» —La volvió a zarandear—. Ya te has muerto, pero escucha, escúchame. Sé que todavía puedes oírme, funciona así, se han hecho estudios. Las únicas mujeres a las que Mahoma acepta en el cielo son las que murieron en el parto. Deberías haberlo tenido en cuenta. Te perdiste tu gran oportunidad.

»Eh, abuelo —dijo, dirigiéndose ahora al hombre—. ¿Cómo te va?

Con gesto majestuoso e innecesario, hizo una raja para abrirle al viejo el abrigo, que era blando como el pecho de un pájaro.

—Lo podrías haber desabotonado, ¿no? —dijo el anciano.

—No, no, esto demuestra nuestra convicción de que cada segundo es importante, de que estamos haciendo todo lo que podemos. Aunque era un abrigo bonito. Ahora nadie lo va a querer llevar. ¿Tu camisa es roja, abuelo, o esto es sangre?

—Es sangre, creo.

—No sé mucho de medicina, no tengo la paciencia necesaria, pero alguien me dijo una vez una cosa que se me quedó en la cabeza. *Las células cancerosas son reproductivas pero no productivas*. Y otra cosa que creo que me gusta todavía más. *Las células cancerosas son todas muerte postergada y nacimiento incontrolado.*

—Yo no tengo cáncer.

—¿No? Pues tienes mucha suerte. Pero no verás salir la luna, abuelo. Tienes la cavidad pectoral hecha una mierda. ¿Por qué os habéis volado por los aires, tú y la bruja de tu amiga? ¿Qué creíais que estaban fabricando en este edificio que tan mal os parecía? Porque a mí me han dicho que eran cuencos de ensalada. No sois ambiciosos. Los viejos nunca son ambiciosos. Siempre pensáis en cuencos y desayunos, ¿no? No, cuencos y desayunos no. *Tazas de retrete* y desayunos. Déjame que te haga una pregunta ahora que te tengo aquí. ¿Se supone que la mierda sana flota o se hunde? Nunca me acuerdo de cuál de las dos cosas es la buena. La mejor.

Sin dejar de parlotear, se arrodilló junto al anciano agonizante y le metió un dedo sin cuidado alguno en el pecho. Por el cielo discurrían unas nubes enormes de color marrón y se oyó el ruido familiar de los truenos, aunque sin traer lluvia.

—¿Y qué te pasa en la piel? Esta clase de putrefacción no es solo el resultado de lo de esta noche. Has estado usando el hidratante que no debías. Me da la impresión de que te has estado untando con disolvente de pintura en vez de con manteca de cacao. —Seguía a su lado, pidiendo a gritos de vez en cuando *un poco de ayuda, joder*, a sabiendas de que ya no había intervención médica que pudiera cambiar la situación.

A nadie le importaban aquellos ancianos deprimidos y

engañados, los dos ya muertos. Su situación no era trágica. No eran civilizados, ya ni siquiera eran humanos. La civilización era importante. Él estaba completamente a favor de ella. Los ataques terroristas a fábricas e instituciones, por muy dañinos que fueran sus productos y convicciones, socavaban el tejido mismo de la civilización.

Del bolsillo del muerto sacó un rollito de papel atado incomprensiblemente con hilo.

Cuando regresé de la antesala, el agua que Lola quería ya se me había escurrido entre los dedos y tanto Gordon como ella habían desaparecido. Me quedé allí un rato, pero el viento parecía furioso por no tener a nadie a quien dirigirse más que a mí y terminó por expulsarme.

El mundo de fuera del Instituto en ruinas no me resultó inmediatamente extraño, pero todo lo que me habían dicho apenas me había preparado para el primer día sin mis ancianos, mis familiares. Tenían muchos defectos y sus esfuerzos eran fútiles, pero vivir con ellos mientras pasaba el Apocalipsis, limpiando el mundo de dolor y de amor, era lo que me había sido dado conocer. Habían confiado en despertar al resto de la gente, pero quizá no fuera nuestro destino que nos despertaran. Quizá solo sea el largo instante de la muerte lo que nos despierta de nuestro letargo.

Hacía un día luminoso, de una intensidad tórrida. Lo cataclísmico había sido absorbido. A mi alrededor pasaban multitudes enteras, ansiosas por habitar un mundo que cumpliera unos mínimos, donde el vacío no se percibiera como vacío. Las criaturas compañeras de la infancia, que ya entonces solo se vislumbraban en zoos y acuarios, no habían existido a efectos prácticos en mayor medida que los grifos y los dragones que imaginó la gente de la Antigüedad.

Pasé frente a un teatro, abandonado detrás de una alambrada, con hiedras muertas enredadas en el alambre. El teatro se había llamado, y todavía se llamaba, LA HORA, con letras luminosas como el hueso. Todo el mundo tenía un teatro así, en el que la vida transcurría de forma desconcertante, pero aquel había sido el mío, y ahora me estaba vedado, aquella vida me estaba vedada.

Más allá de La Hora había un parque, o una plaza pública, con un

solo árbol, tan enorme y anciano que me pareció que se había olvidado de morirse, como aquel árbol de mi infancia que creía poder vivir eternamente y por esa razón había inspirado la cólera de la gente. Oía el ruido lejano del mar de mi infancia, el ruido de sus olas lamiendo las rocas mientras buscaba una orilla que no era su hogar, buscando la orilla y encontrándola y marchándose de ella, una y otra vez. Mi infancia..., un vacío de oscuridad y voces sin palabras, y un corazón, el mío, que parecía embridado, impulsado hacia delante.

Me acerqué al árbol y vi una figura trabajando en él con gran concentración. Empuñaba una lima. Ya había roto un trozo de la corteza áspera y llena de surcos.

—Los civiles no pueden usar herramientas eléctricas —me informó con naturalidad—. Hacen demasiado ruido. Hay ordenanzas que las prohíben.

No podía oírme a mí misma discutir con él, pero sí que oía sus respuestas.

—No me corresponde a mí contestar el porqué. No le corresponde a nadie.

Siguió hurgando y raspando con su pequeña lima, un vándalo operando en capacidad semiprofesional.

—Somos pioneros —dijo—. Y los pioneros no pueden ser convencionales. —Levantó la vista para mirar las ramas oscuras, que tapaban el cielo mismo—. Esto —dijo— es muy convencional.

Me arrodillé y recogí con la mano los trozos de corteza arrugada. Quemaba al tacto, abrasaba, y la dejé caer. Me había quedado la palma enrojecida. Al cabo de unos momentos ya no podía doblar los dedos ni cerrar el puño. Pero ya no dolía.

—No, no —dijo—. No hagas eso ahora. No sabes nada, ¿verdad que no? Esta es una gran misión, y no le gusta darse cuenta de que es una misión, no le gustamos *nosotros*. No te chupes esa mano o te pondrás enferma. Los árboles transmiten enfermedades, y cada vez son peores. Cuentan que hay muchos que están cayendo encima de la gente y aplastándola. No eran tan agresivos cuando había más. No son como nosotros, los chicos y las chicas. Nosotros no nos volvemos más amables cuantos más somos. Hemos excedido la capacidad de la Tierra y eso es maravilloso. Demuestra que podemos hacer lo que queramos.

Cogí los trozos de corteza y me los volví a poner en la mano. Ya no quemaban.

—¿Crees que los vas a domesticar o algo así? No importa. Domesticado o salvaje, este árbol va a caer. Tu empatía es obsoleta. La batalla ha terminado, hemos vencido al mundo. Casi todo lo que no somos nosotros o ha sido construido por nosotros ya ha desaparecido. Ahora somos libres de crear nuestra nueva inocencia. —Hizo una finta hacia el árbol con la lima, le dio una puñalada y se volvió a guardar la lima en el bolsillo—. ¿De dónde has salido? Si vienes de lejos, te conviene ir primero a los juzgados. Regístrate a modo de cortesía. Bueno, no es exactamente una cortesía, es más bien un requisito. Es mi opinión, en todo caso, teniendo en cuenta que vienes de lejos. Aunque otra gente también va a registrarse. Tengo que decirte que no cuentan con mi simpatía. Creo que tienen miedo.

—¿Dónde están los juzgados? —dije. Por supuesto, me estaba acordando de Jeffrey y sus juegos solemnes.

—Pues justo ahí. Ahí delante. No tiene pérdida. Hay quien dice que dentro hay un juez, un chavalín, que es con quien hay que tratar, dicen. Mi opinión es que no es juez de verdad, simplemente hace las funciones de juez. En cualquier caso, no tiene derecho a juzgar a los pioneros. —Me miró con impaciencia—. Te informo: esta zona está siendo deforestada, esta noche, mañana, en cualquier momento. No te puedes quedar aquí.

—Ya te he oído —le dije.

Asintió con la cabeza.

—Ya lo he oído antes —dije.

Me miró con el ceño fruncido y se alejó.

Jeffrey era ciertamente juez, no había visto frustradas sus aspiraciones y tenía básicamente el mismo aspecto que a los diez años. Su figura flaca e incluso frágil se perdía en la toga que llevaba puesta.

Habitualmente presentaba dos imágenes casi idénticas ampliadas sobre una pantalla en su sala de los juzgados y les decía a los amedrentados acusados:

—¿Qué diferencias hay aquí? Hay cuatro. ¿Las puede encontrar?

La imagen mostraba a un hombre y una mujer mirando un barco apoyado en su calzo de la atarazana. De fondo se veía un mar. Algunos de los barcos estaban cubiertos con lonas y había una nube en el cielo.

—Si pudiera usted encontrar las cuatro diferencias, sabría qué está pensando esa pareja —les sugería Jeffrey.

Los acusados se ponían nerviosos. ¡Cuatro! No había cuatro diferencias. Algunos de los árboles tenían brotes y otros no, pero pasaba lo mismo en las dos imágenes. En la tierra de los muertos había muchos calzos, cierto. Pero todo aquello no les incumbía. Ni siquiera eran reales de la misma forma en que lo eran ellos...

Pero a mí me dijo:

—El tuyo es un caso interesante. Prescindiré de mis preguntas habituales.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —le pregunté—. Habías pescado aquel pececito.

—Con un trozo de uña. Me había arrancado un trocito de uña del dedo y la había puesto en el anzuelo —dijo—. No hablemos de aquel pez.

—El alma habita en todas las cosas como un pez en el mar, como el mar en un pez —sugerí.

—Me temo que ya no es el caso —me dijo—. Te voy a dar un pequeño texto para que lo leas y luego procederemos a hablar de él. Es la historia del cazador Graco, escrita por Franz Kafka. Cuando Graco se cae de un precipicio mientras persigue a su presa, se desangra y muere, sufre el percance de no morir realmente. Su barca funeraria se pierde.

Me dio unas páginas y cerró los ojos. Noté lo mucho que Jeffrey amaba aquella sala, su toga, la elegante jarra de agua que tenía a mano, el cactus en su maceta, el estrado vacío del jurado...

Leí el texto con atención.

—Hay muchas partes que parecen innecesarias.

—Sí, tarda un poco en arrancar, ¿verdad? Las hordas de niños, las palomas, las vísceras y las mondas de fruta por el suelo, el gentío que deambula por el muelle, lo mal diseñada que está la casa amarillenta de dos plantas...

—¿Y no es innecesario también que esté en una gran escalinata, una escalinata infinitamente ancha y espaciosa que une dos mundos, y al mismo tiempo esté en un barco, un arca, navegando por aguas terrenales que van a puertos terrenales? —sugerí.

—Una barca —dijo Jeffrey—. Va a bordo de una barca.

—Una barca, eso.

—Una barca necesita del viento, el arca no necesariamente. ¿Y qué es una gamuza? —preguntó el chico en tono risueño, porque le había venido a la cabeza que sabía que la gamuza era algo que su abuelo usaba en la época en que lavaba y enceraba su enorme coche negro, una máquina orgullosa y potente, como su abuelo mismo.

—Un pequeño antílope europeo parecido a la cabra.

—Tienes que olvidar esas respuestas —dijo él—. Te estaba tomando el pelo.

—Cuando Graco se despierta en su féretro del camarote al que lo han llevado, se olvida de su situación —dije en tono formal, sin que me molestara mi rol de estudiante. A fin de cuentas, siempre había que ser estudiante de potencial irrealizable—. Luego se acuerda de todo. Del percance, de su errar constante, de los puertos y ciudades, de los oficiales que le dan la bienvenida y lo interrogan, de la indiferencia y la falta de curiosidad de todos los demás. Se acuerda porque no siempre ha estado muerto. En realidad está muerto y muy muerto, como él mismo dice, pero en cierto sentido sigue vivo.

Jeffrey se contempló las manos y se mordisqueó una uña, un hábito que no conseguía abandonar.

—Un caso interesante, ¿verdad? —dijo—. Ahora leamos el fragmento. Me gustan los fragmentos. A veces los prefiero a las cosas enteras.

Me dio más páginas, tituladas: «El cazador Graco: un fragmento».

La tinta estaba desvaída. Apenas pude distinguir nada. Vi muy brevemente las palabras «mundo Leviatán», pero luego dejé de verlas. La expresión se había esfumado. Era como si la página hubiera deseado momentáneamente acomodar mi necesidad pero luego se hubiera retirado. Seguí leyendo con más facilidad pero menos tranquilidad.

—¿Qué te parece?

—Aquí no se revela nada más —contesté—. El interrogador ya no es un oficial a cargo de darle la bienvenida, sino un hombre de negocios que ha subido al barco por curiosidad. Parece decidido a informar a Graco de que nadie piensa en él, de que no es un asunto del que la gente hable.

—¿De verdad? ¿Y por qué es así?

—Pues porque pensar en él no resuelve nada. Porque la vida es corta. A la gente ya le cuesta bastante vivirla sin más. Por lo menos es

una de las explicaciones que se dan.

—¿Qué está buscando allí ese interrogador, ese que investiga por curiosidad?

—Coherencia. Una historia coherente.

—Y Graco se burla de él por eso, ¿verdad? ¿Qué quiere Graco? —Me cogió las páginas de la mano y las puso en un estante.

—No tener que cuestionar eternamente su situación. Dejar de ser una excepción.

—¿Cuáles son las diferencias, pues?

—¿Entre la coherencia y la excepción?

—Entre Graco y tú.

—Que Graco es una invención del escritor Kafka.

—Quizá no sea una invención pura —dijo Jeffrey—. Quizá lo haya adaptado de algún relato antiguo, de algún relato folklórico.

Me daba la sensación de que el relato revelaba cosas y al mismo tiempo era imposible de interpretar.

—La muerte de Graco está incompleta. En mi caso lo incompleto fue el nacimiento.

—No, no —dijo él—. Puedo ver que naciste y sin apenas dificultades. Es cierto que pasó algo al cabo de cuarenta días, pero no estuviste muerta el tiempo suficiente como para que cambiara nada en realidad. Quizá seas un poco más sensible a la pérdida. Un poco más... incompatible. ¿Estás sugiriendo que el nacimiento no te preparó para la muerte? ¿Cuánto tiempo te quedaste en aquel lugar?

—Hasta que se marcharon. Se marcharon todos. ¿Sabes qué fue de ellos?

—¿Qué fue de ellos? —repitió él asombrado. El recuerdo le hizo estremecerse: ese sitio sin forma ni propósito moral—. ¿Es lo único que recuerdas de tu muerte?

—No me acuerdo de mi muerte.

—Entonces quizá seas alguien que no experimenta las cosas, lo cual es un mecanismo psicológico de defensa de la despersonalización. —Hizo una mueca—. A veces esta jerga repulsiva me agarra la garganta y me intenta estrangular... —Puso una cara altiva.

—Me gustaría dedicarme a vivir en vez de a recordar —le dije—. Me gustaría practicar por primera vez el arte de vivir.

—¿El arte de vivir? Querrás decir el trabajo de vivir. Nadie asume esa tarea por primera vez.

Sin embargo, me aseguró, si él dictaminaba a mi favor, todo sería muy distinto. Se podría cambiar la receta. No era de los que siguen la receta como esclavos: no era ningún juez tipo libro de recetas de esos que se pasan la vida mezclando los ingredientes rancios del precedente, el principio y la aplicación. Podía interpretar que se había efectuado una aplicación excesiva de la ley, si le apetecía. Podía dictaminar por medio de la Regla del Daño. La Regla del Daño era una bomba.

Y entonces me despidió de golpe. Me dijo que volviera al día siguiente.

Me di la vuelta y me sorprendió ver que la sala del tribunal estaba llena de gente, y también la galería. ¿Habían estado allí todo el tiempo que yo había pasado estudiando al cazador Graco? Me ruboricé y salí a toda prisa. La puerta del edificio era alta, estrecha y roja. En realidad eran dos puertas, que se unían en una fina rendija, tan fina que apenas se podía meter un naipe por ella.

No me sorprendía que fuera justamente el pequeño Jeffrey a quien me había encontrado tan poco después de emerger al mundo de fuera. Me había puesto a conversar con él con la misma facilidad con que Graco se había enfundado en su mortaja, *como una muchacha en su vestido de boda*. No me había sentido incómoda porque creía que todavía estaba recibiendo mi instrucción, aunque ahora me di cuenta de que ya no habría más instrucción.

La historia de Graco carecía de dignidad y de belleza, aunque era cierto que el autor no estaba obligado a traficar con aquellas cuestiones. Era artificial, ridícula, inconcluyente, un juego de significados que no se podía ganar. Exigía su contrario, el otro relato, su complemento, su justo adversario.

—¡Peregrina! —me llamó una mujer desde las sombras que proyectaba el edificio—. ¡Peregrina! —exclamó burlona.

—¿Tú también has de volver mañana? —le pregunté.

—No. A mí no me ha dicho que vuelva mañana.

—No serás su madre, ¿verdad? —le pregunté, recordando por un instante el glamur huraño y aburrido de Barbara.

—Está convencido de que nuestros caminos nunca se han cruzado. «¿Acaso tuvo madre la Tierra?», me preguntó. «¿Por qué quieres causar tantos problemas?», le dije. «¿Acaso tuvo padre la lluvia?», me contestó él, como si nada.

Más allá de la plaza y del enorme árbol que goteaba oscuridad reinaba un día brillante, desprovisto de sombras y de vergüenza. Por el bulevar ancho y congestionado pasó despacito un vehículo alargado, un coche fúnebre.

—Ese trasto siempre está pasando por ahí —dijo Barbara. Señaló un pegote de chicle de color rosa que relucía en el guardabarros—. ¿Y no te parece gracioso, toda la gente que va dentro, tomándoselo todo tan en serio y sin saber que tienen ese chicle ahí?

El coche y su emblema lustrosamente grosero pasaron circulando de forma imperiosa; muchos de los vehículos que iban detrás tiraban de barcas que se iban bamboleando sobre las ruedas gastadas de sus remolques. Eran barcas demasiado maltrechas para repararlas, deformadas o astilladas, con los tablones del casco asomando y las juntas hundidas sin calafatear. De bonito diseño, ahora desprovisto de propósito e ilegítimo. En el relato de Kafka, la embarcación, la barca, originalmente no pertenecía a nadie, pero luego tuvo amos, que eran también los amos de Graco, pero esos amos murieron, siempre estaban muriendo, y sus últimos pensamientos siempre eran para Graco.

Detrás del coche fúnebre avanzaba la turba, un mejunje de seres humanos y máquinas, un séquito de impacientes, maldiciendo los destinos que los habían vuelto a poner detrás de aquel trasto horripilante.

—¡Qué hay! —exclamó Nolo—. ¡Quién hay!

Acababa de meterse un momento para mear en el túnel para fauna salvaje que pasaba por debajo de la autopista. Se suponía que allí abajo no tenía que haber peatones, ya no digamos fauna salvaje. Era solo para uso oficial. Pero Nolo había detectado algo. Quizá fuera alguna modalidad de animal no humano capaz de entender las directivas y lleno de confianza en ellas y por tanto completamente jodido.

El túnel había formado parte de un antiguo proyecto de mitigación. Mitigación. Ya nadie se acordaba de qué significaba aquella palabra. Las palabras morían igual que todo lo demás.

Bajó la ventanilla. Solo se oía el ruido de la transmisión serpentina del camión, que volvía a estar suelta. Apagó el motor.

—¡Eh! —llamó. Cuando era niño, su madre siempre lo corregía:

«Eh» es algo que se dice a los caballos... Su intento de instruirlo en los protocolos de la cortesía social. Su madre. La única que había sabido que Nolo era incapaz de hacer lo que los demás sospechaban que había hecho. ¡La única! Y decían: *Es porque es su madre y además no es demasiado lista...* Su madre sabía que era inocente, y así fue como lo declararon. Pero nadie le pidió disculpas. Nadie dijo: *Perdón, colega, perdónanos por pensar que hiciste lo impensable...* Nadie.

El túnel apestaba a humos de diésel encerrados y estaba empezando a tener filtraciones. Después de salir de debajo de la autopista pasaba por debajo del lago. Ya hacía tiempo que las pinturas de los animales se habían deformado y borrado por culpa de la humedad. Las había pintado un grupo de señoras autistas con sombreros. En aquellos tiempos había que demostrar que eras autista para conseguir alguna concesión de pinturas murales en sitios públicos. Había sido una idea de bombero pintar animales en las paredes, como si aquello fuera una habitación de niño pequeño. ¿Qué tenían que ver los animales con los bebés? No era más que una convención de marketing. Era obvio que, en cuanto el niño tenía edad para tirar una piedra, ya dejaba de haber pacto alguno entre ambos. Y después el pacto ya era en gran medida: yo te mato a ti y tú te mueres.

Ahora cualquiera podía producir arte, siempre y cuando fuera para ser consumido en espacios públicos. Pero solo se podían pintar rastras. Estaba en todos lados, la puñetera rastra.

Volvió a arrancar el coche y se alejó derrapando. Allí abajo no le iba a responder nada. El túnel le daba repelús.

Cuando volvió a casa de Denver Erie Ford, el televisor seguía encendido, pero en vez del partido de hockey tenía puesta una película de bebés que gateaban por una habitación.

—¿Qué haces? —preguntó Nolo.

—Estoy intentando evitar el canal que solo pone minutos de silencio. Primero explican por qué es el minuto de silencio y luego lo retransmiten. Hay gente que lo mira. ¿Conoces a Crispy, de facturación?

—No.

—Es lo único que ve Crispy. El equipo de rodaje viaja por todo el mundo filmando minutos de silencio solemnes. A veces animan un poco la cosa mostrando a gente que coloca flores y tarjetas y ositos de peluche en algún lugar señalado. ¿Sabes dónde se originó la idea del

osito de peluche? Fue en Colorado, de donde yo vengo. Teddy Roosevelt fue a una cacería de osos y no consiguió cazar ninguno. Sus amigos le regalaron un cachorro recién muerto para reconfortarlo, en plan conmiseración. Pequeñito. Blandito. La idea se puso de moda, con ciertas alteraciones. Así pues, ¿qué está pasando ahí fuera, Rey de las Emergencias?

—Menudo montón de bebés —dijo Nolo, mirando la pantalla—. ¿Dónde están? ¿Qué están haciendo?

—Es un proyecto de investigación sobre las necesidades futuras de la sociedad, creo.

—Una vez hice de canguro.

—Eso no me lo puedo creer.

—Me estaba follando a la madre.

—Qué cabrón.

—El bebé tenía una cabeza enorme. Es posible que hubiera nacido ya con algún problema de salud, la verdad.

—No, no, los bebés tienen las cabezas grandes y tengo una teoría que explica por qué. El hecho de que tengamos las cabezas relativamente pequeñas se debe a la civilización. La civilización nos ofrece barreras y protecciones que nos separan del mundo natural. Antaño estábamos conectados con el mundo y necesitábamos estar siempre alerta. El cerebro necesitaba ser más grande y receptivo, y la cabeza tenía que ser más grande para que cupiera el cerebro. Había que saberlo todo del entorno, pero ahora ya no. Los bebés son un retroceso. Pero las cabezas se hacen pequeñas enseguida.

—Me tengo que lavar —dijo Nolo—. Supongo que no mearás todavía en el lavamanos, ¿verdad?

Cuando volvió, Denver estaba diciendo:

—He tenido seis criaturas con seis mujeres distintas y lo increíble del caso es que todas las madres consideran que el suyo es un niño o una niña índigo. Ni siquiera hablan entre ellas, pero todas han desarrollado la teoría chiflada esa de los niños índigo. Todos los críos tienen TDAH, todos son alborotadores y destructivos y narcisistas a saco, pero todas las madres, benditas sean, creen que el suyo es un salto en la evolución humana, un cambio en las energías vibratorias, un heraldo del cambio de conciencia. En mi opinión, los críos simplemente tienen trastornos psiquiátricos graves, bebieron demasiado Chardonnay cuando estaban en el útero.

—Una tragedia —dijo Nolo, encogiéndose de hombros.

—Los autores de tragedias le pidieron a Platón que les dejara representar unas cuantas tragedias. Platón les dijo: «Muy interesante, señores...».

—No dijo eso.

—«... Muy interesante, señores, pero tengo que decirles algo. Tenemos aquí preparada la mayor tragedia de todas. Se llama el Estado.»

—Me encanta el Estado.

—Lo sé. Me deprimes. Un Estado anestésico dirigido por funcionarios amorales. Cuéntame qué era la llamada que has respondido.

—Dos viejos descontentos que han intentado volar unas instalaciones. El fuego sigue ardiendo. Aun así, los daños han sido mínimos.

—¿De dónde vienen? No paran de llegar más.

—¿Los bebés? —Miró el televisor, donde los bebés retozaban de un lado para otro, como truchas en un vivero. No había comentario alguno, o bien el sonido estaba apagado. El decorado era inmenso y anticuado, con una capa visible de polvo pegado a la pantalla. ¿Cuánto hacía ya que le habían dado a Denver unos días libres?

—No, los abuelos y abuelas en plena cruzada delincuente senil.

—Cada vez hay menos.

—Lo normal sería que ya les diera igual todo. ¿Te conté alguna vez el consejo que me dio mi abuelo en su lecho de muerte?

—Sí.

—No te lo conté, no. Te diré cuál fue. «Intenta que te maten.» Sus últimas palabras. Murió después de una enfermedad extremadamente larga. Aguantó y aguantó.

—¿De qué murió?

—De problemas medioambientales.

—Me gusta la frase, aunque creo que mientes.

—Pero mi padre no tenía amigos. Estos viejos son como una secta. Creyentes fanáticos en la sostenibilidad de la sostenibilidad. ¿Cómo crees que se comunican entre ellos? ¿Con ronroneos gástricos? ¿Con silbidos en clave en las clínicas de reemplazo de rodillas? ¿Con palomas?

—¡Palomas!

—Palomas mensajeras, palomas de nieve, palomas migratorias... Ah, no, palomas migratorias ya no.

Miró con los ojos entrecerrados el televisor.

—Te juro que uno de esos es hijo mío. ¿Ves el que le está dando un puñetazo al otro?

Se quedaron un momento callados, mirando a los bebés. De vez en cuando introducían a otro bebé en la refriega, o eso parecía.

—¿En serio uno de esos es tuyo? —preguntó Nolo.

—Mira las lámparas, colega, mira los guardapolvos. Esto lo filmaron hace cincuenta o sesenta años, y Dios sabe dónde. Mira, si te dijera que, si vas a quedarte un rato más, voy a perder el conocimiento y a no despertarme porque en tu ausencia he ingerido una serie de pastillas además de una cantidad considerable de alcohol, ¿qué me dirías?

—¿Qué diría?

—Dirías, harías, lo que sea —dijo Denver en tono irritado.

—Pues que es otra trola, igual que lo del niño.

Denver eructó. Después frunció el ceño.

—Te diría que es otra trola, igual que lo del niño, que cuando has dicho que ese es tu niño. Estás desanimado por culpa de tu trabajo. Ese trabajo no es para ti. No hay nada de qué avergonzarse. Te has hartado del hecho de que la gente requiera asistencia. ¿Quién no se cansaría? La meta es transhumanizarse. La época lo exige. Y eso es algo que nunca entenderá toda esa gente que requiere asistencia. ¿Tienes piñas? Podría preparar unas barritas de piña.

—Mira en la nevera —dijo Denver, cerrando los ojos—. Quizá Papá Noel haya traído unas cuantas.

En la nevera no había más que unas cuantas moscas gravemente desinformadas. Sentía un profundo anhelo de piña. Era fabulosa para eliminar toxinas y también iba muy bien para la piel y el cabello. Que nunca se mirara en el espejo no significaba que no le importaran las apariencias. Regresó a la sala de estar, donde Denver seguía en su sillón reclinable, mirando el televisor con ojos vidriosos.

Nolo se lo apagó.

—Gracias —dijo Denver. Le brillaba la cara de sudor—. Sabes que ahora no me podría levantar ni aunque me pagaras.

—¿Por qué te iba a pagar?

La sala tenía un eco extraño por culpa del silencio, como el

bosque —lo que quedaba del bosque escuálido y lleno de basura por el que corría a veces—, como si estuviera consciente, como si estuviera preocupada. Luego oyó sirenas que arrancaban a sonar en algún sitio, luego el tráfico y el ruido de la nevera encendiéndose, *encendiéndose*, que es como lo describía su madre: *Esa nevera no para de encenderse, siempre me despierta...*

Se sacó el teléfono del bolsillo, pero se lo volvió a guardar. A continuación cogió el de Denver.

—¿Qué urgencia tiene? —le contestó una voz de hombre.

—Denver no se encuentra bien.

—¿Me habla de un individuo o de la bulliciosa metrópolis de varios millones de habitantes apostada al pie de las Montañas Rocosas y puesta en marcha con la riqueza del oro y la plata que antaño fluía de las minas cercanas?

Nolo guardó silencio.

—Lo siento —dijo el operador—. Recibimos muchas llamadas de broma. Entonces, ¿el tal Denver es una persona?

—Es tu predecesor. Es el tipo que contestaba al teléfono antes que tú.

—¿Desde dónde me llama?

—Estamos en la esquina diametralmente opuesta a ti. Tenemos una vista parcialmente obstruida del toldo de las urgencias hospitalarias.

—¿Diametralmente opuesta?

—Diagonalmente opuesta.

—Ah, diagonalmente opuesta.

—Estamos muy cerca. No deberíais tardar más de un minuto en llegar aquí. Apenas respira.

—¿Pero respira?

—Sí.

—¿Su situación es resultado de algún arma? ¿Arma de fuego? ¿Arma blanca?

—No.

—¿Hay alguien armado en ese domicilio? ¿Hay alguien en ese domicilio que pueda suponer una amenaza para el equipo de rescate?

—Poco probable.

—¿Y quién es usted? ¿Con quién hablo?

Apagó el teléfono y se marchó, calzando la puerta con uno de los

zapatos de Denver. Se lo había pasado bien charlando con él. Y confiaba en que Denver saliera de aquella y cumpliera con sus planes manifiestos de progreso metafísico, en el que personalmente Nolo no creía, aunque podía respetar las ilusiones que se hacía Denver al respecto. A fin de cuentas, todo eran ilusiones, formas fugaces, fantasías vacías. Todo era borrado para hacer sitio a otra cosa: así funcionaba el mundo. Teniendo en cuenta esta circunstancia, siempre lo desconcertaba que la gente esperara tanto de la vida.

Se paró en un supermercado, saludando con la cabeza a los guardias armados para transmitirles su consideración fraternal, y se compró dos piñas a precio de escándalo. Estaban al punto perfecto de madurez. La supresión de su proceso de maduración se había planificado exactamente para el momento en que llegaran a los estantes de la tienda. Se comería las dos cuando llegara a casa de su madre. Su casa. No debería estar viviendo todavía allí, lo sabía, debería comprarse una tienda de campaña, construirse una choza en algún lugar extremadamente nocivo donde pudiera estar solo. Debería quemar la casa y marcharse. Una vez había conocido a una chica —justo después del incidente con el bebé— que había quemado su casa después de morir su madre. Estaban en plena discusión desganada acerca de a cuál de las dos le tocaba cambiar la tierra del gato y de repente la mujer cayó víctima de un aneurisma hemorrágico. Cuando se cumplía un mes de su muerte, la casa ardió. Ni siquiera dejó salir a los gatos, los gatos de su madre. Todo tenía que arder y todo ardió. Fue un gesto de devoción.

Mi ropa y mi maquillaje, mis zapatos cubanos de tacón alto, le había dicho la chica, hasta el último artilugio electrónico que te puedas imaginar. Tenía cosas bonitas, pero cobré conciencia de la impermanencia de las cosas. Fue como si alguien me tirara agua con hielo encima de la cabeza. Así de impactante fue la revelación.

Aquel descubrimiento la conmovió profundamente.

Nadie quiere conocer las ramificaciones de esa impermanencia, dijo. *Yo las conozco y me tratan de bicho raro. Tú también eres un bicho raro, por razones distintas, claro.*

Nolo protestó. No era ningún bicho raro. No era más que una víctima del destino implicada en un rumor malicioso. A aquella criatura, al bebé, no le había pasado nada, pero la madre había actuado como si él hubiera puesto el mundo entero patas arriba.

Nunca había vuelto a estar con una mujer, para empezar. Se había convertido en un chivo expiatorio, expulsado al yermo.

A su madre le había dado por creer con más fervor todavía en los caminos misteriosos de Dios. *Eres el inocente incomprendido*, le aseguraba. *El hecho de que seas inocente es lo único que cuenta para Dios, y Dios es bueno. Te está llamando, Pedro Pablo, te está llamando a una vida de expiación, de reconciliación y de reparación.*

Él no estaba de acuerdo y no dijo nada.

A la chica le había parecido obvio que tenían que estar juntos, dos parias ascendiendo a las torres de guardia, sembrando el caos, tirando sus vidas a la menor oportunidad.

Pero el padre de la chica la instaló en una clínica de la que ningún paciente juvenil había escapado en todos sus años de funcionamiento clandestino y controvertido, se volvió a casar y se fue a vivir a otra parte. De Pedro Pablo, a quien ya no le quedaba ni un amigo, se esperaba que también se fuera a vivir a otra parte, pero no lo hizo. Su madre y él se quedaron donde estaban, objetos de desconfianza y evitación. Su madre fue perdiendo la cabeza día a día, rezando su rosario, fumando su marihuana y soñando con aquel Mercedes de color amapola que funcionaba con aceite de freír usado.

Quiero decirte algo, hijo. Te he estado mintiendo un poquito. No me cae muy bien Dios. Aquella bebé que te hizo vigilar y después la visitó de aquella forma tan extraña... Te puso en una situación espantosa. Aquello marcó tu vida entera.

Pero quizá fuera ese el plan que Dios tenía para mí, mamá, marcar mi vida en tonos oscuros.

Esto no lo dijo sinceramente.

No tiene ningún plan para ninguno de nosotros, Pedro Pablo. Simplemente nos usa o no, caprichosamente. Pero no le vamos a enseñar el vientre amarillo, ¿verdad que no?

No tenemos el vientre amarillo. Nunca lo hemos tenido.

Nos llevamos bien, ¿verdad que sí, hijo?

Se habían llevado bien hasta que ella se fue.

Vació los bolsillos sobre la mesa de plástico ajado.

Había el pequeño pergamino del viejo, un paquete de chicles y las llaves de su camioneta. Se acordó de las incontables comidas espantosas que su madre y él habían compartido en aquella mesa, de las plegarias en voz baja y de las servilletas sucias, y todo aquel

tiempo había algo pasando, sucediendo, sin ser visto. Cogió las llaves. Decidió conducir de vuelta a casa de Denver. Accedería con él al canal de los minutos de silencio. Echaba de menos a Denver. Tendría que haber hecho más por él. En cambio, se lo había quitado de encima como si fuera una cerilla usada.

Jeffrey estaba en sus aposentos, mojando una galleta en un vaso de leche.

No tiene sentido, dijo en silencio, y abrió mucho los ojos.

No es justo, articuló en silencio, e hizo un gesto de disgusto.

La leche no estaba lo bastante fría. No era fácil mantener la leche fría después de que te la empezaras a beber. Era casi imposible.

No entiendo por qué estoy aquí, dijo en silencio, imitando una voz quejumbrosa.

Normalmente no era tan mezquino. No se burlaba ni se mostraba presuntuoso. No daba por hecha su posición. Era una persona digna y agradecida. Le encantaba su trabajo, la ley. Había nacido para el estrado. Gracias a su veteranía, y por petición expresa suya, no tenía que tratar con los borrachos. Los borrachos le daban grima y le agotaban la paciencia. Prefería a un asesino de masas o a un utopista tecnológico antes que a un borracho, sin dudarlo.

Pero en general todos los acusados que le llevaban eran bastante iguales. Siempre tenía en mente el recordatorio que Darwin se había escrito a sí mismo cuando estaba urdiendo la evolución. «Nunca uses las palabras *superior* ni *inferior*.» Si pudiera, compraría aquella nota. Le pondría un marco bonito. Quizá saldría en algún momento a subasta. Las cosas siempre salían a subasta. Siempre habría coleccionistas y cámaras acorazadas. En su opinión informada, sin embargo, era mejor almacenar semillas que notas manuscritas.

Dejó a un lado la galleta y la leche. Era la mejor parte de su jornada, pese al regusto empalagoso que le dejaba. Ya se había cansado de la sorpresa temerosa que la mayoría de la gente mostraba en la sala del tribunal cuando lo veían y percibían que no era más que un niño.

A los diez años, el desarrollo neurológico ya casi se ha completado, se molestaba a veces en decirles. Lo saben ustedes, ¿verdad?

No lo sabían.

Había cosas que le gustaría hacer, por supuesto. Le gustaría cambiarse el nombre. Le gustaría llamarse... Enoch. En adelante, seré Enoch..., a quien el Todopoderoso se llevó de este mundo sin pasar por la muerte.

Lo normal sería que se hablara más de un logro así.

Le gustaría jugar en la nieve. Le gustaría hacer un muñeco de nieve. Pero no había nieve.

Le gustaría gritar: *¡Vacíen la sala!*

Siempre había querido hacerlo, aunque sería una temeridad terrible.

Aun así, aquella mañana había tenido aquel caso tan interesante. No había sido una visita del todo inesperada. *Tú*, pensó, *la única nacida*.

Se ahuecó dentro de su toga negra más o menos como hacían los pájaros con sus plumas.

Vacíen la sala, dijo sin hablar. Para jugar.

Jeffrey —Enoch— fue al ventanal y contempló el parque. Vio a su caso interesante. Completamente sola. En calidad de caso interesante, la chica no podía prever ningún momento presente, solo poseía el futuro, que tampoco tenía potestad para cambiar.

La examinó un momento más, tanto a ella como el espacio reducido frente al que caminaba nerviosa. Incluso en su época, había sido un espacio más grande, una..., ¿cómo se llamaba? Una arboleda sagrada, un *temenos*. Antaño la palabra había significado «asilo», y en su interior uno era *asulos*, inviolable. El *temenos* protegía lo que había dentro y no dejaba entrar nada de fuera. No hay nada como el griego, pensó. Sentía una relación especial con los grandes helenos. Habían inventado la lógica, ¿verdad? *Temenos*. La palabra derivaba de *temno*, cortar. Algo desprendido de la capa profana y sin sentido de la vida, algo separado y aislado con un propósito especial.

De hecho, eran los árboles los que habían sido talados, porque había habido muchos más incluso en su época, una verdadera arboleda. Ahora solo quedaba uno. Y había planes para aquel último. Había oído los rumores en su propio tribunal. En cuanto cayera aquel árbol, el lugar sería rebautizado como campo de fútbol. Lo primero que hay que establecer después de una catástrofe, o después de que se agote una guerra. Demuestra que no está mal divertirse otra vez;

demuestra la condición indómita del espíritu humano. Más allá del parque la tierra estaba esponjosa, inundada, blanda. Prácticamente humeaba: no era un lugar habitable. Qué pequeño se había vuelto el recinto.

Echó un vistazo al cielo. Descorazonador. Los griegos eran ciegos al azul y al verde. Habrían percibido aquel cielo como lo que era en realidad: marrón excremento.

Jeffrey le había dicho a la chica que volviera. Una locura, quizá incluso una injusticia. Era algo que carecía de precedentes, pero la chica le producía curiosidad. Y, por supuesto, le traía el recuerdo mareante de aquel peculiar interludio en que había carecido de rumbo, había sido dependiente, no había sabido quién era. Incómodo. Había estado incómodo en su propia piel. Pero ya entonces había tenido la ley, que era capaz de imitar, y los jactanciosos tratados de la ley con los muertos.

Se imaginó al cazador Graco en su sala del tribunal, recién desembarcado de la barca negra —con hielo incrustado en las velas podridas—, traído en carro bajo una sábana floreada. Su presencia no habría sido más inusual que lo sucedido el día en que se había presentado la chica.

Pero confiaba en ser capaz de resolver el caso con un poco de ingenio. Graco no era más que un hombre sencillo del bosque en el mar, un pez fuera del agua, incapaz de afrontar las exigencias de su situación. Emitiría unos cuantos mandatos judiciales, quizá haría una visita a la embarcación, encontraría el agujero de gusano. No hacía falta involucrar a Kafka.

Graco, la expresión literal en la imagen concreta de una abstracción. Era lo que mejor se le daba a Kafka. ¡Y menudo humorista estaba hecho! Aquella pintura tan peculiar en el camarote de la embarcación. Las palomas. Los cincuenta niños que asistían. El perro de Graco...

¿Había habido perros?

Frunció el ceño. Le habían dicho que su mente era como un cepo de acero. Y ciertamente su mente era como un cepo de acero. ¿Pero acaso Graco había tenido perros cuando se había caído por el barranco? Regresó a su escritorio y cogió las mismas páginas que le había dado a leer a la chica. Las leyó con atención. Estaban el viento, el vino, las preguntas idiotas. ¡Nunca eran la pregunta adecuada!

Había cincuenta niños, sí. Pero por alguna razón los perros se habían esfumado de la historia.

De pronto Jeffrey sufrió una tremenda fatiga. Se frotó los ojos. Su abuelo le dijo que si se frotaba los ojos, religiosamente, por así definirlo, conseguiría tenerlos más grandes y de esa manera impondría más en los tribunales.

El diámetro del ojo humano es aproximadamente un diez por ciento de la altura de la cabeza, le había dicho su abuelo. Si se pudiera aumentar ese índice ocular, digamos hasta el dieciocho por ciento..., un veinte por ciento sería excelente..., conseguirías que se cagaran de miedo.

Papá, papá, le decía el padre de Jeffrey, *lo estás asustando*.

No estoy asustando al chaval, decía su abuelo.

Me estás asustando hasta a mí, papá.

Porque no eres como él, le decía su abuelo. *Eres una decepción balbuceante, un pequeño trasto inútil.*

Jeffrey. Su abuelo se dirigió a él una vez más. *Glaucópides. Ojos de lechuza, el gran epíteto de Atenea. Sabiduría, Jeffrey, inteligencia. Que la gran Atenea de ojos de lechuza sea tu guía.*

Y Jeffrey se frotaba los ojos hasta que le escocían.

Bah, ¿qué sentido tenía aquello...? Vale, imponía mucho en los tribunales, hacía que se cagaran de miedo, ¿pero en qué consistían la sabiduría y el conocimiento en los tiempos que corrían? El conocimiento se había deteriorado hasta no ser más que simple detección y diagnóstico. Y para eso bastaba con adiestrar a una rata africana de marsupio gigante. En cuestión de tres semanas, se podía entrenar a una rata de marsupio gigante de aquel continente antaño intrigante para que encontrara con el olfato minas terrestres, así como la mayoría de las drogas y las armas. También podían detectar el cáncer en gente que no sabía que lo tenía, pero sus adiestradores no los querían quemar provocándoles ese tedio que genera el exceso de éxito. En cualquier caso, últimamente todo el mundo tenía cáncer... Cáncer, párkinson, leucemia, tumores, toda la pesca. Hasta las ratas necesitan mayores desafíos.

El mochuelo Jeffrey —Enoch— anhelaba el subidón que le daría comerse otra galleta, pero era un mochuelo de costumbres y vida estructurada. No habría segunda galleta. Se frotó una vez más los ojos por pura nostalgia, salió de sus aposentos y bajó a la sala del tribunal

para hacerse cargo de todos aquellos que caían en su jurisdicción.

Permitir que alguien se siga paseando entre los vivos después de morir era una ofensa grave. O antes de nacer. O bien, como había argumentado la chica, antes de que su nacimiento se hubiera completado del todo. ¿Era eso lo que había dicho? Sí. Y Jeffrey le había contestado que había mucha gente que se identificaba con aquella experiencia, pero no eran conscientes de ello. En otras palabras, que habían llegado a ser humanos sin saber ni una palabra del tema, de los requerimientos y demás. Es decir, sospechaban que estaban destinados a ser más o a ser distintos, pero aun así se dedicaban a dar tumbos bajo la luz turbia de unas vidas a medio realizar. Es decir...

No debería haberle dicho que se marchara. ¿Y si le había pasado algo y ahora no podía volver? Quizá debería salir a buscarla. Pero eso también carecería de precedentes. Sería exactamente como el octavo día al que aludía san Agustín, aquel que llegaba después de los siete días de la Creación, el que no tenía anochecer.

—Su señoría —le estaba murmurando un suplicante—. Acepto los actos no éticos de mi pasado. Se lo digo con sinceridad y de esa forma confío en alterar el significado de aquellos actos.

—¿Cómo dice? —dijo Enoch—. ¿Alterar su significado? Esa sí que es buena. ¿Cómo se llama usted?

—Cástor.

—¿Como el de Cástor y Pólux? ¿Dónde está su hermano?

—No conozco a ningún Pólux. No soy responsable de ningún Pólux, pero acepto los actos no éticos de mi pasado y deseo que se me permita alterar su significado.

—Entonces, ¿no quiere ser perdonado?

—No creo que eso presente ningún beneficio. ¿O sí?

—¿Cómo se siente al aceptar su pasado?

—Me siento un hombre nuevo.

—Es la tontería más grande que he oído nunca —dijo Enoch—. Vaya ahí; no, ahí, a la izquierda. Túmbese ahí. Este tribunal está en sesión perpetua.

La siguiente era una mujer que parecía a punto de desmayarse.

—No tenga miedo —le dijo en un tono que confiaba en que no fuera demasiado empalagoso.

—Planté arbustos de las mariposas, pero las mariposas no han

acudido.

—Sí, bueno, tengo entendido que los empleados de esos megacentros de jardinería no saben lo que venden.

—Hasta me he planteado demandarlos. A ellos, no a las mariposas, claro.

La mujer se retiró y la reemplazó un hombre que dijo con voz fuerte y ofendida:

—Quiero trabajar con supervivientes. Quiero desenterrar a supervivientes de los escombros y construir letrinas y refugios. A la mierda la Tierra. La Tierra no vale un real... ¡Larga vida a la Tierra que nos ha liberado de la obligación de salvarla! A mí no me van a pillar salvando a la Tierra como si fuera alguna clase de diosa, yo a quien quiero salvar es a los míos.

—Sáquenlo de aquí —dijo Enoch. Y añadió, a modo de apostilla —: Denle unas cuantas letrinas que construir.

—Supongo que la siguiente soy yo, ¿lo soy? —dijo una mujer joven—. Vale, pues, mi madre tenía conejos. Los coleccionaba. Era muy embarazoso. La gente la llamaba la Señora de los Conejos. Por lo demás era normal. Teníamos una cabaña en el jardín que debería haber sido para que yo jugara, pero siempre estaba llena de conejos. Después de que yo me marchara a Yale, la detuvieron por tener tantos conejos y le tuve que mandar la fianza. Le dijeron que no se acercara a menos de cien metros de ningún conejo. Pero violó los términos de su libertad condicional y me pidieron que volviera a mandar fianza, pero no lo hice, no mandé fianza.

—Y ahora quieres saber si deberías haber reído o llorado —dijo Enoch.

—Eso mismo. En aquel momento no supe si reírme o llorar.

—¿Y qué hiciste?

—Ni una cosa ni otra. Salí a comprarme unos zapatos.

—Pues supongo que fue una reacción equivocada —dijo Enoch—. ¿Todavía vive tu madre?

—Ya está muerta y enterrada. Ya nadie tendrá que preocuparse de si se acerca o no a menos de cien metros de un conejo.

—Hum —dijo Enoch—. ¿Conoces la vieja creencia de que cuando tiemblas sin razón alguna es porque está pasando un conejo sobre tu tumba?

La mujer soltó una risa proyectil antes de que se la llevaran.

Y así iba la cosa. En una hora pasaban cientos de personas por su jurisdicción.

¡Y las cosas que intentaban colarle! Una vieja llegó agarrada a una botella de vinagre, de esas botellas a la vieja usanza que tienen una especie de telarañas flotando en el fondo. Traían bocadillos, pastillas, un alebrije mexicano con la cola rota... Algunos llevaban unas piezas de plástico que antaño les habían dado todo lo que habían deseado y a las que todavía se aferraban como si fueran amuletos. Algunos eran sorprendentemente peleones, dadas las circunstancias.

Uno de estos pasó dando zancadas por delante del estrado y anunció:

—No eres Dios.

Enoch suspiró.

—No soy Dios, no —dijo—. Mire estas imágenes. ¿Puede ver las dif...?

—Porque yo creo en Dios y el Dios en el que creo me devolverá a lo que siempre fui, a la misma forma de hacer las cosas, la misma forma de entender...

—Las mismas convicciones —dijo Enoch, que prefería el vocabulario formal.

—No voy a estar convicto de nada, porque Dios me devolverá a lo que era y seré yo, no simplemente alguien como yo, pero ya no tendré que preocuparme por lo que hice ni angustiarme pensando que lo tendría que haber hecho de forma distinta.

—¿No se arrepiente de nada?

—Yo no cuestionaría a Dios, enano.

Jeffrey lo miró con amargura.

—¿Ha sido alguien de su familia quien ha perforado ese túnel que atraviesa Wawona?

—¿Que atraviesa qué?

—Wawona, la secuoya gigante.

—Ah, sí. Ese árbol más antiguo que Jesucristo que puedes atravesar con el coche para divertirte. Uno de los hermanos de mi padre lo hizo. Le gustaban mucho las actividades al aire libre, pudo inscribirse como parte del equipo. Mi madre tuvo una foto de él y del árbol en la cocina durante un tiempo. Pero nadie lo llamaba «Wawona».

Pareció un poco estupefacto, después aburrido, después

impaciente. Por fin se agarró el pecho y dijo algo que sonaba bastante como «ghh».

—Oh, cielos —dijo Jeffrey.

—Creo que estoy teniendo un ataque al corazón. Aaaaau, un dolor de la hostia. Aaaaau. —Se desplomó en el suelo y desapareció.

Jeffrey se levantó y echó un vistazo por encima de su enorme mesa de juez, pero no pudo ver ni rastro de él. Había desaparecido sin más. Jeffrey ni siquiera había emitido dictamen, aunque ciertamente habría sido sobreseimiento con reservas extremas. En aquel caso, habría sido casi imposible que el dictamen fuera arbitrario, caprichoso, contrario a la ley, un abuso de discreción y no apoyado por evidencias objetivas. Quizá en los casos más obvios tendría que darse un poco más de prisa. Confiaba en no estar distrayéndose. A veces se sentía casi incorpóreo, un simple cerebro enorme de diez años presidiendo la sala. O una flor, arrastrada por el viento. El viento. ¡Cómo había aullado el viento en aquel refugio junto al lago afótico! Había sido incesante. No era de extrañar que estuvieran todos chiflados. Lo normal habría sido que su madre hubiera tenido más cuidado al elegir su itinerario. Jeffrey era producto de una maternidad errática... A los seis años su madre le había dicho que cuando le llegara el momento, textualmente, quería ser incinerada y que sus cenizas fueran guardadas en una coctelera de martini. Él le había dicho que la petición le parecía excesivamente frívola y que no pensaba honrarla. Ella lo había acusado de no tener estilo, pero no había vuelto a salir el tema.

Su madre. Le parecía que hacía siglos que no pensaba en ella. Era un día peculiar. Levantó los brazos, haciendo crepitar la toga de aquella forma que le gustaba, y se volvió a acordar de aquel país de nubes junto al lago donde ancianos y radicales enfermos se preparaban, se preparaban... No sabía exactamente cómo habían llegado allí, pero se imaginaba la extraña determinación descendiendo sobre ellos; como una nube, fue lo mejor que se le ocurrió, porque no tenía mucha imaginación, era el primero en admitirlo, un hecho que no le iba a hacer perder el sueño, sobre todo porque nunca dormía. Quizá veían a la Muerte estudiándolos con esa expresión fatigada y de párpados caídos que la Muerte afectaba y se daban cuenta de que no querían donar sus órganos ni darle su último centavo a aquel chaval santurrón que hacía su colecta benéfica en triciclo. Se sentían mal y

no querían volver a sentirse bien nunca. Mal y bien. Querían dejar de ser fiables, o funcionales, o acomodaticios, o moderados, o tolerantes.

Y luego la *nube*, que no era una nube en el sentido literal y atmosférico —a fin de cuentas, la palabra inglesa para decir nube venía del griego *gloutos*, que significaba «nalga», por el amor de Dios —, les indicaba algo así como «¿Qué tienes que perder?». Y es que la sociedad todavía contaba con que creyeran, y mucho, que todavía tenían algo que perder. La verdad era que simpatizaba con aquellos viejos delincuentes. Y luego había aparecido ella preguntando qué había sido de ellos. Era deprimente.

Todavía estaba mirando el espacio donde el tipo beligerante se había esfumado. ¿De verdad lo había llamado... enano...? Era inquietante. Levantó la vista y contempló su sala del tribunal. ¡Qué ininteligible era todo el proceso! Pero, bueno, él había querido aquello. Lo había querido mucho.

Estableció un descanso y se retiró a sus aposentos. Se le acumularían los casos, era muy consciente. Si continuaba tomándose aquellos descansos, empezaría a subirle por la escalera una fétida oleada de hombres y mujeres arrastrando los pies, y hasta niños, porque había visto a uno jugando con un camión de juguete, haciéndolo rodar de un lado a otro. Lo aplastarían si detectaban el más pequeño indicio de incertidumbre o reticencia por su parte. Lo apisonarían. La humanidad podía ser muy avasalladora.

A quién estaba engañando. La humanidad *era* avasalladora.

Dios bendito, cómo le gustaría salir a buscar a la chica. Atravesaría los juzgados como una brisa de montaña, dejando a los solicitantes agitando los brazos para no perder el equilibrio, con las prendas ondeando a su alrededor como si tuvieran dentro a alguien ahogado. Alguien diría: «En el espacio profundo hay vientos que van a un millón y medio de kilómetros por hora, y este ha sido parecido». Y seguro que otro lo disputaría: «Esta clase de vientos son inconmensurables, alguien te está tomando el pelo». No podía prever demasiado lo que dirían sus ratones de juzgado, quejumbrosos y dogmáticos como eran hasta la saciedad.

La chica había estado justo allí, la había tenido delante y la había hecho marcharse. La había invitado a volver, sí, ¿pero acaso podría volver? No podía salir a buscarla. Sus amos no le dejarían. Y lo habían tratado bien, se lo habían quedado siendo un niño, le habían

concedido toda la pompa y circunstancia, la toga y las barandas relucientes, le habían concedido autoridad suprema sobre todos los que habían vivido con descuido y dejadez en la Tierra, con abandono salvajemente arrogante, y hasta sobre quienes no lo habían hecho. Le habían permitido dictar sus sentencias imposibles de conmutar. Lo único que no le habían permitido era traer de vuelta a su yayo, al abuelo cuyo asesinato a manos del demonio corto de luces de su padre Jeffrey todavía tenía dificultades para entender. El asesinato de su padre, atroz, atroz. Solo el asesinato de una madre era peor, una acción colectiva que se estaba cometiendo casi sin pausa si la identificabas con la totalidad lírica de *la madre Tierra*.

Oh, no podía esperar a que la chica volviera.

Pues entonces no esperes, le decía siempre burlonamente su abuelo cuando Jeffrey declaraba con voz infantil su entusiasmo por alguna excursión próxima que le habían prometido: a una convención de abogados, a una merienda con un juez federal retirado, una visita al tribunal de menores (que, la verdad, le daba un poco de miedo). *Pues no esperes*, le decía con solemnidad su abuelo, *haz cualquier cosa menos esperar*.

Y el comentario siempre le hacía gracia a Jeffrey. Su abuelo era conocido por aquel ingenio suyo rebosante de sarcasmo. Cómo lo amaba. Ya no era más que cenizas. No era más que las cenizas de un libro que has atizado en el fuego para que te dé un momento de calor.

No entendía cómo podía haber seguido viviendo después de que muriera su abuelo, después de *saber* que había muerto su abuelo, porque se había pasado siete días sin saberlo, durante los cuales solo lo había echado de menos como uno echa de menos la ausencia temporal de un ser querido que está vivo. No había teléfonos en aquel lugar extraño en el que su madre los había depositado para pasar unas «vacaciones». Esa era la explicación que ella le había dado de la inquietante ausencia de noticias de casa. Cuando él se había quejado y había insistido en preguntar, su madre le había dicho que Thomas Edison había fracasado en su intento de construir un teléfono que él esperaba que pudiera llevar mensajes de lado a lado del velo, y si Thomas Edison había fracasado, desperdiciando años enteros de su vida y perdiendo a medias la chaveta en el intento, era poco probable que se pudiera encontrar un aparato así, ni siquiera allí donde estaban. Jeffrey no había entendido de qué le estaba hablando su

madre. Su abuelo nunca le había hablado de Thomas Edison, así que no podía pertenecer al Colegio de Abogados y por tanto era irrelevante. Las declaraciones de su madre se habían ido volviendo cada vez más irregulares e incompletas por culpa de la bebida.

Siete días sin noticia alguna. Aunque se torturaba a sí mismo a menudo con la idea de que su abuelo se le había aparecido durante aquellos días en la orilla de aquel lago desorientador, de que realmente se le había aparecido bajo la forma de aquel pececillo impotente que había pescado.

Jeffrey dio una bocanada trémula de aire. Había hiperventilado en ocasiones previas mientras pensaba en ello. Y, de hecho, casi había perdido los nervios cuando aquella misma persona, el caso interesante, había comparado el alma con los peces del mar, con el mar en los peces.

Se metió las manos en la boca y se las mordisqueó. Oh, aquel lago espantoso, aquel lugar atroz de sombras movedizas. ¿Cómo se las había apañado su madre para encontrarlo? Debía de haber sido un hallazgo accidental, aunque ella se comportaba como si hubiera sido su destino desde el principio. Queremos la mejor habitación, había exigido en recepción, pero por supuesto no había ninguna habitación mejor. Y fuera la cosa todavía era peor. Había una mesa de ping-pong combada y sin red, una estructura con letreros desconcertantes hacia la cual los demás clientes se habían abocado con ceremoniosidad inquietante y una piscina no demasiado limpia. ¿Qué habría pasado si él hubiera querido clases de natación? ¿Y si hubiera querido que su madre le pusiera una mano debajo del frágil espinazo y lo sustentara en unas aguas limpias y frescas? Debajo de su cuerpo vulnerable habría una mano, y la palma de aquella mano sería el punto de equilibrio seguro y sereno sobre el cual flotaría... ¡Qué habría pasado si él hubiera querido aquello! Hoy por hoy todavía no sabía nadar. Y allí no parecía comer nadie. Ciertamente el lugar le quitaba el apetito, aunque al principio había echado de menos su germen de trigo de las mañanas. Su madre no había traído equipaje. Ni siquiera tenía su *Diccionario jurídico Black* ni su hilo dental. Y luego se marcharon, tan de golpe como habían venido, y fue aquella noche cuando su madre, dentro de la burbuja de su coche veloz como una bala, le había comunicado que su yayo, su único defensor y aliado, había muerto.

Jeffrey había estado recitando una cantinela para sí mismo, tras

descubrir en los últimos días el peliagudo ámbito del derecho animal. «La ley de uso de animales prohíbe cualquier necropsia o procedimiento quirúrgico de un animal a la vista de otros animales de la misma especie», balbuceó, lo cual era interesante, realmente interesante, por el hecho de reconocer la angustia y la empatía de los animales hacia...

—¿Cómo? —dijo.

—Creo que el desacuerdo entre tu padre y tu abuelo no fue por cuestiones sustanciales, sino únicamente de procedimiento —dijo ella, haciendo un esfuerzo por presentárselo de una forma que él apreciara.

Como Jeffrey no dijo nada, su madre continuó:

—Tu padre seguramente saldrá libre alegando defensa propia, porque tu abuelo lo atacó con un pisapapeles de piedra.

—¿Qué pisapapeles de piedra? —dijo él.

—Qué pregunta tan extraña. Es prácticamente inapropiada.

—Tiene muchos pisapapeles de piedra. —Cualquier piedra se puede volver metamórfica, le había dicho su yayo.

—Bueno, quizá sí.

—Retira lo que has dicho.

—No seas difícil, Jeffrey. Tu madre no puede hacer nada al respecto. Ahora ya sabes la verdad y tenemos que volver a esa verdad.

Él no dijo nada.

—Jeffrey —dijo su madre—. No juegues con tus pensamientos.

Y entonces el chico agarró el volante. Su madre chilló y, mientras forcejeaba con él, sucedió naturalmente que perdió el control del vehículo, que rodó y rodó como si fuera un orbe perfecto diseñado para rodar eternamente, hasta expulsarlo y dejarlo solo en una carretera a oscuras.

A Jeffrey le dolía la cabeza. Debía de estar deshidratado. Se sirvió agua de la jarra en un vaso corto y lo examinó un momento antes de vaciarlo de un trago. Los griegos tenían a sus *psychomanteum*, oráculos de los muertos que se aparecían en forma de visiones en estanques o ciertas jofainas llenas de agua. A él nunca se le había concedido ninguna de aquellas visiones, ni por un instante. Se tenía que contentar con la revelación constante de que la mayor parte de lo que supuestamente era la sustancia de la vida no era nada. Aun así, el *psychomanteum* le parecía una noción atractiva. Quizá no le estuviera dedicando el tiempo suficiente.

En su infancia había albergado durante un tiempo la idea de que cuando moría alguien a quien apreciabas, eras tú quien desaparecías. Todo empezó con su abuela. Qué estupefacta se debió de quedar cuando se esfumaron todas las cosas y las personas de las que se había rodeado en vida: su brillante marido, su frívolo hijo con su espantosa esposa, hasta llegar al enclenque de su nieto, su pez koi mascota y el anillo de boda que siempre se estaba quitando y perdiendo cuando lavaba los platos.

Eras tú quien desaparecía, el que se suponía que tenía que seguir viviendo, y ya nunca volvías a ser la misma persona.

Oyó que la multitud se multiplicaba por debajo de él. En serio, se le estaba acumulando el trabajo. A veces intentaba percibirlos a todos como a payasos sagrados; a base de no considerar nada sagrado, señalaban el camino hacia lo sagrado.

Pero no lo podía hacer a menudo. Prácticamente nunca.

El ruido empezaba a ser espectacular.

Se acordó de la descripción que había en un libro antiguo de un fenómeno que ya hacía tiempo que había desaparecido del mundo: el sonido de los pájaros, de las alas migratorias que surcaban la oscuridad, *incontables ejércitos, con un dilatado susurro de terciopelo*.

Esto era distinto.

Era una atronadora cacofonía metálica y apremiante, insoportablemente social, multiplicándose de manera patológica.

Bajó a toda prisa con aquella gente, colérico, y terminó el trabajo de la semana entera en una hora antes de retirarse una vez más a sus aposentos, sintiéndose un poco en baja forma. Su yayo siempre esperaba a que su oponente terminara de argumentar su posición, asegurándose de que el otro ya no tuviera nada más que decir, antes de dirigirle la réplica implacable. ¡Su yayo era pura dinamita! Hablaba y de repente todo quedaba invertido, todas las certidumbres previas se volvían cuestionables, todo lo razonablemente argumentado se volvía ridículo. Era emocionante observar sus triunfos irrefutables, un espectáculo de magia, pura prestidigitación...

Se concedió a sí mismo un momento de adoración febril por el viejo seguido de unos momentos más para consignar a su padre a avernos todavía más profundos.

Pero Jeffrey no era su abuelo, por desgracia, y el caso interesante no era una oponente. Su divina contraria, quizá; su desafío y su

prueba. Veía roturas en las cosas que él no podía ver. Todos los individuos de su jurisdicción se consideraban tan únicos como copos de nieve, pero en su conjunto eran una ventisca, una borrasca de expectativas y denegaciones desbocadas. Pese a todo, lo que se rumoreaba en su sala del tribunal era que, si la opinión de Jeffrey era favorable, no había que tener miedo, y si era desfavorable, había que abandonar toda esperanza. Lo cual resultaba puñeteramente agradable de oír, prácticamente un elogio.

La verdad del asunto era que sus veredictos casi nunca variaban.

Apenas hemos inhumado las ruinas de nuestras vidas cuando las desenterramos otra vez. Por eso seguimos y seguimos adelante, sin progresar nunca salvo de la forma más tosca y mundana, explicaba a veces.

¡Y luego aparece la chica y dice que quiere practicar el arte de vivir por primera vez!

El *arte* de vivir, había dicho, y él la había corregido. La chica estaba pensando sin las palabras adecuadas. Debería pasar al siguiente nivel, que era pensar sin palabras. Jeffrey era capaz de hacerlo de vez en cuando, aunque el momento siempre lo pillaba desprevenido, y le parecía maravillosamente vigorizante e instructivo. No era la mejor forma de explicarlo, claro.

Sus amos los habían traído juntos, ¿pero acaso también eran los amos de ella? En caso de que sí, pensó con cierta ansiedad, quizá requirieran más de ella que de él. A veces se preguntaba si estaban siguiendo sus esfuerzos, si les importaban las minuciosas distinciones que trazaba.

¿Y si aquella chica era la última noche del mundo? ¿Acaso no es la gran pregunta de la teología? ¿Qué pasaría si este presente fuera la última noche del mundo? O por lo menos, una de las grandes preguntas; los interesados en el tema tenían muchas.

Pero la autoridad gubernamental, de la que su tribunal no formaba parte en ninguna medida, estaba tomando cada vez más medidas para eliminar la noche. De forma instintiva, o incluso metafísica, habían percibido un juicio final y habían decidido, siendo soberanos y todo lo demás, que nadie iba a juzgar más que ellos. En cuanto empezara a apagarse la luz natural, una luz antinatural lo bañaría todo. Aquella era la certeza y la meta. De todas maneras, la noche generaba pensamientos insalubres. Y habían descubierto que la

gente no tenía ningún problema para dormir sin oscuridad, que siempre estaban durmiendo; en el sentido más profundo siempre estaban dormidos.

Jeffrey sospechaba que incluso la chica dormía. ¡Porque no se acordaba de su muerte! Que, a fin de cuentas, se le había concedido con algún propósito. Era una criatura humana. No había nacido en un botón de oro. Había sufrido la banalidad breve y famélica de una de aquellas últimas infancias antes de eludir la gran contrición y la correspondiente determinación exculpatoria de los supervivientes, antes de ser mimada por una panda de ecochiflados taciturnos y maltrechos, cuya preocupación por las criaturas con colmillos y caparazones, con aletas y alas, los convertía en la vergüenza de su especie y los hacía más parias que la cabra Azazel de los hebreos. Y ahora estaba aquí, la última de los suyos, o bien la primera —las dificultades eran las mismas—, consciente de su situación solo después de quedarse sola, tras desaparecer sus familiares junto con el mundo vencido.

¿Pero qué sentido tenía volver de entre los muertos si solo era para visitar a los muertos...?

Volvió a organizar los papeles que tenía sobre su mesa. En el relato de Kafka no había perros. Se preguntó en cuántas cosas más se habría equivocado.

Volvió a mirar el interior de la jofaina de agua. Había un pequeño insecto allí, una araña imperceptiblemente traslúcida, flotando no en el agua, sino al parecer en una película invisible que la recubría. Aquello lo desconcertó, porque no se había cuestionado nunca la esterilidad de sus aposentos. Y lo desconcertó porque no recordaba haber visto ninguna araña en el pasado, lo cual seguramente era imposible.

La araña saca la telaraña de sí misma y luego vive en ella.

Notable.

El joven hizo una señal a Nolo para que parara el coche.

—Tienes la rejilla del radiador toda rota, ¿has chocado con algo? —le preguntó con entusiasmo.

—¿Quieres que te pegue?

—Hay una mujer rondando por el parque, no se quiere marchar y

no quiere hablar. Creo que es enemiga de la humanidad —dijo el joven en tono sombrío.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Por la mirada que tiene.

Nolo se lo quedó mirando. Era un tonto. Cada vez fabricaban más tontos. La fábrica nunca se detenía, la máquina nunca se averiaba, simplemente los seguía produciendo como churros.

—Una información extremadamente útil —dijo él—. ¿Algo más?

—Parecía estar esperando a alguien, a que fuera una hora determinada o algo así.

—Estás aportando muchos detalles y muy útiles. ¿Te has planteado trabajar en las fuerzas del orden?

—¡Sí! —dijo el joven—. ¿Vas a echarla de ahí? ¿Puedo acompañarte?

—En realidad —dijo Nolo—, para que mi presencia estuviera justificada, esa persona tendría que estar herida, haber sufrido daños de alguna clase, encontrarse en el umbral de la muerte, a punto de recibir la visita del hombre de la guadaña.

—¿No le vas a pedir explicaciones?

—Si le tuviera que preguntar algo, le diría: «¿Te habría gustado cambiar algo, querida?».

—¡«Querida»! —exclamó—. Yo he intentado hablar con ella, pero no ha abierto la boca para nada. Te lo digo, es muy rara.

—Si todavía está ahí mañana, echaré un vistazo.

—Si la echas de ahí, seguro que no tiene adónde ir. Yo he fingido que no le prestaba atención, pero la he estado observando de cerca. Tenía pinta de ser capaz de ver solo el lado negro de nuestras obras, de nuestras instituciones y convicciones.

—*Nuestras* obras, instituciones y convicciones —dijo Nolo, burlón —. Eres un niñato de lo más descarado, ¿no?

—Lo digo sin ánimo de ofender. Solo quería decir que se la veía sin techo, incómoda, no integrada. Como ya he mencionado, no ha dicho nada. Ha sido como si no tuviera lenguaje.

—Cuando es una cuestión de muerte, el sueño habla otro lenguaje.

—No me gustan las sustituciones. En los sueños, todo es sustituto de algo, ¿verdad? Es por el inconsciente. Yo no sueño nunca, pero hace un par de noches vi a un caballo dar bandazos por mi

apartamento y reventar la puerta que daba al pasillo y saltar por la ventana; luego miré abajo y lo vi todo roto y aplastado en la calle. Vivo a unos cuantos pisos de altura y me dio lástima, pero también se le había quedado bastante pinta de tonto allí abajo.

—No es un sueño propicio —dijo Nolo en tono de admiración.

—En mi opinión no vale la pena vivir la vida del inconsciente —dijo el joven—. No creo en la vida del inconsciente.

—En serio, amigo, tu pronóstico no es bueno.

—¿Me estás diciendo que el caballo soy yo?

—No, no, claro que no —dijo Nolo, bastante impresionado por la ignorancia absoluta del muchacho. Quería hacerle una presa de cuello y molerlo a golpes—. Es peor todavía; es lo que podrías haber sido.

—Sí —se mofó el joven—. Algo aterrado, desequilibrado y en un entorno extraño.

A Nolo le volvió a entrar la irritación. Ya no quería molerlo a golpes, quería encontrarlo en aquel estado y arrodillarse para administrarle piadosamente sus ya inútiles atenciones. Luego, de pronto, tuvo sentimientos amables y profundos hacia él, como los que tendría hacia su propio hijo, un hijo al que había reclutado siendo cachorro.

—Mira —dijo—, me estás entreteniendo. Y tengo que ir a un sitio.

—Seguro que siempre estás yendo de una emergencia a la siguiente. Cada vez se están volviendo más tremendas, ¿verdad? Quiero hacer triaje de pacientes. Quiero especializarme en eso. Es a lo que aspiro. No me van a pillar en los océanos humeantes buscando signos de vida en las gotas de agua marina, no soy propenso a monitorizar.

—No —dijo Nolo, fascinado. El aire parecía una sopa que le estuvieran obligando a comerse. Le escocían los ojos como si por fin hubiera perdido la inmunidad a las toxinas de la vida, de su vida, y durante todo ese tiempo aquel joven, aquel producto, seguía hablando con naturalidad, lleno de confianza.

—Sí, triaje. Me voy a especializar en prioridades y transiciones. Un caballo tan tonto como para suicidarse tirándose por la ventana de un cuarto piso no va a ocupar los primeros puestos de mi lista.

—No hay tiempo para las bestias del mundo, es natural —dijo Nolo.

—Exacto. Ni para las de verdad ni tampoco para las que no son yo. ¿No es eso lo que dijiste que significaba mi sueño?

—Ese sueño lo tiene mucha gente —dijo Nolo.

El chico se sonrojó.

—Solo estoy diciendo que la mujer del parque requiere tu atención, o por lo menos tu acoso. La gente debería pagar para contemplar ese árbol, si es lo único que hacen. Esos locos deberían pagar.

—¿A eso se dedica la mujer? ¿A contemplar el árbol y nada más? Ese árbol se lo van a llevar mañana, ya sabes.

—¡Ya me parecía que sería pronto! Ya hace tiempo que pienso: cualquier día se lo llevan, cualquier día. Es enorme, el cabrón.

—Pues sí.

—Pensé que habría algún anuncio, para que todos pudiéramos participar en el momento histórico.

—El anuncio soy yo. Has oído el anuncio de mis labios.

—Será lo último en irse de toda la mierda que había antes —dijo el joven con admiración.

Nolo aparcó el coche y fue andando hasta la puerta de Denver. El suelo era tóxico y estaba húmedo, igual que siempre. Malo para sus botas. Dentro no había nada más que el televisor, las paredes que rodeaban el aparato achaparrado manchadas de las bebidas y la comida que Denver había adoptado el hábito de tirar con irritación a todo aquello que decidía ver en la televisión. Las comidas de Denver habían sido flagrantemente poco saludables: perritos calientes de Sonora, patatas fritas con salsa de carne, pasta con queso. Era un devoto de las ofertas de dos por uno. Esto va a caducar mañana, decía con preocupación, esgrimiendo algún cupón arrugado. Pero Denver también tenía una vena ascética, y la causa de su muerte había sido el asco. El asco ayudado por las drogas. El asco apoyado por la lectura excesiva de tragedias pasadas de moda y los proyectos en Seis Pasos recién emprendidos.

Primero busca, le dijo a Nolo. Por encima de todo has de buscar. No puedes dejar de buscar. Y entonces encuentras. Pero con eso no basta, la cosa no se detiene ahí. Después de encontrar, necesitas sufrir un gran trastorno, un trastorno psicológico. Hay gente que no puede

pasar de ahí. Se encallan, se pierden, se les va la cabeza. Si consigues soportar el trastorno, luego viene el asombro. El asombro mola mucho y es muy transformador. Luego viene el control total de ti mismo y de tus percepciones. Luego el paso final, la culminación..., el descanso.

A Nolo le parecía mucho esfuerzo solo para llegar al descanso, o al *reposo*, como lo llamaba a veces Denver. Reposo todavía sonaba peor.

Pero estaba dispuesto a admitir que los Seis Pasos requerían una integridad de magnitud industrial, y él jamás había pensado que su amigo tuviera tanta integridad. Pero a veces es una cuestión de integridad contra supervivencia, ¿no?

En cualquier caso, Denver había encontrado su reposo. Se había ido, igual que la silla donde solía repanchingarse. Tampoco estaban sus libros, aquellas sucias tragedias en edición de bolsillo que tanto le habían gustado.

La gran pantalla poseía un tenue resplandor, que esperaba al siguiente inquilino. Nolo no había estado presente en la habitación al morir su madre. Había estado en el hospital pero en una planta distinta, adonde acababa de llevar a uno de aquellos fatigosos vejestorios decididos a salvar el planeta, los últimos pelícanos, los consideraba él, porque intentaban revivir a sus seres amados con su propia sangre. Su madre estaba muerta en una cama estrecha, y a él le había parecido una crueldad que le dejaran el monitor cardiaco encendido al lado, mostrando una línea verde y recta. Seguramente era la política del hospital, estaba claro que era la política del hospital ofrecer esa garantía última de que se había producido un cambio de estado, y Nolo lo había visto cientos de veces, pero aun así le sorprendía verlo allí junto a su madre y le ofendía y le parecía una crueldad.

Nolo estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. No reinaba el silencio. A través de las paredes se filtraba el ruido de las sirenas, el tráfico, los gritos y las risas, a pesar de que las paredes no eran finas, eran feos bloques de cemento; el lugar solo era una fortaleza inexpugnable en apariencia. El joven del parque lo había deprimido. Menudo gilipollas insensible. De entrada se había percibido la rastra como un fenómeno brutal y despreocupadamente indiscriminado, pero los estudios posteriores indicaron que los supervivientes eran rígidamente optimistas, carecían de inhibiciones y

recelaban de cualquier devoción. El chaval era un espécimen perfecto. Aquel perfil de individuo quedó bastante ratificado cuando la gente corrió a abrazar esas características para demostrar su legitimidad. Por supuesto, los estudios siempre estaban cambiando, moviéndose, encontrando enfoques nuevos, afirmando lo contrario de lo que le habían asegurado a todo el mundo. Ahora se estaba descubriendo que había gente predispuesta a morir por culpa de los requerimientos de la rastra después de haber sobrevivido inicialmente. Nolo estaba convencido de que Denver se contaba entre ellos. Se había vuelto demasiado sensible, a su manera, para continuar, aunque fuera sin prosperar. En realidad no se esperaba que nadie prosperara.

Tenía intención de dejar en paz a aquella mujer que tan alterado había puesto al chaval del parque. No la iba a investigar. ¿Sobre qué la iba a interrogar, a fin de cuentas? La gente va y viene. Es lo único que la gente hace en realidad. Seguramente la mujer ya no estaba, se había ido a la costa junto con el resto de la marabunta, al mar, como si el mar no hubiera sucedido ya.

Nolo quería quedarse en la sala vacía. No quería volver. Quietud. Concentración. No recuerdes. No desees. *Eres el mensajero*, le había dicho Denver, y no había sido la primera vez. Era lo que era. Pero no era el mensaje.

El alcalde había estado teniendo unos sueños espantosos. Más pesadillas que sueños. Aunque más que pesadillas, eran la sensación de que lo estaban desmembrando poco a poco.

No lo entendía. Su trabajo no era tan estresante. Era un cargo honorario, aunque se le concedía la cortesía de hacer unos cuantos pronunciamientos. En el pasado —Dios, ya parecía otra vida— había sido vendedor. Y brillante en su trabajo; habría sido capaz de venderle un collar de electrochoque a un dóberman, aunque lo que vendía eran coches. Podía divisar a un individuo en situación de peligro moral a una milla de distancia, y era experto en sacar el máximo provecho a la situación. El pobre cabrón iba a incumplir sus pagos, arruinando así su solvencia crediticia, que no era otra cosa que su mismo ser, iniciando una cascada de tormentos a manos de cazadores de recompensas inflados de esteroides y armados con pistolas de descargas eléctricas y

granadas de expulsión sin llama en las mochilas.

Había seguido refinando su don, vendiendo vehículos de emisiones cero parciales a alto precio a quienes supuestamente les importaban un comino esas cosas. *Lo que sale del tubo de escape está más limpio que el aire de fuera... Lo puedes aspirar como si estuvieras en dos lugares al mismo tiempo, o sea, en el asiento del conductor y en otra parte...*

De eso ya hacía mucho tiempo. Había vendido muchos coches. Una vez se había rumoreado que alguien lo quería asesinar, por el amor de Dios. Pero había salido de aquella. Y ahora tenía el tratamiento de alcalde, y la vida era todo lo gratificante que se podía esperar que fuera dadas las circunstancias.

Aunque últimamente había tenido la visión espantosa de que estaban todos viviendo en una tumba abierta, y de que cualquier orden feliz que se hubiera restablecido dependía demasiado de tener limpios los costados, los muchos muros de la tumba.

Había sido una idea difícil de quitarse de la cabeza, y solo lo había conseguido a medias. Luego le empezaron a venir aquellas horribles sensaciones físicas cada vez que intentaba dormir la siesta. Le daba la sensación de estar siendo torturado en el potro, descuartizado como un cordero, arrojado al suelo y arrastrado por un caballo al galope. Las sensaciones lo dejaban comprensiblemente agotado. Necesitaba un periodo sabático, aunque le preocupaba la cuestión de qué podía significar un sabático a su edad. Podía reducir un poco su horario. No hacía falta derribar el puñetero árbol ahora mismo solo para que pudieran inaugurar otro puñetero campo de fútbol. Pospondría el acontecimiento.

A Jeffrey su yayo le solía leer de vez en cuando a Kafka antes de acostarlo, para darle un capricho. Por tanto, no le era desconocida la obra del autor. Le gustaba el relato del médico y el chico, el chico cuya herida abierta el médico había visto en su primer examen. Qué buen relato. Siempre se había..., ¿cómo lo dicen?..., *identificado* con el chico, pese a que él nunca había estado enfermo. Nunca había ido al dentista. Tenía una dentadura maravillosa. Coincidía plenamente con todo lo que Kafka había escrito sobre los interminables tribunales y procesos, las innumerables hordas y las peticiones denegadas (que,

pese a ser rechazadas, les otorgaban a los solicitantes una especie de alivio), e incluso con el espanto mismo de aquel presente actual que tanto le gustaba a Kafka. Aun así, tal como ya había reflexionado anteriormente, no había gran cosa que Kafka pudiera hacer. A Graco le habían dictado su agotadora sentencia porque era culpable. Había recorrido el fértil mundo y había robado de él con estupor satisfecho, y al morir, su muerte había sido tan incompleta como su vida.

Jeffrey se sentía indispuesto, malhumorado. Fue hasta la ventana y contempló la plaza. La chica no estaba. ¿Acaso aquel lugar había sido en algún momento un cementerio? Cementerio, del griego *koimeterion*, aposento para dormir, semejante al latín *cunae*, cuna.

Las cosas solían tener lógica, ahora ya no tanto.

Cuando la chica volviera, Enoch —¡Enoch! Tenía que acostumbrarse— le pediría que escribiera algo, un fragmento. *El cazador Graco: fragmento dos.* Podía escribir lo que quisiera dentro del argumento general. Podía hacer que el alcalde dijera algo inteligente para variar, introducir perros, alterar el cuadro del camarote y hasta darle a Graco una compañera que fuera siempre con él. ¿Por qué no? El relato de Kafka era muy severo, muy masculino. Graco era un ser muy tosco, lleno de felicidad violenta e inconsciente cuando tendía sus emboscadas, cuando mataba seres inocentes. Todo era masculino, obstinado, grandilocuente, severo, hasta el vino era severo.

Su compañera se podría llamar Galena.

Mejor todavía, Galena se convertiría en Graco. Ya no habría Graco. Galena la verde, el nombre de una piedra prometedora en los círculos alquímicos. Galena la verde...

¿Cómo sería recibida, aquella iniciadora, meditadora y sanadora, esa Galena la verde?

No se presentarían todas aquellas falsas consideraciones masculinas, aquellas maniobras arteras. La diplomacia absurda, las evasivas, la ignorancia tanto fingida como real..., todo sería dejado de lado. Pero los habitantes del pueblo, del mundo, ¿serían menos capaces de entenderla, de asistirla? Quizá fueran menos capaces de comprenderla a ella de lo que lo habían sido con el tosco e impaciente cazador. Graco había sido una curiosidad, aunque no completamente desconocida, ya que no estaba mucho más muerto que ellos, que se limitaban a seguir manteniendo una triste simulación de vida.

Jeffrey se mordió pensativamente las uñas. Al otro lado de la

puerta de sus aposentos, incómodamente cerca, había alguien exigiendo un laberinto:

—¡Danos el laberinto para que lo recorramos mientras esperamos!

Los tenía abandonados y ellos le estaban tolerando por pura desesperación toda clase de maniobras. Pero ya era demasiado tarde, *demasiado tarde*. ¿Existían palabras más tristes?

Hija, madre, compañera, presencia, Galena la verde. No debería haberla despedido, pero ayer había sido demasiado pronto. ¡Demasiado pronto! Aunque, por supuesto, no había sido demasiado pronto. Jeffrey simplemente había estado intentando ganar tiempo, había hecho como que no estaba preparado.

La puerta traqueteaba contra el marco.

—¡Danos el laberinto para que lo recorramos! ¡Y no intentes colarnos uno de siete círculos concéntricos, queremos el de once caminos con lunarios! —Hubo gritos y aullidos de aprobación. Habían vaciado la sala del tribunal y ahora estaban en su mismo umbral.

Se permitió una risilla. Por supuesto, querían sus caminos de tamaño extragrande, tan geométricamente concisos como el laberinto de Chartres, que su yayo había visto una vez y había declarado que la experiencia lo había despojado de golpe de cualquier sentido incipiente de lo numinoso. El recinto estaba lleno de las sillas plegables que se usaban durante los innumerables e interminables servicios religiosos de la catedral, y el único momento en que lo podías ver tal como se suponía que había que verlo era justo después de que fregaran el suelo.

Jeffrey acercó la boca a la puerta y le sugirió en voz baja a la quejosa multitud que se dibujaran el laberinto en la palma de las manos y lo recorrieran con los dedos. Aquello pareció apaciguarlos un poco y bajaron las voces.

—Estaré con vosotros pronto —susurró.

Fuera se encendieron unas luces enormes, bañando sus aposentos de resplandor. Todos los días al anochecer se declaraba oficialmente que ya no estaba permitida la noche. ¡Aléjate, Érebo! Los búhos se quedaban desconcertados y muertos de hambre en sus hoyos; les habían quitado su hogar, la oscuridad. La tierra misma había sido prensada hasta convertirse en creta, en arcilla, como si la hubieran pasado por un rodillo. Los lobos, los osos, los peces grandes (que él no

había llegado a ver nunca) ya no estaban, ni tampoco las inofensivas serpientes y ranas de su infancia. Si alguien afirmaba haber visto un águila, nadie lo tomaba en serio. La posibilidad de ver a un ángel o a una bruja montada en una escoba habría sido tratada con un agnosticismo más cortés. La contaminación del nido ya era casi completa, el derecho de nacimiento había sido aplastado.

Jeffrey detestaba aquel último despliegue de supremacía tecnológica. Rebotada de las pérdidas históricas causadas por la Tierra, la humanidad se mostraba más aterrada e implacable que nunca. La naturaleza había sido declarada sociopática, y si esta idea te parecía abierta a debate, también te declaraban sociópata a ti, y tenían maneras novedosas y cada vez más eficaces para lidiar contigo. La mitad de los memos que llegaban a su tribunal tenían alguna necesidad de expiar algo, por mucho que fuera una necesidad atrofiada y sin declarar. La otra mitad creía que todavía podía negociar un resultado que les resultara aceptable. Era descorazonador. Pero el desánimo era inadmisible... Jeffrey no se dejaría desanimar. Sería el caballo de guerra, cargaría a través de las olas gigantes y heladas de duda y desánimo. Pero estaba ansioso, tenía que admitirlo, porque el de la chica sería un caso que sienta precedente, el primero que tenía. El primero y el último, porque después de aquel hallazgo ya no tendría necesidad de más precedentes. Hasta el momento había estado tonteando. Todo habían sido chiquilladas. La mayoría las había escuchado con paciencia. ¡Lo había hecho! Pero ya no había ningún interés en ellos, ¿no lo entendían...? Quizá antaño sí, pero ya no.

Jeffrey —Enoch— se arremolinó la toga en torno al cuerpo. Dentro de un momento se aventuraría a echar un vistazo a su sala del tribunal. Confiaba en que estuvieran todos sentados y mirándose las manos como si nunca las hubieran visto, perplejos pero sin recelo. Porque, ¡ay si sospechaban que no eran más que prisioneros, sin lugar en la Tierra que los pudiera alimentar ya y sin más espacio propio que el que ocupaban de forma momentánea!

Atravesé la sala atestada del tribunal, donde la gente tenía las cabezas gachas en actitud de estudio perplejo, y me acerqué al estrado del juez, pero la silla de ruedecillas giratorias estaba vacía. Algo se movió fugazmente a mi derecha y vi un ojo pequeño y legañoso que se

dirigía a mí desde detrás de una puerta entreabierta. La puerta se abrió más y la mano pálida y mordisqueada de Jeffrey me hizo una seña.

Subimos los pocos escalones que llevaban a sus aposentos, que eran pequeños y acogedores como un camarote de barco.

—Me he preocupado cuando he mirado fuera y no te he visto —dijo—. ¿Estás familiarizada con el árbol?

—Es precioso —dije.

—Sí, sí, no encuentras palabras. Es comprensible —dijo en tono feliz—. ¿Dónde estábamos, dónde estábamos...?

—Estábamos hablando del relato de Graco. Del fragmento.

Sonrió enseñando unos dientes blancos como los de un perro joven.

—He pensado que podríamos escribir algo más —dijo—. Menos fragmentario. Podría estar dentro de los parámetros de lo que venía antes, aunque los parámetros son una constante arbitraria en el mejor de los casos. Los nombres serán distintos, los sexos estarán menos determinados, la condición de los seres se verá alterada, cambiarán las apariencias, las conversaciones, los métodos de comprensión, ciertamente las preguntas y el dilema planteado.

—Otra ficción —dije.

—No hace falta que sea ficción —me aseguró—. Y es muy posible que no baste con las palabras. Casi nunca bastan. Los nombres que se les han dado a las cosas mundanas han generado grandes errores. No hablemos de ellos. Nos han desencaminado.

Se giró y la toga giró en torno a él con oscura torsión.

—Es un ruido agradable, ¿no?

Cerré los ojos. Lo reconocí pero no lo pude recordar, ya que nunca había oído aquel ruido de cientos de alas batiendo, ni siquiera cuando iba con mi padre remando desde nuestra embarcación de gran tamaño anclada lejos de la orilla. Mi padre había remado en silencio, con nosotros sentados a su lado en la bancada, levantando la vista hacia lo que antaño habían sido las grandes rutas migratorias aviares.

En las cautivadoras profundidades de aquella toga infantil de juez vi figuras de mi infancia, examinándome, sin conocer mi nombre, una ventana en el crepúsculo, las espirales del cristal dividido en nueve secciones por encima y por debajo de la guillotina de la ventana, el mundo del otro lado dispuesto a recibirme y plantear sus exigencias

con simulaciones. Vi a mis padres como si fueran dos muelles y a mí misma como el atracadero entre ambos, un amarradero listo. Luego todo se deshizo, se disolvió, y también la figura que yo había creído ser.

—Las palabras —dijo Jeffrey— nos han permitido acercarnos a... —Perdió el hilo—. Por ejemplo, la ley... —Suspiró y se volvió a girar, con la toga rotando a su alrededor, creando aquel mismo sonido prodigioso de vida enfrascada en su tránsito, un sonido inhumano.

Se oyó el estruendo violento de algo enorme partiéndose.

No llegaría ningún amanecer para revelar que el árbol había sido arrancado, el tronco y las ramas, el tocón y las raíces. Las páginas de libros que se rumoreaba que había en las profundidades de la Tierra no permitirían que nadie las recuperara, aunque era posible que los escarabajos enterradores, que consumían todas las cosas muertas, incluyendo las palabras muertas, las hubieran ido devorando con el paso del tiempo. No se encontrarían restos humanos ni de animales, como suele suceder cuando se ejecuta esa clase de operaciones.

—El tribunal dictamina... —empezó a decir Jeffrey, pero no lo decía de corazón. Parpadeó en medio de aquella oscuridad estruendosa que se lo tragaba todo. Enoch y Galena, pensó sin decirlo. Menuda pareja habrían hecho. Habría sido ideal.

La rastra
Joy Williams

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Harrow*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en una idea original de Kelly Blair
© de la imagen de la portada, Mary Evans Picture Library / ACI

© Joy Williams, 2021

© de la traducción, Javier Calvo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-322-4118-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!